



MIGUEL MAZZEO

PIQUETEROS

NOTAS PARA UNA TIPOLOGIA

FISyP

manuel suárez - editor

MIGUEL MAZZEO

piqueteros

Notas para una tipología

FISyP

-Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas-

manuel suárez - Editor

- 2004 -

COLECCIÓN DE ENSAYOS

“Pensamiento Libre”

Dirigida por Manuel Suárez y Miguel Mazzeo

Diseño de tapa: Marcelo Di Ielsi

Fotos de tapa y contratapa: Martín Fernández Long

© 2004 - Miguel Mazzeo

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Permitida la publicación parcial, citando fuente.

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

ISBN: 987-97515-2-3

Agadecimientos

Varios amigos y compañeros aportaron generosamente textos, experiencia, reflexión y afecto. Sugirieron posibles ensambles y recorridos, me nutrieron de sus conciencias orgullosas y, algunos, de maravillosas extravagancias políticas y retóricas que he interpretado como catarsis y a las que intento decodificar un poco arbitrariamente. También quiero dejar sentado que les robé algunas alegorías. Perseverantes, hicieron lo posible por contrarrestar mi astigmatismo. Nombro sólo a los que han estado más cerca de esta última tentativa: Marcelo Barrera, Daniel Campione, Jorge Luis Cerletti, Juan Carlos «Negro» Cena, Guillermo Cieza, Francisco «Pancho» D'Agostino, Sergio List, José Luis Mangieri, Sergio Nicanoff, Mariano Pacheco, Fernando Pita, Miguel Ponsati, Esteban Rodríguez, Pablo Solana, Fernando Stratta, Dario Stukalsky, Manuel Suárez, Natalia Vinelli... También Michael Löwy de Brasil/Francia, Eliel Machado de Brasil y Raúl Zibechi del Uruguay. Materiales inéditos, e incluso en pleno proceso de elaboración, de Mabel Thwaites Rey y Xavier Arakaki, fueron inspiradores de desarrollos que no siempre permanecieron fieles a la letra original. Para ellos mi reconocimiento y mi absolución. La impronta de todos podrá rastrearse en los pasajes que atesoren alguna intrepidez o eficacia. Soy, como corresponde, responsable del conjunto, particularmente de cada uno de los deméritos y desvaríos y de toda la hojarasca.

Desde el punto de vista de la sistematización de las experiencias del campo popular algunos espacios colectivos que presentan una gran densidad –puesto que son auténticos intervalos en los que se consume el verdadero sentido de la praxis (teoría y práctica, práctica y teoría)– han ejercido en mí un poderoso influjo. Sin dejar de destacar la existencia de otros espacios similares, nombro a dos: En primer lugar los encuentros del «núcleo de afinidad» en los que vienen participando compañe-

ros de distintas organizaciones del Movimiento de Trabajadores Desocupados «Aníbal Verón», junto a otras organizaciones populares. En segundo lugar a Libres de Sur, un espacio mucho más amplio, en Avellaneda, donde diferentes organizaciones piqueteras, culturales, de vecinos, etc., se encuentran, discuten, planifican y hacen.

Rodolfo Walsh decía «escribir es escuchar», devoto de esta orientación, en algunos pasajes he intentado dar cuenta de los debates que presencié y de los pareceres de una gran cantidad de compañeros. Para ellos también mi gratitud.

Mirta Villalba y Pablo D'Amico, de la Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación, han sido pacientes y solícitos en la búsqueda de bibliografía y diversos materiales.

Marcela, Facundo y Agustina, mi caudal principal, me acompañan incondicionales y puros en cada palabra y en cada ilusión.

Lanús Oeste, diciembre de 2003

Índice

Prólogo	11
---------------	----

Introducción:

Una «paradójica antinomia»	21
----------------------------------	----

Capítulo 1:

Caracterización general del movimiento piquetero	39
---	----

Capítulo 2:

Punteros y piqueteros	75
-----------------------------	----

Capítulo 3:

Territorios y topografías	97
---------------------------------	----

Capítulo 4:

Tradiciones	111
-------------------	-----

Capítulo 5

Los límites del desempleo estructural como disciplinador social	123
--	-----

Conclusiones (muy provisionales):

El movimiento piquetero en la encrucijada	135
--	-----

Bibliografía general	145
----------------------------	-----

Indice
El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el Departamento de Historia de la Universidad de Sevilla. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en España durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Introducción
El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el Departamento de Historia de la Universidad de Sevilla. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en España durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Capítulo I
El movimiento literario en España durante el siglo XVIII. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en España durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Capítulo II
El movimiento literario en América Latina durante el siglo XVIII. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Capítulo III
El movimiento literario en América Latina durante el siglo XVIII. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Capítulo IV
El movimiento literario en América Latina durante el siglo XVIII. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Capítulo V
El movimiento literario en América Latina durante el siglo XVIII. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general del movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Conclusiones y recomendaciones
El movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Bibliografía general
El movimiento literario que se desarrolló en América Latina durante el siglo XVIII, así como de su influencia en la literatura de otros países de América Latina.

Prólogo

El de Miguel Mazzeo no es un trabajo recubierto de real o supuesta objetividad académica, sino un escrito que aúna el rigor, la referencia teórica actualizada y elaborada, con el compromiso militante. Vinculado a aquellos sectores del movimiento de trabajadores desocupados que ponen el énfasis en la autonomía frente al Estado y los partidos políticos, y en una construcción desde la base que no reproduzca las jerarquías y los modos de construcción política sistémicos, esto no le impide alcanzar la distancia crítica necesaria para señalar tanto las potencialidades como los límites de todo el movimiento. No tenemos aquí un análisis sociológico que sigue todas las «reglas del arte» en la materia, ni un ensayo en el sentido tradicional del término. Lo vertebra un enfoque crítico, con el eje puesto en un conocimiento productivo en el campo mismo de la acción política concreta. Es el que guía el conjunto del trabajo, que se inscribe entre los abordajes saludablemente heterodoxos y políticamente comprometidos que han alentado los últimos años de Argentina, sobre todo desde diciembre de 2001 hacia el presente. No se ha estudiado a los piqueteros desde afuera, no se ha reflexionado «sobre» ellos, sino que se escribe desde la participación activa, la inclusión en actividades de formación, el diálogo frecuente y prolongado, el compartir actividades y movilizaciones. Esto no se explicita en el análisis, pero forma su sólido trasfondo.

Todo el examen gira, nos parece, sobre un eje: El de los esfuerzos por la construcción de movimientos sociales autónomos, en un ámbito social donde las desventajas para hacer tal cosa se acumulan de modo inusitado, donde la acción impulsada desde el poder para configurar el sometimiento clientelista se desarrolla día a día con amplios recursos, y sin embargo, los movimientos siguen desarrollándose, multiplicándose en capacidad de organización y movilización.

Se afirma al comienzo: *Este trabajo no pretende analizar el desarrollo de las redes clientelares o asistencialistas (...) Por el contrario nos centramos específicamente en el momento de ruptura de ese vínculo o en el momento que imposibilita su constitución a partir de la irrupción de una (contra)organización popular de base que nuclea fundamentalmente a trabajadores desocupados.* El piquete aparece así como negación superadora del vínculo clientelar, como vehículo de constitución de una organización de los desocupados que no depende del poder, que parte desde el llano, y que contiene a menudo una aspiración de ruptura con el aparato estatal y, en potencia, con el sistema social entero que somete echando fuera de la relación laboral. El «pobre», el «desocupado» se convierte en piquetero, se adjetiva «desocupado» para dar el lugar sustantivo a «trabajador», como reclamo de una condición activa que tal vez no es el regreso al mundo laboral anterior, sino la aspiración a un trabajo nuevo: *...la huida del trabajo enajenado y la reivindicación del «trabajo digno» o más específicamente ... trabajo igualitario, solidario, libre y compartido.*

A lo largo del análisis no quedan dudas que nos encontramos frente a una manifestación concreta de la lucha de clases, una disputa en la que los movimientos de trabajadores desocupados se definen «en relación a...» o mejor «en contra de...» las tentativas de cooptación y neutralización por parte del poder, pero también como portadores de la pre-figuración de una sociedad nueva, que no libra todo a la ocurrencia del «milenio» identificado con la toma del poder. *Pretenden fundar una sociedad basada en la autoactividad de los hombres y las mujeres, en el trabajo concreto orientado a la producción de los bienes socialmente necesarios, en fin: en el trabajo social emancipado.* Un proceso de superación de la lógica mercantil, del imperio del valor de cambio, el rescate de la imagen primigenia de la sociedad comunista, en un proceso de liberación social en el que la toma del poder no es el punto de partida de la revolución social, sino un paso en el camino hacia la meta. La sociedad nueva queda prefigurada en la sociedad actual, los vínculos

emancipados no son los que se dan al interior de la organización política, sino en la trama de la vida social cotidiana orientada con un criterio liberador.

Es que a la hora de concebir las relaciones sociales y el poder dentro de ellas, Mazzeo se adscribe con claridad a un enfoque «relacional», que coloca el énfasis en lo móvil y dialéctico de esas relaciones y, por tanto, no concibe el conflicto social como un juego de suma cero en el que todo se reduce a ocupar los espacios existentes, sino como un proceso de construcción - destrucción - reconstrucción, en el que la creatividad volcada a lograr el imperio real de lo nuevo ocupa un lugar fundamental no reductible a esquemas preconcebidos.

Se señala la diversidad de actividades y luchas de las organizaciones piqueteras, en lugar de centrar todo en la intermediación de planes sociales otorgados por el Estado, un flanco que suele enfatizarse justamente para menoscabar a los movimientos, presentándolos como cooptados por el aparato estatal, o reproduciendo prácticas clientelistas de la «vieja política». *La organización popular de base... es un medio de emancipación porque no reproduce las relaciones de poder hegemónicas y favorece la conformación de subjetividades activas.*

Pero eso no le impide destacar los elementos de reproducción de la cultura política dominante realmente existentes, de descreimiento en la capacidad de la iniciativa popular que recorre a un sector importante del movimiento piquetero, que tiende a re-crear liderazgos caudillistas y a mantener a la base por fuera de la elaboración conceptual y la toma de decisiones, circunscrita a un estrecho liderazgo sólo ampliable por «cooptación». Mas allá de esas críticas, su mirada se centra en los valores de las organizaciones populares de base, su capacidad para generar relaciones no basadas en la jerarquía y el sometimiento. Y a partir de allí se dispone a indagar sobre la necesidad de una articulación política del movimiento, requerimiento que de no asumirse conlleva el riesgo de convertir la autonomía en un

valor absoluto, en un fin en sí mismo que no se detiene en la no dependencia de los sectores de poder, sino que se torna particularista y hace del aislamiento un culto. Y que tiende a ignorar al poder existente, su capacidad de destrucción y asimilación, así como la certera posibilidad de que el desarrollo del movimiento social lleva en su propia lógica, si no abdica de su autonomía y de su aspiración a construir una sociedad enteramente nueva, la confrontación abierta con el poder existente. O peor aún, a fuerza de repudiar toda proximidad con los partidos o con cualquier instancia de coordinación, concluye por aceptar la del Estado, la de organizaciones «desinteresadas» (ONGs y afines), y hasta la de los partidos del sistema en plan «no partidista».

En términos de articulación política, existen distintas corrientes entre los «autónomos», y Mazzeo se acerca con mas interés a la que plantea la necesidad de construir una herramienta en ese campo, pero invirtiendo la relación tradicional movimiento social - partido. Una suerte de partido - movimiento que proporciona una entrada específica al mundo político, que rechaza tanto la delegación de la representación tradicional como el aislamiento que implica, a la larga, dejar la política en las manos de los que ya tienen el poder, y que asume una problematización del 'centralismo democrático' de la tradición leninista. Estas apreciaciones le permiten lanzar una advertencia capital: *Muchas veces, el afán por evitar reproducir las lógicas del sistema y por la preservación de una autonomía mal entendida, precipita en la funcionalidad con el sistema y con los procesos de reproducción de las condiciones de dominación.*

Su afinidad con estas corrientes no le impide establecer críticas, señalar la existencia de cierto 'folklorismo setentista', sectarismo, exacerbación del autonomismo que se confunde con individualismo, o el estereotipo del militante *full time*.

Desde esa toma de posición efectúa la crítica a los partidos de izquierda, en su creencia de estar provistos de un saber revolu-

cionario esencial, inmutable, que les permite adoctrinar a las masas y «medir» el avance de ellas en función de su cercanía al programa y las prácticas preconizadas por la organización partidaria. La conciencia «verdadera» está almacenada en cada uno de sus documentos, en todas sus acciones, las «masas» deben incorporarla, aceptando además la dirección de la organización pre-existente. *El trabajo de masas del partido apunta a que éstas adopten su programa, lo que denota toda una concepción del papel de las masas en los procesos históricos. El partido no propone jamás una construcción dialéctica del mismo (del partido y del programa).* El partido se piensa como vanguardia desde su constitución, puede eventualmente «desviarse» de la línea correcta, y eso puede llevarlo a replantear su análisis de la sociedad, casi nunca su inserción en el movimiento social.

Hasta allí el examen de los sectores que buscan una salida emancipatoria, aun en profunda divergencia entre ellos. Pero los piqueteros tienen un enemigo concreto en el terreno, una práctica antagónica a la suya, que cobra vida a partir del fomento del conformismo, la despolitización, las tendencias al individualismo egoísta: el puntero. Tal como los movimientos de trabajadores desocupados, la práctica punteril es una respuesta, especialmente en el Gran Buenos Aires, a la dispersión de la clase obrera y a la pérdida de la fuerza de trabajo. Es de signo totalmente opuesto, impulsada por un Estado y un sistema político dispuesto a perpetuar las condiciones económicas, sociales, culturales y políticas de la prolongada ofensiva de la clase dominante en la Argentina de los últimos treinta años.

El puntero no sólo es tanto que representante del aparato estatal, sino de un sistema que desarrolla prácticas paternalistas con rasgos autoritarios, insolidarias, y atadas a una lógica de intercambio que despolitiza o bien mercantiliza lo político, disputa, en el mismo territorio y en la misma porción de la sociedad, con los piqueteros. Es la encarnación de las políticas en el plano 'micro' que se ha dado el régimen para administrar a quiénes quedan al margen del sistema de producción. Constitu-

ye, en cierta forma, el reemplazo degradado de la burocracia sindical, perdida por ésta su base en las fábricas. Frente a ellos se plantan los movimientos piqueteros. El trabajo contrapone a punteros y piqueteros como representaciones de dos culturas políticas extremadamente opuestas. Las dos responden al mismo fenómeno (pérdida de trabajo, declinación de formas de organización tradicionales de las clases subalternas) pero en sentidos inversos: Los punteros son la respuesta desde el poder político, altamente funcional a los objetivos e ideologías de la clase dominante, despolitizadora y desmovilizadora. Los piqueteros son la respuesta desde el seno mismo de las clases subalternas, con un impulso politizador, que forma y organiza desde el desamparo y la pobreza, y desde allí se enfrenta al puntero, que viene a aprovecharse de ellas, que las necesita para existir. En esta contraposición está uno de los puntos fuertes del trabajo, al ubicarla como un claro escenario de lucha de clases, en el que la disputa se da incluso por el sentido y los efectos de los instrumentos que propone el aparato estatal (los planes), hasta transformarlos, como en una declaración que se transcribe: *en un incentivo y un desafío para avanzar en la construcción del poder popular hacia el cambio social.*

El territorio, lo «local»... se ha erigido en el espacio de cuestionamiento concreto y directo al modelo de dominación política y social. Se forma un microcosmos reproductivo social que plantea una articulación territorial distinta a la implantada por el capitalismo neoliberal, destructiva de ámbitos y vínculos, promotora de la individualidad aislada y aislante. Ocupar el territorio es un imperativo estratégico, ocuparlo con cuerpos vinculados solidariamente...la crítica al desempleo ...no es el eje...sino la crítica al trabajo capitalista y a la sociedad que lo sostiene. Desde lo local se cuestiona lo global, no se lucha contra la «exclusión», para volver a «incluirse», sino contra la sociedad alienante y explotadora, en su conjunto.

Se cierra el trabajo con la reflexión sobre el surgimiento de este movimiento aparecido desde la completa desposesión, desde las

figuras sociales tradicionalmente identificadas con el 'lumpen-proletariado', con la marginalidad despolitizada, que si entra en la escena pública es para ser manipulada por los patrones y el poder político para su exclusivo beneficio. A la lumpenización propuesta por los punteros, a la escasa atención inicial de algunas corrientes de izquierda, se le encontró la respuesta de un movimiento activo y creativo, constituido en sí mismo en una desmentida práctica a viejas certidumbres. Un particular cruce generacional, social e ideológico incubó ese movimiento desde los años 80', en las tomas de tierras del GBA, e hizo aparecer una forma organizativa nueva y una identidad diferenciada del seno mismo de la desarticulación, de lo que parecía un desierto destinado a perdurar, hasta ir *mucho mas allá del reclamo en pos de la sobrevida*. Su mera existencia es un desafío no sólo a las lógicas del poder, sino incluso a las predominantes entre sus críticos (se recuerda en el texto que nada menos que Pierre Bourdieu habló de «milagro sociológico» para referirse a la organización y movilización autónoma de ciertas capas de los sectores dominados). La valoración de estos movimientos como una gran contestación desde abajo a las reformas estructurales del capitalismo concentrador y excluyente, pero también al vaciamiento de contenido de la democracia representativa y a la virtual muerte de la política, vertebró este trabajo de Miguel Mazzeo. La apuesta a su desarrollo, a que gane en complejidad y articulación hasta convertirse en la matriz de una nueva alternativa social y política, tendencialmente horizontalista y basada en mandatos imperativos y revocables, le otorga, creemos, su sentido más profundo.

DANIEL CAMPIONE

*"Los gobernantes sólo hacen revoluciones
para gobernar. Nosotros queremos
finalmente una, para asegurar para siempre
la felicidad del pueblo mediante una
verdadera democracia. Sans - culottes... es
por el pan, el bienestar y la libertad que nos
enardecemos. No nos dejemos dar
nada a cambio..."*

Graco Babeuf, 1797

*"...puede ocurrir como en la vida humana,
que cuanto más obligado está un individuo a
defender su propia existencia física
inmediata, tanto más sostiene los
complejos y elevados valores de la
civilización y de la humanidad..."*

Antonio Gramsci

Introducción

Una «paradójica antinomia»

*«En el fondo todos nosotros somos seres colectivos,
que no tenemos ni representamos más que muy pocas
cosas que pueden ser consideradas como nuestras,
en el propio, en el verdadero sentido de la palabra»*

J. W. Goethe

- 1 -

Este trabajo intenta reflexionar desde emplazamientos cercanos al núcleo de una serie de prácticas recientes del campo popular, en particular las desarrolladas por el movimiento de trabajadores desocupados o «movimiento piquetero». Es por ello, en buena medida, resultado de una reflexión colectiva y una experiencia militante pero también de un denodado esfuerzo por superar la (de) formación del intelectual que mira a la clase desde un arrabal más o menos cómodo. Hemos visto en la oscuridad la luz de un fogón y nos arrimamos con los bagajes que teníamos pero buscando una apropiación vital, sin la pretensión de desprendernos de las dimensiones más emotivas, dispuestos a asumir las ventajas y las desventajas de la empatía¹.

La única fidelidad que proclamamos es a los sujetos concretos y a un conjunto de prácticas que consideramos contrahegemónicas, no a las categorías ni a los textos, por cierto heterogéneos, a los que hemos recurrido. Las citas bibliográficas, no responden precisamente a una vocación talmúdica. Sabemos de las dificultades que presentan los abordajes, los intentos explicativos, de prácticas que exceden los bagajes teóricos clásicos y las metodologías exclusivas. Sartreanamente tomamos partido por la «noción», (más homogénea al desarrollo de las cosas y proclive a la producción de ideas que se desarrollan a sí mismas por contradicciones y superaciones) en contra del «concepto» absoluto e intemporal, puro y limpio.

La conciencia de esas limitaciones, la identificación de un contexto de disonancia cognitiva, orientaron una búsqueda que en parte explica el eclecticismo de este trabajo y cierta dificultad a

¹ Empatía: capacidad de sentir y comprender las emociones ajenas a través de un proceso de identificación con los otros. «La empatía proporciona un auténtico conocimiento al sujeto solamente después que éste ha regresado de su participación afectiva en la situación objetiva, haciendo de esa participación un objeto teórico». En: Béla Székely, L.C., *Diccionario Enciclopédico de la Psique*, Buenos Aires, Claridad, 1975.

la hora de encontrarle un género a lo que escribimos, aunque más no sea en los confines del mundo literario. La mezcla de documento político, de monografía, de ensayo, de crónicas, de apuntes y notas, de recopilación de materiales en bruto, etc., refleja un esfuerzo (solo el lector dirá cuán vano o certero) por comprender lo nuevo y trazar mapas a partir de sus potencialidades e, inspirándonos en sus vendavales, deducir sus proyectos inherentes.

Este trabajo pretende tomar la mayor distancia posible de la academia, de sus egoísmos insensatos, de sus métodos forenses que nos invitan a servirnos de cadáveres para analizar la vida. También de la ciencia dogmática que escinde, tergiversa y predica la fidelidad para con ella misma, imponiendo un despotismo narcisista, un centralismo científico («sólo la ciencia piensa»). Ciencia que por fuera de la academia tiende a asumir por lo general la configuración de la línea correcta y del camino único para la emancipación. Valoramos el aporte de las lecturas «deductivas» de las luchas sociales pero creemos que existen mediaciones históricas que las explican tanto o más que las articulaciones con las condiciones objetivas y las determinaciones de las estructuras. Limitar el conflicto a las macro estructuras conduce a una visión estática, negadora del dinamismo interno y de las distintas interacciones. Más aún cuando se trata de la experiencia del movimiento piquetero, lugar del conflicto, la paradoja y el fermento en todas sus versiones.

La implementación del modelo neoliberal y el consecuente aumento del desempleo y en general el deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares no alcanzan para explicar el surgimiento de un movimiento tan original y complejo, prácticamente sin parangón en la historia. Las luchas piqueteras presentan dimensiones que trascienden lo material, dimensiones políticas y culturales que nos remiten al peso decisivo de la comunidad imaginada y de la asociación voluntaria en la construcción de la cohesión social que no viene dada objetivamente. En este sentido consideramos necesario reparar en el papel ju-

gado por una camada de militantes y activistas que se volcaron, en la segunda mitad de los '90, al trabajo de base orientado a la organización del «nuevo sujeto social» que emergía como saldo de la desestructuración neoliberal. En algunos casos como respuesta a los límites que la Iglesia Católica ponía al desarrollo de las experiencias organizativas entre los pobres (principalmente a las comunidades eclesiales de base), en otros el móvil fue el desencanto de las prácticas políticas tradicionales, populistas o de izquierda, y la constatación de la funcionalidad del sistema político en su conjunto con las políticas neoliberales. Nos parece fundamental destacar el papel de la militancia, sobre todo ante cierto tipo de discurso que pretende que las lógicas reivindicativas surgen naturalmente desde las bases, a diferencia de las visiones estratégicas, impuestas invariablemente «desde afuera» y «artificiales». En ambos casos el papel de la militancia, nos parece clave. Claro que, como sosteníamos hace ya algunos años, el núcleo militante puede ser «biodegradable» o «contaminante». En el primer caso, el militante asume un lugar dialéctico que desdibuja su supuesta externalidad, piensa desde el interior del sujeto, desde el núcleo de la cotidianeidad, la asociación y la lucha, contribuye así a la acumulación de experiencia social y política en la base. En el segundo caso predomina la unidireccionalidad, la escisión, y la experiencia es procesada y acumulada únicamente por el núcleo.

Asimismo la experiencia del movimiento piquetero desborda por todos los costados a la teoría de la movilización de recursos que sostiene que los individuos actúan cooperativamente cuando perciben que cuentan con los recursos necesarios para obtener «éxito». Las definiciones ideológicas tampoco son un emplazamiento lo suficientemente fiable para el análisis. También puede resultar frustrante una observación del movimiento desde la teoría de las oportunidades políticas en los términos planteados por Sidney Tarrow, que proponen una correlación entre los ciclos de movilización y las estructuras de oportunidades². Consideramos que la noción de oportunidad no deja de remitir a una construcción subjetiva³. Por otra parte, pensada la cues-

ción desde un horizonte de cambios radicales, el problema no sería tanto la oportunidad sino la creación de condiciones de oportunidad. La acción (determinadas acciones) es la que crea oportunidades, o dicho en términos leninistas: toda política revolucionaria crea sus condiciones de aplicación.

Limitaciones similares presentan la sociología histórica, el paradigma de la identidad, la teoría de los nuevos movimientos sociales y la teoría de la acción comunicativa, que considera al «sistema cultural» como núcleo fuerte de los conflictos (las dimensiones simbólico - comunicativas en desmedro de las histórico - materiales). También la teoría de los actos del habla, y todas aquellas teorías centradas en la dimensión simbólica de las luchas y las relaciones de fuerzas «discursivas». Con estas aclaraciones no pretendemos negar la importancia de las dimensiones simbólicas de las luchas y de las disputas por las estructuras de representación del mundo, solo destacamos sus limitaciones como visiones exclusivas, y los riesgos de una caída en el positivismo de los signos como indeseado corolario de un combate contra el positivismo de los hechos.

En relación a los movimientos sociales en general y en el caso del movimiento piquetero en particular –y como señalaba Alan Scott⁴ hace más de diez años– deberíamos precavernos de los intentos explicativos asentados en los pedestales de las teorías unitarias.

² Ver: Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997.

³ En relación a esta cuestión, Marina Farinetti señala que: «la oportunidad como determinante de la protesta no puede ser tratada como un dato objetivo sino como una percepción o construcción del actor», ver: Farinetti, Marina: «La conflictividad social después del movimiento obrero», en Revista *Nueva Sociedad*, Caracas, número 182, noviembre-diciembre de 2002, p. 66.

⁴ Ver: Scott, Alan, *Ideology and the new social movements*, Londres, Unwin Hyman, 1990.

Sin dudas un diálogo entre las diversas tradiciones teóricas aportará a la comprensión del «fenómeno» piquetero, pero más vale tener presente que el movimiento se conformó y se sigue conformando al ritmo del despliegue del conflicto social y político que torna más improductiva de lo que es a la dualidad estructural - actor, y que, por lo tanto, lo «relacional» o «morfogenético» (el análisis de las estructuras en el marco de un proceso ontogénico o regenerativo) es una dimensión clave del análisis. En fin, recurriendo nuevamente a Lenin, el fenómeno resulta siempre más rico que la ley... Finalmente nos parecen válidos los intentos de retomar lo real «desde cero» o de verlo con ojos nuevos, como decía Albert Memmi.

En sentido estricto estamos hablando de un movimiento de movimientos. El término mismo nos instala en la faz un objeto inestable, reacio a cualquier instantánea, frente a un imaginario de construcción compleja y contradictoria. La experiencia del movimiento piquetero combina distintas racionalidades (teleológica, estratégica, normativa, dramática y comunicativa), no una exclusiva, y distintas dinámicas de construcción identitarias. Por lo tanto, más que nunca, cabe identificar al término «lucha» —difícil de ajustar a las leyes y a las clasificaciones— como la parte más insigne de la expresión lucha de clases (aún entendiendo a la categoría «clase» como relación social y no como cosa). Esta prioridad otorgada a la lucha nos compromete a pensar la política desde un fundamento immanente y no desde uno exterior, fundamentalmente nos abre las puertas de la contingencia y también —parafraseando al poeta William Blake— las de la percepción.

Otro rasgo que diferencia al movimiento piquetero de otros movimientos sociales (que la teoría sociológica suele tomar como ejemplos) es su grado elevado de politización, que no se explica únicamente por la presencia de partidos y organizaciones políticas. El pensamiento dominante tiende a inventar la diferencia entre las demandas vinculadas con las necesidades de la sociedad (las «demandas legítimas») y las relacionadas con los inte-

reses de los dirigentes (las «demandas políticas» y por lo tanto «ilegítimas»), porque reacciona frente a cualquier proceso de politización de masas por fuera de sus designios y busca imponer significaciones vinculadas a la manipulación y a la imposición.

El movimiento piquetero, dada la naturaleza de sus reclamos no puede soslayar la política. El trabajo, la dignidad y el cambio social como horizonte y como ejes / consignas universalizables conducen al abierto cuestionamiento de las políticas neoliberales y a un debate en torno a las posibilidades de integración social que el capitalismo periférico ofrece, en última instancia plantean una discusión sobre el proyecto de país. La dimensión política del movimiento piquetero, va mucho más allá de la exigencia de intervención pública a las autoridades políticas para que respondan a un reclamo. Va más allá del incentivo generado por las políticas públicas en los grupos sociales que pretenden erigirse en interlocutores del gobierno y el Estado. El movimiento piquetero ha nacido como «reactivo» y «proactivo» al mismo tiempo, lucha tanto por la restitución de derechos históricos como por nuevos derechos. O, en todo caso, puede sostenerse que la restitución de los derechos históricos —en el actual contexto— exigen cambios radicales e intervenciones categóricas.

Desde el punto de vista de una teoría revolucionaria adecuada al tiempo presente, la única certeza que abrigamos es la de su inexistencia. Los que no lo consideran así no hacen más que trasladar el vino viejo a los odres nuevos e insistir con argumentos superados por los acontecimientos y con supuestos jamás cumplidos a lo largo de los últimos treinta años. También están los que nos ofrecen la novedad radical, en versión esotérica o naif. Una teoría revolucionaria —la historia así lo demuestra— siempre es resultado de un largo período de acumulación de experiencias de las clases subalternas y de los diversos aportes del pensamiento, a nivel local e internacional. Básicamente es el resultado de una condensación de prácticas que, soli-

dificadas, se convierten en ideas y en una fe colectiva. En este sentido recién hemos comenzado a dar los primeros pasos.

En fin, estamos íntimamente convencidos que el cambio social (o la revolución, si se prefiere) está más emparentado con la moral y la poesía que con la ciencia que, por más que proclame su neutralidad a los cuatro vientos y que por lo general caiga víctima del «efecto Pigmalión» (como el legendario rey de Chipre, se enamora de la propia obra) no puede escapar a sus efectos performativos y a su ejecutividad. Claro que, de todos modos, repudiamos lo que los jacobinos le hicieron a Antoine Laurent Lavoisier⁵.

También tomamos distancia de algunas tendencias que colocan a las hipótesis en el lugar de la línea correcta. Hipótesis que suelen ser tan sublimes como contraproducentes, puesto que celebran lo existente sin dar cuenta de las restricciones y sirven para que los que las formulan se sientan moralmente bellos a costa de la inhibición de las potencialidades de distintos colectivos del campo popular. Si bien existe una diferencia rotunda entre el acto de bajar línea y el de bajar hipótesis, hay un punto de coincidencia: el arriba y el abajo al que remite la bajada. No nos satisface el horizonte de la errancia permanente y sin destino y nos parece de escasa productividad el concepto de pospolítica. Nos parece importante trazar caminos, aunque sean

⁵ Antoine Laurent Lavoisier fue un célebre químico francés nacido en París en 1743. Acusado de conspirar contra la Revolución fue guillotinado por decreto de la Convención en 1794. El «caso Lavoisier» suele ser presentado como metáfora de la relación entre la revolución y la ciencia, sin tener en cuenta, muchas veces, que Lavoisier además de científico genial e innovador, pertenecía a la *Ferme Générale*, la odiada corporación de los arrendatarios de impuestos. Paradójicamente Lavoisier ha sido considerado recientemente como un precursor del concepto de «redes» que tanta influencia ejerce en el pensamiento actual y que, en su acepción política, se opone a las estrategias centralizadoras típicas del jacobinismo.

inciertos, trazarlos colectivamente, asumiendo todos los riesgos que implica. Preferimos andar livianos de axiomas ininteligibles y pensar desde la dinámica que genera la ofensiva y la apuesta.

Dentro del movimiento piquetero se abre un campo propicio para los rebeldes vocacionales, los revolucionarios en disponibilidad, los aprendices de reformadores sociales, los locos (lindos y de los otros) y los francotiradores de toda laya. Grupos y personas vinculadas a distintas organizaciones del movimiento se han dedicado a celebrar la propia influencia y a medir el valor de una experiencia en función de su ascendiente sobre la misma. También queremos marcar distancia de este tipo de tentación.

En el marco de la ciencia institucionalizada existe un campo «prestigioso» y académicamente reconocido para cierto tipo de producciones críticas y vagamente orientadas a promover cambios radicales. Sus enunciados son reconocidos como científicos, o por lo menos como «serios», por los que disponen del poder político para determinarlo. Lo cierto es que el poder, ese que crea verdad, reconoce a muchos intelectuales «críticos», «progresistas» y hasta «marxistas», como interlocutores válidos. Y muchas veces estos intelectuales no pueden dejar de poner en evidencia que dicho reconocimiento los llena de orgullo (y también de becas, viajes, etc.). Estos intelectuales son como el poeta francés Gustave Flaubert, critican a la burguesía, pero en lo esencial terminan siendo solidarios con ella, que es una forma de ser solidarios con ellos mismos. Denunciamos ese campo, plenamente funcional a la teoría del orden.

Parafraseando a Mircea Eliade, no queremos convertir a lo que es singular y nuevo, y por consiguiente difícil de aprehender, en recipiente de fuerzas mágicas o en objeto de veneración. No queremos mitificar al movimiento piquetero o a alguna de sus organizaciones ni considerarlo «motor» exclusivo de las transformaciones sociales, sino destacar la relevancia del espacio construido, el dinamismo que el movimiento en su conjunto

imprimió a las luchas sociales en un contexto de reflujo, y sus potencialidades a mediano y largo plazo. Por una cuestión de responsabilidad intelectual y política tampoco queremos resignar la crítica de estas experiencias o directamente caer en la alabanza de los errores a partir de un complejo de culpa pequeño burgués o de una mala conciencia social.

- 2 -

Este trabajo no pretende analizar el desarrollo de las redes clientelares o asistencialistas y sus estructuras, tampoco se detiene en la naturaleza y las características del vínculo entre punteros (patrones o mediadores políticos según la terminología académica) y «clientes». Por el contrario, nos centramos específicamente en el momento de ruptura de ese vínculo o en el momento que imposibilita su constitución a partir de la irrupción de una (contra)organización popular de base que nuclea fundamentalmente a trabajadores desocupados. Esta (contra)organización genera un contexto que posibilita el cuestionamiento de la sumisión y el desarrollo de condiciones para la realización de la libertad y la afirmación (autoafirmación) del sujeto. Asimismo establece un límite (resiste) a los procesos que obligan a los sectores populares al nomadismo precario y a las formas híbridas, reconstruyendo un escenario más funcional a las oposiciones sustanciales. Identificamos un poder que construye el lugar del «cliente» y una práctica resistente (un hecho de poder popular) que cuestiona ese lugar y construye otro.

Concebimos al clientelismo como algo mucho más complejo que un simple modelo de intercambio de bienes y favores por apoyo político o una «deformación» de las políticas sociales. Se trata para nosotros de una verdadera estrategia biopolítica, estrategia de control y manipulación «posdisciplinaria», por parte del capital y de su mando político, de las potencialidades de los seres humanos que recurre a dispositivos de desubjetivación, pero que presenta algunas invariantes históricas puesto que se combina con los dispositivos del poder soberano y los discipli-

narios y las prácticas tradicionales vinculadas a una parte de los modos del poder dominante en la Argentina. La desubjetivación impide el desarrollo de todo movimiento dialéctico al confrontar puros objetos. El clientelismo pone en evidencia que el Estado no sólo debe velar por la acumulación sino también por un mínimo de cohesión social. Es tanto reflejo de la debilidad de los trabajadores como de la hegemonía-burguesa.

Para Paolo Virno es lícita la utilización del termino biopolítica –acuñado por Michel Foucault en los años '70– para caracterizar la actual situación porque: «Al capitalista le interesa la vida del obrero, su cuerpo, sólo por un motivo indirecto: este cuerpo, esta vida, son aquello que contiene la facultad, la potencia, la *dynamis*. El cuerpo viviente se convierte en objeto a gobernar no tanto por su valor intrínseco, sino porque es el sustrato de la única cosa que verdaderamente importa: la fuerza de trabajo como suma de las más diversas facultades humanas (...) La vida se coloca en el centro de la política en la medida en que lo que está en juego es la fuerza de trabajo inmaterial (...) El cuerpo viviente, del cual se ocupan los aparatos administrativos del Estado, es la señal tangible de una potencia todavía no realizada, el simulacro del trabajo todavía no objetivado o, como dice Marx con una expresión muy bella, del 'trabajo como subjetividad'»⁶.

El cuestionamiento de esta estrategia, la ruptura del vínculo clientelar, construye a las distintas partes como actores antagónicos puesto que expresan socializaciones contradictorias. Por un lado niega al «desocupado - cliente» como tal, lo niega como objeto y lo convierte en sujeto libre, autónomo y activo, lo aleja del mundo de significados construido por el puntero, de la categoría humillante de desocupado y lo transforma en piquetero (categoría que junto con una pertenencia le restituye el orgullo)

⁶ Virno, Paolo, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue (Colección Puñaladas, Ensayos de Punta), 2003, pp. 87 y 88.

y miembro de una organización que —a diferencia del puntero— no asume como «natural» la correlación de fuerzas existente. Por el otro lado favorece la desfechitización (categoría que nos parece central) del intercambio y pone en evidencia el carácter asimétrico, denigrante y utilitario del vínculo.

La condición del piquetero a diferencia de la del desocupado remite a una noción de resistencia y a un proceso de constitución de identidades sociales. Piquetero, a diferencia de desocupado, no nos remite a una carencia sino a un gesto de autoafirmación. El concepto de desocupado, tal como suele utilizarse, si bien implica el estar por fuera de las relaciones de producción, presupone que el trabajador no es nada por fuera de esa relación. En la peor de las versiones (tributaria de la idea de progreso) el desocupado aparece como víctima de un proceso histórico que es a la vez lógico, necesario y progresivo, porque la desocupación se concibe como el costo que hay que pagar por el crecimiento económico, el desarrollo o la modernización. La movilización de desocupados se muestra como improbable porque ninguna lucha puede sostenerse sobre la base de una identidad desvalorizada y una experiencia frustrante. Por el contrario, asumirse como piquetero (sujeto resistente) conlleva un reconocimiento de que el desocupado excede las relaciones de producción, es «algo» por fuera de ellas. Y es algo importante. Ya no tiene que ocultar la angustia y el horror de no ser nada.

La identidad piquetera, en sus dimensiones laborales, políticas y simbólicas, se ha ido conformando por fuera de la interioridad de la relación capital - trabajo pero también por fuera de la frustración de quedar al margen de ella. El antagonismo de clase —al que consideramos central— cada vez es menos contenido por las relaciones de producción, las desborda favoreciendo su proliferación en múltiples espacios y relaciones. Ahora bien, el piquetero cuestiona además las relaciones de reproducción social y las relaciones sociales alienantes *en* la producción (es decir cuestiona la difusión social de la producción y la lógica mercantil en todos los planos) que se manifiestan de modo con-

creto en el plano intersubjetivo, mucho más que las relaciones de producción⁷. O sea: cuestiona la explotación, la dominación cultural, la depredación de la naturaleza; se rebela contra la falta de reconocimiento y respeto, contra la representación política y contra las variadas formas de injusticia simbólica. El sujeto popular fortalece así el sentimiento de identidad, sostiene la acción colectiva y se convierte en clase para sí. Como decía E.P. Thompson: «la clase cobra existencia cuando algunos hombres de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas) sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos»⁸.

La experiencia piquetera, como veremos en algunos casos más que en otros, constituye una «disrupción» porque la forma de organizar la autoemancipación y el sueño emancipador en sí tiene lugar al interior de las relaciones de poder existentes. La organización popular de base (con más claridad en un sector del movimiento) es un medio de emancipación porque no reproduce las relaciones de poder hegemónicas y favorece la conformación de subjetividades activas. Sostenemos además que este antagonismo se expresa en una disputa por el territorio social donde se construye (o se deconstruye) el sujeto, más allá de que la alineación de la organización popular de base sea sindical o política (partidaria). Planteamos también que estas organizaciones y sus luchas resignifican viejas tradiciones del campo popular y muestran los límites del desempleo como disciplinador social.

⁷ De Sousa Santos, Boaventura, «Los nuevos movimientos sociales», en Revista del OSAL (Observatorio Social de América Latina), número 5, Buenos Aires, setiembre de 2001, p. 179.

⁸ Thompson, E.P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, Vol. 1, p. 15.

Es evidente que este antagonismo (de fondo) no siempre se expresa en términos electorales. El sistema conoce esa intransferibilidad, por eso, después de realizar las evaluaciones políticas correspondientes, suele recurrir a lo electoral como campo deslegitimador de las organizaciones populares. En la provincia de Salta, después de la pueblada de junio de 2001, diversos sectores políticos propusieron convocar a elecciones y a que la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, eje de las luchas populares en la región, presentara «candidatos piqueteros». Además, los tiempos electorales no coinciden con los cambios en la cultura política y con los ritmos de las experiencias organizativas del campo popular, aunque de modo diverso, las afectan.

La participación en una organización popular de base no necesariamente altera el comportamiento electoral de una persona. Pero el voto al partido político del puntero ya no responde a un intercambio perverso, sino a problemas de fondo de la política nacional. En todo caso habrá que explicar los procesos que conducen a que la conflictividad social en la mayoría de los distritos del país no tenga correlatos electorales. Albert Hirshman, hacia la década del '70, consideraba que el hecho mismo de participar en un movimiento social podía verse como respuesta a las frustraciones que genera el voto y la democracia procedimental como forma de participación episódica y diluida⁹.

Por otra parte la reconstitución del tejido comunitario se vive en algunos casos como una experiencia de gobierno paralelo o de poder instituyente que genera actitudes de indiferencia frente a los procesos electorales. Finalmente constatamos que la política suele presentarse para una parte importante de los militantes del movimiento como espacio diferenciado, con lógicas

⁹ Hirshman, A., *Défection, prise de parole et loyauté*, Fayard, París, 1995 (primera edición, Harvard University Press, 1970), en Neveau, Erik, *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Hacer Editorial, 2000.

distintas a la de la construcción cotidiana y en algunos casos como una apuesta en pos de la construcción de una herramienta complementaria, necesaria y distinta a las conocidas –pero bajo ningún punto de vista suficiente– para extender y consolidar la autodeterminación del pueblo.

Vale aclarar que utilizamos el término pueblo en el sentido más excesivo del concepto, lo concebimos como un verdadero sujeto histórico, como una comunidad política autoconstituida en referencia a la historia y marcada por la vocación solidaria e igualitaria. Incluimos en esta definición al conjunto de los oprimidos y explotados (y a sus experiencias). Es más proyecto a futuro que dato de la realidad, una meta, pero también la dinámica de la construcción de una pertenencia, un continente. No lo concebimos como un sujeto universal a priori o como un sujeto revolucionario *per se*, depositario de valores positivos y permanentes y portador de un proyecto histórico o de una identidad ontogénica. Tampoco lo usamos como forma de reificar al Estado, o como conjuro desactivador de diferencias, sino en la perspectiva de un despliegue pluralista pero con límites precisos que excluyen a las clases dominantes. Pueblo es para nosotros el nombre de una proa.

Además la fidelidad para con la dinámica propia de los movimientos nos exige recurrir al concepto de pueblo. Más de allá de que se plantee que las diádas privado - público e individual - colectivo estén en crisis, lo cierto es que la praxis del movimiento se orienta a la reconstrucción de los espacios públicos y a las luchas por el reconocimiento del carácter de productores y ciudadanos de sus miembros.

Por otra parte los movimientos intentan restablecer la experiencia basada en la tríada trabajo - política - pensamiento (y vale aclarar que en algunos casos el trabajo se entiende como práctica resocializadora, no alienante, etc.). O sea, si no son pueblo en sentido estricto todo indica que quieren serlo, y esa voluntad o esa «astucia de la subjetividad» es lo que ya los con-

vierte en pueblo. Además el concepto de pueblo no necesariamente porta la idea de una convergencia en la unidad estatal. Se pueden pensar otros marcos para esa unidad. De tomar al pie de la letra algunos análisis recientes¹⁰, deberíamos ver la lucha de los trabajadores desocupados de la Argentina como una experiencia condenada a desaparecer, algo así como si se tratara de los luddistas¹¹ del siglo XXI, que es una de las formas elegantes y eruditas de designar a un sujeto al que se concibe como pre o pos político.

No utilizamos el concepto de multitud por una serie de razones: en primer lugar porque nos parece un concepto estructural y descriptivo a diferencia del concepto de pueblo que es político y normativo y que no se puede derivar de la forma de trabajo posfordista; en segundo lugar porque nos parece que las clases dominantes, que sí tienen una clara vocación por la estatalidad, prefieren el modo de ser las multitudes (y de todo grupo casual donde no existan lazos basados en la responsabilidad intersubjetiva) y no el de los pueblos, por lo menos al momento de borrar estas páginas; en tercer lugar porque el concepto de multitud (cantidad que nunca se transforma en calidad) se enfrenta a nociones que nos parecen imprescindibles de cara al cambio social como lo son horizonte y proyecto. Multitud puede relacionarse aquí con la noción de «política - pasión» formulada por Benedetto Croce y criticada por Antonio Gramsci, que por definición excluía la permanencia, la organización y exaltaba lo espasmódico. En cuarto lugar porque se trata de un

¹⁰ Ver por ejemplo el trabajo citado de Paolo Virno, autor cuyos aportes nos parecen tan interesantes y perturbadores como discutibles.

¹¹ El «Luddismo» fue un movimiento de trabajadores orientado a la destrucción de máquinas y establecimientos. Tomó el nombre de uno de sus supuestos líderes, Nedd Ludd. Se desarrolló en Gran Bretaña entre 1811 y 1818 y se lo suele asociar a cualquier forma de protesta «primitiva» o «irracional» de los trabajadores y a las experiencias de organización y lucha condenadas a desaparecer por «antihistóricas».

término (y un sujeto) ambiguo, que habilita a sugerir que, en ocasiones, la multitud actúa como pueblo, porque si hay acción de multitud, hay direccionalidad (cosa que el propio concepto niega). Por otra parte ¿Hasta que punto el concepto de multitud no se asemeja a las definiciones negativas, peyorativas de pueblo? Por ejemplo el escritor ruso V. G. Belinsky, a mediados del siglo XIX, escribía que el pueblo «es siempre un niño, un menor de edad. Suele tener minutos de gran fuerza y sabiduría en la acción, pero son minutos de pasión, de entusiasmo. Y aun en esos raros minutos es bueno y cruel, generoso y vengativo, es hombre y fiera (...) Es una fuerza natural, espontánea, grande e insignificante, noble y ruin, sabia y ciega en sus manifestaciones triunfales. Es un mar majestuoso en la calma y en la tempestad, pero jamás independiente de sí mismo, jamás se maneja a sí mismo; el viento es su soberano»¹². Por último no utilizamos el concepto de multitud porque no queremos entronizar sujetos sin atributos y desmemoriados.

La ruptura generada por el movimiento piquetero implicó exceder lo que distintos autores –Pierre Boudieu y Loïc Wacquant entre otros– han denominado una «paradójica antinomia» a partir de la cual los sujetos oprimidos se ven inhibidos de desarrollar prácticas de resistencia puesto que de intentarlo perderían el acceso a una serie de bienes y servicios imprescindibles para la sobrevivencia, viéndose de este modo prácticamente condenados a la cooptación de las redes clientelares. Bourdieu y Wacquant sostenían que los dominados «están usualmente condenados a dichos dilemas, a elegir entre dos soluciones, las cuales, cada una desde cierta perspectiva, son igualmente malas»¹³.

¹² Belinsky, V. G., *Obras completas*, Moscú, 1956, t. 10, p.358-369, citado por Plímak, E. G., *Proceso revolucionario y conciencia revolucionaria*, Buenos Aires, Cartago, 1985. P. 64.

¹³ Bourdieu, Pierre y Wacquant Loïc, *An invitation to reflexive sociology*, Chicago, The University of Chicago Press, 1992, p. 82, citado por: Auyero, Javier, *La política de los pobres. Las prácticas clientelísticas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, p.190.

Sostenemos que la experiencia desarrollada por el Movimiento de Trabajadores Desocupados permite superar este dilema. Porque demuestra que para sobrevivir no es necesario rendirse a los artefactos. Porque vincula sobrevivencia con resistencia y esperanza. La ruptura del vínculo clientelar, cosa que desde la perspectiva referida parece imposible, resulta fundamental para nosotros y por otra parte sirve para explicar la misma naturaleza del vínculo. O sea: consideramos que se puede obtener más información sobre la naturaleza del vínculo clientelar en el momento preciso de su ruptura.

Capítulo 1:

Caracterización general del movimiento piquetero

*«En el proceso de lucha, se descubren como clase,
se dan cuenta de este descubrimiento como
conciencia de clase. La clase y la conciencia de
clase son siempre el último, no el primer estadio
en el proceso histórico»*

E. P. Thompson

- 1 -

La fragmentación y la heterogeneidad son características distintivas del Movimiento de Trabajadores Desocupados o movimiento «piquetero», uno de los componentes más dinámicos del campo popular argentino en los últimos años¹⁴. Algunas de sus expresiones tienden a la reproducción de las tradicionales prácticas sociales y políticas clientelares, una especie de sistema de punteros de «izquierda» que mantiene las relaciones asimétricas entre una elite de dirigentes y grupos subordinados. Otras parten de la vieja concepción del «frente de masas», que tras el discurso del «intercambio» o la «interrelación» o directamente del «centralismo democrático» suele ocultar una relación de dominación, a partir de la función de dirección ejercida exclusivamente por un grupo, una elite política o una vanguardia autoproclamada. Muchas veces estas funciones no se asumen abiertamente y suelen permanecer «disfrazadas», incluso bajo una retórica horizontalista. También podemos encontrar prácticas cercanas al sindicalismo de izquierda más o menos tradicional que subordina la construcción social a la construcción del partido de la clase obrera. Finalmente encontramos organizaciones que piensan - construyen a partir de la experiencia concreta de transformación (en términos de contrapoder, poder popular, etc.) reconstruyendo lazos sociales, desarrollando relaciones sociales alternativas a las dominantes. A diferencia de las otras expresiones del movimiento piquetero, esta última no piensa exclusivamente en términos de «globalidad» o «coyuntura»¹⁵.

Por otra parte sus objetivos suelen ser disímiles y van desde una estrategia redistributiva al socialismo en todas sus versiones

¹⁴ Vale aclarar que la fragmentación y la heterogeneidad es una característica que debe hacerse extensiva al conjunto de las clases subalternas en la Argentina de la posdictadura.

¹⁵ Ver la caracterización del Colectivo Situaciones en: Colectivo Situaciones, *MTD Solano (Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano)*, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 2001, Notas para la reflexión política, punto número 1, introducción.

como representación futura, desde el sostenimiento de viejas identidades populistas, basadas en la idea de integración al sistema y en la correspondiente ilusión del retorno al Estado intervencionista benefactor, al descreimiento absoluto en toda idea de renovación del país burgués y en toda lucha orientada a preservar porciones del orden anterior. En síntesis, aparecen como horizontes tanto la modificación de la orientación de los gobiernos como el cambio de las estructuras del Estado y la sociedad. En algunas organizaciones del movimiento está profundamente arraigada la creencia en que la lucha contra la opresión debe girar en torno a la cuestión de la ciudadanía (obtención - recuperación de derechos), en otras se considera que para acabar con la opresión y con la exclusión, no alcanza con los derechos ciudadanos y que para un horizonte de emancipación genuina es necesario transformar las relaciones sociales, culturales y las lógicas de la acumulación capitalista. Estas transformaciones por otra parte se perciben como requisitos indispensables de la ciudadanía.

En relación al trabajo, las disposiciones van desde la reivindicación por trabajo «genuino» hasta la huida del trabajo enajenado y la reivindicación del «trabajo digno», o más específicamente —como lo plantea un sector del movimiento— trabajo igualitario, solidario, libre y compartido. Cabe agregar que el trabajo genuino se ha convertido en una de las principales reivindicaciones de un sector del movimiento. En este sentido debemos considerar que el trabajo genuino puede ser generado por una empresa privada que contrata a un beneficiario del subsidio estatal mientras despide a un trabajador efectivo. No debemos olvidar el proyecto que impulsó, sin éxito, el Ministerio de Trabajo en el año 2002.

En realidad el trabajo genuino se relaciona para un amplio sector del movimiento piquetero con la idea de integración y reinserción en el sistema, idea que se refuerza con la utopía reaccionaria del retorno a los tiempos de la matriz sustitutiva importaciones —típica del período 1930-1976 en nuestro país— y del trabajo fordista tradicional. Pero la reivindicación del tra-

bajo genuino no sólo remite a la ilusión de la refundación de un capitalismo reformado y un capital constreñido o manicurado (como si fuera factible retrasar las agujas del reloj del desarrollo capitalista a una de sus etapas anteriores y superadas) sino también a una concepción del socialismo que parte de la centralidad del trabajo asalariado en función de la construcción de un orden alternativo y superador al del capital y que reproduce el vínculo naturalizado entre el trabajo (mercancía, empleo) y la vida, propio de la cultura política aún dominante y a la vez propio de un estadio precedente. En este último caso subyace una visión técnica del mundo (la producción precediendo a la existencia), una concepción ortodoxa del socialismo, «productivista», que no puede concebir al sujeto colectivo sin la base económica de las grandes fábricas y sin el soporte de la racionalidad productiva. Un pensamiento no exento de ribetes racionalistas y eurocéntricos y despreocupado por la creación de nuevos valores y por la hegemonía. El productivismo ha llevado a plantear la desemejanza entre organización de clase y organización piquetera. Esta concepción, que prácticamente es una pieza del museo revolucionario, nos sugiere el siguiente itinerario: creación del partido revolucionario - lucha política - toma del poder - decretos revolucionarios - apropiación de los medios de producción - trabajo genuino. La toma del poder se sigue concibiendo como hecho fundacional y el cambio social como una reorganización desde arriba.

En estos casos la reivindicación del trabajo genuino parte del reconocimiento de la necesidad de convertir al desocupado en obrero industrial como precondition indispensable del cambio social. El desocupado aparece como un pre - sujeto, y sus condiciones como infértiles para el desarrollo una política revolucionaria. Crear las condiciones de aplicación de las políticas revolucionarias (horizonte leninista) sería reconstruir y extender la relación de clase en el terreno de la producción. De este modo se propone la construcción política partiendo de un sujeto ideal y de circunstancias ideales, operación que no da cuenta de la realidad, de sus deformaciones, de sus límites, fundamental-

mente de la disociación de la lógica de la acumulación capitalista respecto de la mercancía fuerza de trabajo. Por otra parte la lucha por trabajo genuino puede resultar funcional al capital porque le permite conservar inalterada su capacidad de disciplinamiento y extorsión. No se impugna el mercado de trabajo sino que se apuesta a su reconstrucción. El capital mantiene así su poder de dar o negar empleo.

El sector del movimiento piquetero que no adopta la consigna del trabajo genuino (o que lo entiende de otra manera) no toma como eje de cara a la construcción del socialismo al trabajo asalariado, sino que asume el abanico de reivindicaciones del conjunto de las clases subalternas y, más que en el desenvolvimiento de una racionalidad «de fondo», confía en la potencia humana liberada como la arcilla irremplazable para construir el socialismo. Centra su estrategia en el sujeto y en la construcción colectiva de una concepción del mundo opuesta a la del capital. Propone cambiar la sociedad desde su interior contradictorio y teóricamente incómodo, y no desde un lugar extrínseco e ideal. No escinde necesidad de estrategia. Poco a poco asume que la lucha por la vida no necesariamente debe plantearse como lucha por el empleo o por el desarrollo de la economía. Se van delineando como actores sociales con capacidad de realizar una ruptura con la lógica del trabajo - mercancía que es la lógica de la explotación. Un compañero del MTD de San Francisco Solano decía hace un par de años: *«Yo creo que una cosa es pedir trabajo, incluso trabajo genuino, y otra cosa es pedir trabajo y dignidad. No digo que sea indigno, por ejemplo, pedirle trabajo a Repsol, o que te den mejoras salariales. Pero lo que es indigno es la explotación. Y me parece que hay que empezar a generar otras relaciones. Nosotros no tenemos la idea acabada de cuáles son las formas de producción que queremos gestar, pero lo que tenemos bien claro es que no queremos generar relaciones de explotación...»*¹⁶ (itálicas nuestras).

¹⁶ Colectivo Situaciones, *op. cit.*, punto número 7.

Los propósitos derivados de estas perspectivas, imprescindiblemente, deberán complementarse con el impulso al desarrollo de diversas estrategias: los proyectos productivos autónomos, las redes económicas solidarias y los mercados informales, las cooperativas, las experiencias de gestión obrera, y las luchas en función de la reducción de la jornada laboral y el reparto de las horas de trabajo (consigna potencialmente unificadora del movimiento obrero ocupado y desocupado) y en pos de la nacionalización - estatización de los sectores más importantes de la economía. La significatividad del sector a nacionalizar - estatizar deberá determinarse con criterios vinculados a las escalas de las empresas, a la soberanía nacional (que incluye el control de los recursos naturales) y al beneficio público.

Claro que las críticas al trabajo genuino no siempre se formulan desde posiciones perspicaces y superadoras. Muchas veces se realizan desde una solapada defensa del clientelismo (y por lo tanto desde prácticas que son asistencialistas y paternalistas, aunque se revistan de un discurso radicalizado) y desde el interés mezquino de los dirigentes o referentes que buscan consolidar y preservar una posición de poder personal. Estos cuestionamientos al trabajo genuino no se apartan del horizonte del subsidio estatal, niegan los problemas que acarrea la lumpenización (hasta tiene una mirada «romántica» sobre la misma) y las grandes dificultades para sostener una disciplina de trabajo mínima en base a la solidaridad y a los «incentivos morales», por último no afrontan las tareas necesarias de cara a la creación de una cultura y una ética del trabajo (alternativa a la del capital, por supuesto).

En rigor de verdad, lo cierto es que, tanto el trabajo genuino —suponiendo que algo aproximado a eso sea factible, que ese recurso escaso pueda volverse abundante— como el trabajo digno, exigen un cambio social y el cambio en las relaciones de poder.

Puede resultar «muy socialista» asumir las perspectivas de la lucha por trabajo genuino en el marco de la propiedad social de los medios de producción por la vía de la expropiación del capitalismo. Pero lo que está en discusión es otra cosa, precisamente: como construir desde nuestra realidad concreta la fuerza social que haga posible la propiedad colectiva de los medios de producción. La disyuntiva no es la que opone el trabajo «digno» en un micro emprendimiento al trabajo genuino en un aparato productivo socializado, sino la que enfrenta el trabajo digno, no alienado y prefigurativo (que pueda garantizar la supervivencia pero que fundamentalmente genere legitimidad social y política para las organizaciones populares) en el marco de un proyecto colectivo, al trabajo genuino y alienado en una PYME (Pequeña y Mediana Empresa) o una multinacional.

- 2 -

Políticamente hablando podemos identificar tres concepciones generales, una que parte del eje: sociedad (o pueblo) - partidos o movimientos políticos - representación - poder del Estado, otra que parte del eje: clase obrera (o pueblo) - vanguardia - revolución (aquí se presentan vías alternativas, insurreccionales o de otro tipo) - poder del Estado, y por último las concepciones que parten de los cuestionamientos más diversos y no necesariamente complementarios, de los dos ejes tradicionales. Curiosamente, en los tres ejes propuestos, podremos encontrar posiciones oficialistas, filooficialistas, y antioficialistas en distintos grados. Este es un corte al que no atenderemos más que circunstancialmente.

Las concepciones que parten del primer eje: sociedad (o pueblo) - partidos políticos - representación - poder del Estado, se pueden asociar a: la FTV (Federación por el Trabajo, la Vivienda y el hábitat, afiliada a la CTA -Central de Trabajadores de la Argentina-) y a las organizaciones piqueteras gubernamentales cuyo principal objetivo es garantizarle al gobierno algún nivel de movilización social: Corriente Nacional y Popular 25

de Mayo, Agrupación 26 de Julio, Frente de Desocupados Eva Perón y MTD Evita. Aunque si nos guiamos por la línea política del PC (Partido Comunista), del PO (Partido Obrero), del MST (Movimiento Socialista de los Trabajadores), podemos afirmar que las organizaciones piqueteras a ellos respectivamente vinculadas (o subordinadas en distintos grados) comparten ese mismo eje «reformista», más allá del perfil «duro» que ostentan, tal el caso el MTL (Movimiento Territorial de Liberación), del Polo Obrero, del Movimiento Sin Trabajo Teresa Vive –todos en el Bloque Piquetero Nacional–.

Con reservas, puesto que recurren a una retórica y a toda una simbología revolucionaria cercana al segundo eje, podríamos agregar al MAS (Movimiento al Socialismo) y su organización piquetera el FTC (Frente de Trabajadores Combativos, en el que también participan Convergencia Socialista y Democracia Obrera), expulsado en el 2003 del Bloque Piquetero Nacional después de una dura polémica con el PO; al FUTRADEyO (Frente Único de Trabajadores Desocupados y Ocupados) también alejado del Bloque Piquetero y del Polo Obrero. Finalmente al PRS (Partido de la Revolución Socialista), al FOS (Frente Obrero Socialista), principalmente de la localidad de Florencio Varela, expulsados del FTC y al MTD de Neuquén (vinculado al PTS –Partido de los Trabajadores por el Socialismo–).

La FTV nuclea a un conjunto de organizaciones territoriales, urbanas, rurales, de campesinos, de pueblos originarios y vecinales. No hacemos extensivas las concepciones derivadas del primer eje a toda la FTV y mucho menos al conjunto de la CTA, ámbitos plurales, surcados por contradicciones, debates y puja de proyectos donde las visiones integracionistas cohabitan con las anticapitalistas y las disposiciones burocráticas con las antiburocráticas, donde las figuras toleran a las contrafiguras y viceversa. Donde la crítica a las formas políticas tradicionales y el electoralismo conviven con las reediciones de las primeras y los impulsos hacia el segundo, donde el declamado proyecto por construir un movimiento social y político coexiste con las

opciones y prácticas que agreden directamente ese proyecto. De todos modos en los aspectos más visibles y concretos de su política no se logran desdibujar la vehemencia integracionista y la expansiva reproducción de la cultura política dominante. No casualmente la FTV, se ha consolidado como referencia institucional de la protesta.

En el caso del Partido Comunista, la participación en distintos espacios de las organizaciones a él vinculadas, como CTA, Izquierda Unida, Bloque Piquetero, reflejan la indefinición de su línea política y tornan dificultosa la ubicación de esa fuerza en alguno de los ejes propuestos, aunque la consideramos, por ahora, más cercana al primero. La «unidad de la izquierda» suele ser una consigna fuerte a la hora de las elecciones, hecho bastante significativo.

Hay que destacar que el MTL presenta algunos perfiles que lo alejan de las posiciones más tradicionales de la izquierda y lo acercan a la corriente autónoma e independiente, por ejemplo la consigna del poder popular, entendido como apuesta a una construcción desde lo cotidiano, al desarrollo de prácticas autogestivas que actúen sobre la autoestima del pueblo, etc.. Esta consigna aparece por otra parte asociada a la idea de autonomía del movimiento, autonomía en diversos planos incluyendo los partidos políticos. El gran problema es y será la relación con el Partido Comunista. El MTL propone construir una nueva alternativa política pero es parte de una política vieja y no tan alternativa, no deja de ser instrumentalizado por los objetivos políticos del PC, lo que limitará sus posibilidades de generar momentos unitarios (por fuera de las alianzas del partido). Para que la autonomía que reclama el MTL sea real y no un simple barniz que sirva para dar una apariencia de alejamiento de la izquierda anquilosada y de cercanía en relación a las nuevas experiencias, el PC deberá sufrir un proceso de metamorfosis en lo ideológico, lo político y lo organizativo, incluso en su imaginario histórico. Deberá aprender a construir poder popular, sin creerse la encarnación del mismo, deberá asu-

mir el rol de «interlocutor» interno de un movimiento de masas autónomo (abjurando de cualquier pretensión por reemplazar a sus órganos representativos) y realizar el sentido en una praxis basada en la reciprocidad.

El Partido Obrero, por su parte, podría ser ubicado en un eje intermedio: puesto que su propuesta gira en torno a la convocatoria de una Asamblea Constituyente Soberana, esquema abstracto que se concibe como la instancia que debe resultar de un proceso de puebladas y de una huelga general. Además el partido tiene una fuerte tendencia al electoralismo y a la ocupación de espacios institucionales cuyas posibilidades suelen ser exageradas. Por ejemplo se ha considerado que la intervención de Jorge Altamira en la legislatura porteña contribuyó a diferenciar «una vanguardia piquetera en los movimientos de lucha en la Capital Federal»¹⁷.

El Partido Obrero comparte con los partidos de la izquierda tradicional (trotskistas o no) y en general con las fuerzas que adhieren al primer y al segundo eje, el apego al formato tradicional del partido de izquierda y a su discursividad pedagógica (dicen lo que hay que hacer, porque tienen la «clave» y manejan las leyes de la dialéctica). Constituye inclusive una versión estereotipada del mismo. El partido aparece como expresión, y a la vez como garantía, de la independencia política de la clase. El partido mide el progreso político del movimiento de masas en función del grado en que este último adopta los puntos de su programa. Considera que la hostilidad de una porción del movimiento piquetero y del campo popular a los partidos de izquierda es «una clara señal del atraso político de las masas». Como solteronas a las que nadie nunca les pudo arrancar un suspiro, resentidas y secas, no pueden entender como los hombres se dedican a embarazar a las mujeres jóvenes y bellas. Aquí

¹⁷ Oviedo, Luis, *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales*, Buenos Aires, Nuevos Rumbos, 2001, p. 137.

el partido se convierte en profeta falaz, huérfano de paisaje, que no puede convencer a la «grey» que aprendió después de tanto, después de todo; o, como decía Carlos Marx, en un monje medieval y cristiano que pretendiendo comprender a las religiones no cristianas parte de la premisa de la verdad indiscutible del cristianismo.

El trabajo de masas del partido apunta a que éstas adopten su programa, lo que denota toda una concepción del papel de las masas en los procesos históricos. El partido no propone jamás una construcción dialéctica del mismo (del partido y del programa). Esto conduce a posiciones que reivindican la centralidad del partido en la luchas. Por lo tanto todas las experiencias de lucha y organización que el partido no controla (que son muchas) son objeto de sospechas, críticas u olvido, cuando no se las considera directamente como campo de maniobra de la burguesía. El partido solo asume a los muertos y a los detenidos de las otras organizaciones, lo que expresa sincera solidaridad de clase pero sin dejar de exhibir un síntoma perturbador puesto que niega todo lo que estas experiencias tienen de vital. A la inversa, las luchas que el partido controla, o en las que tiene una activa participación, se magnifican y sus perspectivas tienen un plus. Por ejemplo hace algunos años el Partido Obrero consideró una «importante lucha con métodos piqueteros» a un conflicto de los investigadores del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y la equiparó a otras luchas totalmente diferentes, en cuanto a los actores, las perspectivas y las implicancias. El criterio para la equiparación no era, evidentemente, el carácter vanguardista y dinamizador del conjunto de las luchas de los oprimidos del gremio de los investigadores docentes sino la condición de afiliados al PO de algunos de ellos.

El FTC es uno de los movimientos piqueteros más recientes y el que con mayor insistencia ha planteado la bandera del «trabajo genuino» y la lucha por la unidad «de clase» entre los trabajadores ocupados y desocupados. En este movimiento podemos

encontrar algunos planteos de democracia obrera directa, de autodeterminación, etc., que por lo menos en apariencia marcan una ruptura tanto del primer como del segundo eje. De todos modos su vínculo con partidos y grupos de izquierda «ortodoxos» nos parece determinante, al igual que la centralidad que asume la pelea por la hegemonía y el control de ciertos espacios con otras organizaciones de izquierda y la incapacidad, compartida con el conjunto de la izquierda argentina, para concebir la política como una cuestión de «masas» y no de «espacios». Asimismo sus esfuerzos parecen orientados a la construcción de una vanguardia política o un estado mayor de la revolución más que a favorecer procesos de organización y autoconciencia de las bases. Los planteos del FTC son cerradamente estatistas, el poder estatal (resultado de una revolución política que sólo puede dirigir un partido) es concebido como la condición de los cambios en las relaciones sociales y no a la inversa, (no hay hegemonía, no sirven las luchas prefigurativas, etc., etc.). Sólo hay que tomar el poder e imponer un modelo de sociedad.

En general la principal limitación de estas fuerzas surge del papel que asumen como instituciones dentro de la sociedad capitalista. Esto es: suelen proponer acciones en un marco estatal aceptado. Directa o indirectamente reconocen al Estado existente como dato clave de la realidad, sin cuestionar a fondo las instituciones existentes. Henri Lefebvre, a comienzos de la década del '60, planteaba que la aceptación del Estado existente era una tradición que no se remontaba a Marx, sino a Lassalle. A muchos partidos de la izquierda argentina les cabe a la perfección la definición de lassalleanos de izquierda¹⁸.

Las concepciones derivadas del segundo eje: clase obrera - vanguardia - revolución - poder del Estado, en general parten de la premisa de la responsabilidad exclusiva de la vanguardia política en el desenlace de la pugna entre capitalismo y socialismo. Se

¹⁸ Lefebvre, Henri, *Los marxistas y la noción de Estado*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969.

pueden asociar a: la CCC (Corriente Clasista y Combativa, vinculada al PCR, Partido Comunista Revolucionario); a algunas organizaciones del Bloque Piquetero, como por ejemplo el CUBa (Coordinadora de Unidad Barrial) que responde al PRL (Partido Revolucionario de la Liberación); a la CTD (Coordinadora de Trabajadores Desocupados) Aníbal Verón, de Lanús, Quilmes y la Plata, vinculada a la organización política Quebracho.

Asimismo encontramos elementos de afinidad con las lógicas impuestas por este eje en el MTR (Movimiento Teresa Rodríguez, que formó parte del Bloque Piquetero Nacional para apartarse poco más tarde), pero vale aclarar que su práctica, como veremos, excede con creces las perspectivas de esta tradición y presenta importantes elementos de ruptura con la misma.

Con muchos reparos podríamos asociar con este eje a grupos como el Movimiento Barrios de Pie (que responde a la organización Patria Libre) y al MIJD (Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados) que suelen coordinar acciones con el Bloque Piquetero Nacional, y a otros más pequeños como el MTD Resistir y Vencer, el Frente Barrial 19 de diciembre, el Movimiento Sin Trabajo (La Matanza). Estos grupos son resultado de las iniciativas promovidas por organizaciones políticas que se definen como nacionalistas de izquierda (con la excepción del MIJD que se asume como «clasista, revolucionario, democrático y horizontal»), en las que predomina, junto a un fuerte folklore setentista, una notoria ambigüedad ideológica y política.

Más allá de la retórica, estas organizaciones no necesariamente se ajustan al trayecto que plantea el segundo eje. Su posiciones suelen ser contradictorias en torno a cuestiones tales como, el Estado y el gobierno, las elecciones, las alianzas, etc.. La CCC, por ejemplo, conjuga la adhesión a este eje con alianzas en apariencia contradictorias (por ejemplo con la FTV¹⁹) y con moda-

¹⁹ La CCC comparte con la FTV una experiencia de construcción territorial. No choca con la CTA porque la CCC no pretende

lidades de participación (cosa distinta a negociar o dialogar) en iniciativas estatales: en el Consejo Nacional de Ejecución, Administración y Control del Programa Social, junto a la FTV, pero también a la UIA (Unión Industrial Argentina), la SRA (Sociedad Rural Argentina), Caritas y algunos ministerios; en los Consejos Consultivos y las distintas «multisectoriales». Esta línea política le permitió manejar una gran cantidad de subsidios estatales. Es posible que esta política esté fundada en una rara interpretación de la sugerencia estratégica leninista del «frente único» (unificación de fuerzas políticas diversas tras un objetivo común) o en una concepción que considera que el afianzamiento y el crecimiento de la propia organización, aún recurriendo a compromisos con el orden establecido, es la condición de las transformaciones impulsadas y que todo lo que la fortalece, contribuye al proceso de emancipación del pueblo.

En el MIJD, el peso de una figura como Raúl Castells resulta determinante. Generalmente la política de este movimiento no es más que expresión del punto de vista, por cierto bastante heterodoxo, de su principal referente. La construcción del MIJD a nivel territorial tiene componentes muy cercanos a la lógica del clientelismo y el sistema de punteros. No en vano Castells ha sido acusado de «bolsonero» por otros sectores del movimiento piquetero, lo que no le impide asociarse al Polo Obrero y coincidir con el FTC en el reclamo por trabajo genuino. Además Castells puede acercarse a Adolfo Rodríguez Saa, a Aldo Rico, a sectores de la burocracia sindical o intervenir casi con fanatismo en contra de Néstor Kirchner. Puede acusar alternativamente a los distintos sectores del movimiento de moderados, de reformistas o de ultras.

En líneas generales los partidos de izquierda conciben a las organizaciones populares (un movimiento de trabajadores des-

convertirse en un central obrera. Por otro lado, tanto una como otra, tienen el «rango» de referentes institucionales de la protesta y constituyen las organizaciones más numerosas.

ocupados, un movimiento campesino, una organización obrera, barrial o estudiantil, etc...) como estación de transferencia de los objetivos políticos elaborados por los «estados mayores», objetivos en cuya elaboración no intervinieron activamente las masas puesto que el partido «interpretó» sus profundos anhelos. No sirve de nada que el partido conciba consignas universalizables y objetivos comunes para el conjunto de las organizaciones populares si esas organizaciones no visualizan esos objetivos como comunes y se ven condenadas a aprobar resoluciones prefabricadas. Y para que esto suceda las preocupaciones estratégicas deben abandonar el partido e instalarse al interior de las organizaciones populares que son los auténticos centros de contrapoder social, deben arraigar en el corazón mismo de las prácticas que critican en forma radical y concreta a la vieja sociedad y anticipan a la nueva. Al pretender asumir la gestión del conjunto de las luchas populares, los partidos atentan contra su unidad.

El partido, que no es precisamente la figura más adecuada para construir la unidad de la clase, rechaza o intenta subordinar a todas aquellas configuraciones que intrínsecamente contribuyen a fundar esa unidad sobre bases sólidas. En este marco, el «déficit de partido» (por lo menos en su formato más tradicional), expresa el reconocimiento de sus limitaciones históricas como herramienta por parte de una nueva camada de activistas y militantes de base, pone de manifiesto, contrariamente a lo que piensan los que han hecho vida en el microclima de algún aparato, un elevado nivel de politización.

Finalmente creemos que toda organización de izquierda (partidaria o no) debe asumir que una estrategia, un proyecto, una concepción del mundo, debe confrontarse constantemente con los que presupone son sus beneficiarios.

Por último tenemos a las concepciones que parten precisamente de la crítica a los ejes mencionados y asumen el carácter prefigurativo de sus construcciones y sus luchas, buscando ge-

nerar el «caldo de cultivo» de una sociedad mejor. Entienden que las luchas por la emancipación deben tener como un objetivo importante la transformación de la cotidianeidad de los sujetos oprimidos, que el objetivo de la transformación social no puede colocarse a futuro, sino que comienza ya mismo. Cuestionan a los métodos integracionistas y plantean la necesidad de elaborar una estrategia autónoma partiendo de opciones realizadas en el terreno de la experiencia concreta (la organización como fin y no como plataforma de lanzamiento). Consideran que sólo la participación consciente y democrática podrá garantizar que las fuerzas populares que asuman el proyecto de transformación social, tengan en algún momento chances de vencer. La validación, más que en terreno ideológico - político, descansa en la construcción de lazo social en marcos notoriamente degradados, de sociabilidad alternativa y de vida colectiva permanente.

En general estas concepciones son asociadas a las organizaciones que integran el Movimiento de Trabajadores Desocupados -MTD- Aníbal Verón: MTD de Lanús, «Darío Santillán» de Alte. Brown, Claypole, Berazategui, La Plata, Berisso, «Darío Santillán» de Cipolletti (Río Negro), «La Florida» de San Francisco Solano, Lomas de Zamora, «Javier Barrionuevo» de Ezeiza, «Oscar Barrios» de José C. Paz, San Telmo - Constitución, Lugano y «La Cañada». También debemos incluir a los movimientos que en el transcurso del año 2003 abandonaron la coordinación, algunos de ellos precursoras del MTD Aníbal Verón: en primera instancia el MTD de San Francisco Solano, MTD de Allen (Río Negro), MTD Maximiliano Kosteki de Guernica y Movimiento de Trabajadores por la Dignidad de Cipolletti (Río Negro) y más tarde el MTD de Florencio Varela, el MTD de Esteban Echeverría y el MTD 1º de Mayo de Parque Patricios, Floresta y Mataderos.

Asimismo podríamos incluir al MTD de Moreno; al MTD «La Juanita» de La Matanza; al MTD 26 de Junio, al MTD 17 de Julio (Chaco) y al MUP (Movimiento de Unidad Popular) y

fundamentalmente a la UTD (Unión de Trabajadores Desocupados) de General Mosconi de la provincia de Salta.

La experiencia de la UTD, ha sido esencial para todo este sector del movimiento. En primer término porque ha sabido combinar la lucha por los subsidios, con la organización colectiva de la producción aplicada a los mismos, sin dejar de reclamar puestos de «trabajo genuino» a las empresas petroleras. En segundo término porque ha concebido a los proyectos productivos como *medio* para forjar la conciencia social y el poder popular.

La edificación de viviendas, comedores comunitarios y salas de primeros auxilios, la reforestación, el reciclaje, las refacciones en las escuelas públicas, la erradicación de ranchos, las huertas y los ámbitos recreativos, la exigencia a las compañías petroleras multinacionales del pago de regalías y el apoyo —determinante— a las luchas de los obreros de la construcción, de los maestros, de los trabajadores de la salud²⁰, en fin, la institución de un poder «paralelo» (una «municipalidad» paralela dicen los mosconenses), son un ejemplo claro de cómo se van delineando las vanguardias verdaderas (sociales) y de como se construye la unidad de clase (en los hechos y no en los discursos), la legitimidad social, un campo cultural propio y el poder popular. La UTD muestra que la reconstrucción de relaciones solidarias, de imaginarios alternativos y de economías paralelas, resultan estratégicos, puesto que permiten la lenta pero sólida

²⁰ En el mes de octubre del año 2000, “*en la provincia de Salta, los integrantes de la Unión de Trabajadores Desocupados - UTD- de General Mosconi, realizaron una acción conjunta con los médicos del hospital de aquel poblado, desplazando a su director (un verdadero gorila) y consiguiendo reivindicaciones para aquel sector de trabajadores. Esto marcó con fuerza a los grupos autónomos de la provincia de Buenos Aires, despertando una profunda simpatía hacia aquellos ‘pares del norte’...*” (itálicas nuestras) En: Pacheco, Mariano (MTD de Alte. Brown), *Del piquete al movimiento. Parte 1: de los orígenes al 20 de diciembre de 2001*, Buenos Aires, mimeo, 2004, p. 34.

construcción de la fuerza social y política, masiva y consciente, necesaria para disputarle las fuerzas productivas al capital. Hay que ser realmente un «aparato» para ver en experiencias como la de la UTD, «populismo» o «demagogia antipartido».

Finalmente, y como señalábamos, encontramos concepciones similares en otras organizaciones, como por ejemplo en el MTR que sostiene que el cambio social *«no es sólo un momento o un lugar al cual llegar, es también y sobre todo un momento y un lugar del cual partir y un camino por recorrer. Es la meta, el punto de partida y el camino mismo»* y agrega que, *«a través de nuestras unidades productivas, nuestras obras comunitarias e incluso a través de nuestro accionar individual, el pueblo ha de ver nuevas y superiores relaciones entre los hombres. Debe ver sobre todo que esas nuevas relaciones son mejores que las actuales y que gracias a ellas se hará realidad un presente de dignidad. Lograr esa fuerza será la base de apoyo para cambiar la sociedad»*²¹ (itálicas nuestras). De esta afirmación podemos inferir una concepción del poder alejada de la idea de la «toma» o el «asalto» y cercana a representaciones mas constructivas del mismo, concretamente al arquetipo de poder popular. Igualmente podemos apreciar una noción de lucha prefigurativa, que también se expresa en forma sintética cuando se concibe al movimiento como expresión misma de la nueva sociedad por la que se lucha.

El MTR cuestiona al verticalismo de la izquierda tradicional y descrece de la aptitud de las definiciones ideológicas a la hora de la acumulación. El MTR rechaza la delegación. Los cabildos (asambleas) son las instancias en las que se toman las decisiones, además, son concebidos como los pilares del orden nuevo que se pretende edificar, es decir: importan como instituciones prefigurativas. Cabe destacar que estos planteos y estas prácti-

²¹ Movimiento Teresa Rodríguez: «El cambio social» y «Nuestra Estrategia», en: *Qué somos. Qué queremos. Como pensamos lograrlo (Libro Celeste)*, Buenos Aires, s/f.

cas conviven en el seno del MTR con formas y organismos de centralización que revisten un carácter tradicional, por ejemplo, una Mesa Directiva Nacional, Mesas Directivas Regionales, etc.. Además una de sus formulaciones recupera, con otro nombre, los principios de la dictadura del proletariado.

Ahora bien, el cuestionamiento a los ejes señalados es uno de los escasos puntos comunes que nos permiten unificar el campo de las organizaciones autónomas e independientes, puesto que las alternativas propuestas difieren sustancialmente según la organización que tomemos como referencia.

- 3 -

Estas tres concepciones generales, ideológicamente hablando, van desde el social - cristianismo, al marxismo - leninismo ortodoxo, pasando por el anarquismo organizado y el nacionalismo revolucionario y por expresiones que no se pueden encajar en los escaques de las viejas cuadrículas clasificatorias, por ejemplo: situacionistas, organizacionistas, etc.. que más allá de las similitudes con experiencias del pasado no dejan de ser expresión de nuevas realidades. Algunas, evidentemente, son de una profunda radicalidad y resignifican lo mejor de la tradición de las luchas populares en nuestro país. Otras, presentan elementos ambiguos, niveles de indefinición. En general, muchas experiencias están sujetas a un proceso de reformulación constante, lo que torna difícil -y efímero- cualquier intento de encasillarlas. El panorama es mucho más complejo de lo que nos sugiere la simple contraposición entre una izquierda partidista, clasista y centralista y otra movimientista, romántica y autónoma, entre una izquierda soviética y revolucionaria y otra horizontalista y rebelde. Esta situación justifica parcialmente nuestra certeza sobre las limitaciones e insuficiencias de los tradicionales criterios clasificatorios.

A su vez una importante porción del movimiento se caracteriza por una marcada escisión entre dirigentes y dirigidos, lo que

mantiene las relaciones de dominación y subordinación, y presentan liderazgos rotundos en sus formatos duros y tradicionales. Por otra parte la adhesión popular no responde siempre a elevados niveles de conciencia, es más, la propia práctica vertical y dirigista atenta contra el desarrollo de la conciencia en las bases. A veces la acción se sostiene en una unidad subjetiva que no llega a ser conciencia. No es nuestra intención debatir en este trabajo si la conciencia necesariamente genera acción, pero estamos convencidos que la acción -colectiva- generada por la conciencia es cualitativamente diferente y ofrece posibilidades y perspectivas singulares ya que es el tipo de acción que puede inscribirse en el marco de las luchas contrahegemónicas. Entre otras cosas la conciencia de masas es la garantía para romper con la escisión entre dirigentes y dirigidos, para romper con las lógicas burocráticas y también con los procesos de automarginación. Entendemos la conciencia en el marco de un proceso dialéctico: lucha - conciencia, democracia - conciencia, participación - conciencia, responsabilidad - conciencia.

También creemos que la conciencia es mucho más «que la conciencia de las condiciones objetivas» o la «conciencia crítica de lo real». Es autoconciencia, es conciencia del ser en relación a los demás, es conocimiento de las cosas como momento insoslayable para comenzar a modificarlas. Es el trabajo de edificarse una imagen propia, de adueñarse de la experiencia individual - colectiva, porque la conciencia no viene dada automáticamente por la condición de clase. En contra de lo que pensaba Marcel Proust, la conciencia no nos parece una cosa librada al azar.

Con esto no pretendemos descalificar a experiencias que, a pesar de sus límites y sus profundas vinculaciones con la cultura política tradicional (de izquierda o «populista»), son por demás positivas. Mucho menos desacreditar a hombres y mujeres con funciones de dirección que son luchadores excepcionales (Carlos «Perro» Santillán, de la CCC - PCR y del Sindicato de Empleados y Obrero Municipales - SEOM- de la provincia de Jujuy o el mismo Raúl Castells del MIJD, entre muchos otros más). A

todos los trabajadores desocupados organizados, sin distinciones, les cabe la responsabilidad de haber puesto en movimiento las contradicciones sociales en la Argentina desde las postrimerías del siglo XX. Cada organización expresa a un sector que ha roto con la inercia y ha cuestionado el lugar que se le había asignado en la estructura social y política. Todos contribuyeron a fundar este movimiento social.

No se puede dejar de reconocer en estas experiencias una expresión de la recomposición del campo popular, más allá del costo que —parcialmente— se paga: la reedición de prácticas verticales, dirigistas y vanguardistas y sus correspondientes formas de mediación; amén de otros viejos y persistentes vicios como el sectarismo, el personalismo, tanto en su formato tradicional como en su peor formato, el personalismo encubierto en la horizontalidad; o la autoreferencialidad, para mencionar algunos de los más contraproducentes.

La autoreferencialidad plantea para algunos movimientos una situación paradójica: puede servir para consolidar la autonomía pero a la vez constituye una severa limitación. Hay momentos en que para preservar la autonomía puede ser necesario conciliar la autoreferencialidad con las referencias externas. No siempre la referencia externa implica subordinación. Consideramos que la autoreferencialidad puede verse como un signo de la debilidad de los movimientos y como resultado de la presión ejercida por el sistema que intenta «corporativizarlos» y encerrarlos en una superficie política y socialmente delimitada.

Vale aclarar que el carácter cuestionable de estas prácticas no debe utilizarse para negar un dato fundamental: las conquistas de los movimientos se presentan (y son) resultado de la acción colectiva, de la lucha y la movilización, más allá de sus mediaciones.

Consideramos además que estas experiencias aún no han llegado a su «techo» y que están sujetas a tensiones y alteraciones

que pueden llegar a redefinir su orientación. El tiempo, los procesos históricos, las luchas, tendrán sin duda la última palabra. Las creencias y las prácticas suelen cambiar –juntas– bajo la presión de la experiencia colectiva. Mientras tanto la crítica resulta indispensable en el marco de campo popular. Sólo la burguesía y la mayoría de los partidos de izquierda son auto-laudatorios.

- 4 -

A pesar de sus contornos imprecisos, podemos identificar una «corriente autónoma» en el marco del movimiento de trabajadores desocupados. Las organizaciones autónomas en nuestro país se han constituido en un marco de orfandad. Han carecido del amparo de organizaciones o instituciones que, como en el caso del Movimiento Sin Tierra del Brasil o del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de Chiapas, apuntalaran su desarrollo sin interferir en su autonomía. Además la coyuntura histórica les impuso desde su nacimiento un alto grado de confrontación para permanecer y desarrollarse. Esta realidad influyó en algunos aspectos positivamente puesto que permitió la superación de las ideas y las lógicas anquilosadas de partidos y sindicatos (que en un comienzo no captaron la potencialidad del fenómeno piquetero, llegando incluso a subestimar al propio sujeto), y obligó a crear. Con el tiempo, estos partidos y sindicatos, siguiendo el camino abierto por las organizaciones autónomas, se volcaron a las construcciones territoriales pero contando con estructuras y aparatos preexistentes lo que les permitió crecer, incluso mucho más que la corriente autónoma. Aquí, la orfandad jugó en contra para las organizaciones autónomas. De todos modos, hoy podemos apreciar los límites políticos de las organizaciones de desocupados impulsadas y sostenidas desde las estructuras partidarias o sindicales, su incapacidad congénita para romper con las lógicas tradicionales, el electoralismo, la centralidad de la construcción partidaria. Todo indica que la corriente autónoma, por lo menos por un tiempo, seguirá como una pocas vertientes creativas y originales de la política en la Argentina.

La corriente autónoma está integrada por aquellas organizaciones que, en primer lugar, no dependen de ninguna superestructura sindical o partidaria y que en mayor o en menor medida desarrollan proyectos «integrales» y prácticas horizontales y democráticas cercanas al tercer eje propuesto. Esta corriente prescinde de la pelea contra el capitalismo en el terreno del productivismo, se ubica en la antípoda de las relaciones mercantiles y competitivas y construye imaginarios económicos alternativos. Cuestiona la división social jerárquica del trabajo y en consecuencia a las estructuras políticas igualmente jerárquicas. Lucha contra la dominación fetichista del valor cambio. No imita al enemigo y representa nuevos valores unidos a acciones²². Pretende fundar una sociedad basada en la autoactividad de los hombres y las mujeres, en el trabajo concreto orientado a la producción de los bienes socialmente necesarios, en fin: en el trabajo social emancipado. Su práctica une racionalidad del postdesarrollo y alternativa ecológica, a las que algunas organizaciones suman (o pretenden sumar) una estrategia política. En términos de Arturo Escobar: «la construcción de paradigmas alternativos de producción, órdenes políticos, y sustentabilidad son aspectos de un mismo proceso, y este proceso es impulsado en parte por la política cultural de los movi-

²² En un documento elaborado por distintas organizaciones del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, se afirma: «*Buscamos que nuestras mujeres y nuestros hombres sean cada día más libres, dignos y generosos. Esta es una pelea difícil y a contramano de los valores dominantes*» (itálicas nuestras), y a continuación se rescatan los siguientes valores: solidaridad, compromiso, honestidad, alegría, libertad, respeto a las diferencias y la defensa de los recursos naturales y el medio ambiente. En: *Nuestra política para construir un presente y un futuro con Trabajo, Dignidad y Cambio Social*, Documento elaborado por los Movimientos de Trabajadores Desocupados de Lanús, «Darío Santillán» de Alte Brown, San Telmo y Lugano de Capital Federal, Berisso y «Oscar Barrios» de José C. Paz, integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados «Aníbal Verón», Buenos Aires, 2003, p. 5.

mientos sociales y de las comunidades en la defensa de sus modos de naturaleza/cultura...»²³.

Esta corriente cuestiona además las formas tradicionales de la militancia de izquierda y, fiel a los piquetes fundacionales de Neuquén y Salta (que tuvieron una influencia directa en la organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y en algunos grupos de militantes populares), impugna las instancias de representación y mediación, en algunos casos desde posturas principistas, en otros el cuestionamiento se limita exclusivamente a las formas clásicas, sin abjurar de la posibilidad de fundar nuevas formas.

En estrecha vinculación con estos rasgos y gestos cabe mencionar la identificación del caudillismo como un déficit de la cultura política argentina, déficit reforzado por la práctica de la propia izquierda que reivindicó esa figura. La responsabilidad de los referentes del movimiento es enorme en función de la erradicación del *ethos* del caudillo, de la admiración al hombre fuerte y al justiciero, concepciones que siguen arraigadas en los sectores populares y que retroalimentan las prácticas clientelares.

Sin erigirse en sistemas orgánicos autosuficientes, y aún considerando el riesgo de confundir los intereses inmediatos o la simples prácticas de subsistencia con un «sistema social», algunas de las organizaciones que integran esta corriente exhiben embriones, nada más que embriones, (aunque portadores de una verdad fulgurante) de una sustitución orgánica del sistema de capital a través de originales formas de autoemancipación del trabajo y formas de existencia social - comunal (anclajes materiales concretos). Estas formas cuestionan objetivamente el fin irracional del trabajo: no transforman la energía en dine-

²³ Escobar, Arturo: «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo», en: Langer, Edgardo (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectiva latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO - UNESCO, 2000, p. 133.

ro, sino en bienes para satisfacer algunas necesidades colectivas. Estas organizaciones impulsan la solidaridad, no sólo como valor, sino como dispositivo organizacional y discursivo, con el objetivo de eliminar la competencia intra clase trabajadora. Los dispositivos de la solidaridad poseen un potencial disruptivo considerable, porque, a diferencia de los dispositivos de la competencia, no pueden ser aprovechados por el capital. Además impulsan modos alternativos de producir decisiones.

Estos elementos a los que debemos agregar la tendencia a impulsar (o tolerar) el desarrollo de nuevas subjetividades, la apuesta a la organización de fuerzas autónomas (que parte de la creencia en que el pueblo no se libera a través del Estado y que este no emancipa²⁴), y una clara vocación anticapitalista²⁵, nos parecen fundamentales a la hora de analizar las diferencias al interior del movimiento. Algunas categorías políticas, ideológicas y el tipo de alineamiento (sindical, político partidario o territorial) no resultan del todo adecuados para una caracterización del movimiento piquetero. Es más, creemos que algunas de estas categorías resultan anacrónicas cuando se analiza un fenómeno radicalmente nuevo. Un ejemplo precursor de esta tendencia a mirar la realidad con prismas obsoletos se puede encontrar en un trabajo sobre los Movimientos de Trabajadores Desocupados publi-

²⁴ Refuerza la creencia contraria la misma subordinación de los partidos (el PJ, sobre todo) al Estado. Por eso el movimiento reivindica la autonomía respecto del Estado, los partidos y los sindicatos.

²⁵ Los compañeros de la Verón, al explicar los alcances de la consiga «cambio social», afirman que esta remite a «la transformación desde la raíz de un sistema capitalista basado en el individualismo y la ganancia, para construir una sociedad basada en la solidaridad y la realización de las personas; una apuesta a la vida frente a la barbarie que nos somete al hambre, la indignidad y la opresión cotidiana, y conduce a la humanidad hacia su propia destrucción. Queremos que *toda* (itálicas del original) la sociedad cambie...». En: *Nuestra política para construir un presente y un futuro con Trabajo, Dignidad y Cambio Social*, documento citado, p. 2.

cado en el diario *Clarín* en septiembre de 2002. Este trabajo encuentra «deformaciones» donde un observador «neutral» vería simples estrategias de supervivencia, y, burdamente, sostiene que los piqueteros son el resultado de una izquierdización de peronistas y de una peronización de izquierdistas.

Las nuevas experiencias sociales suelen permanecer cautivas de un lenguaje viejo y notoriamente debilitado. Algunas categorías y teorías generales podrán ser muy confortables pero no alcanzan para pensar los cambios cualitativos en el mundo de los oprimidos. Los resabios discursivos de algunos militantes, el recurso a la retórica populista o marxista ortodoxa, pueden confundir ya que no siempre reflejan los perfiles más auténticos de los movimientos e incluso entran en abierta contradicción con las prácticas reales. Por ejemplo, en movimientos con alineamientos partidarios o sindicales y con líneas políticas bien definidas impuestas desde la dirección, las definiciones ideológicas como, populista, cristiano, marxista - leninista, nacionalista revolucionario, guevarista, o la que fuere, nos dicen mucho sobre las cúpulas y poco sobre las bases. Lo mismo cabe decir de los planteos, institucionales o insurreccionales, estalistas o antiestatalistas.

Se podrá argumentar que en estos casos la práctica de las bases expresan la ideología de la dirección y que por lo tanto la definición ideológica se puede hacer extensiva al conjunto de los dirigentes y los dirigidos. Pero el problema es que la radicalidad de la definición se ve atemperada o directamente tergiversada por:

- 1) La escisión, la brecha entre dirigentes y masas y por un tipo de relación basada en un intercambio (explícito o implícito según los casos) que exige fuerza militante a cambio de un subsidio y que hace que la militancia se convierta en mercancía. Esta escisión, esta forma de intercambio, no siempre es resultado de las perversas intervenciones de partidos políticos osificados, a veces es una tendencia que imponen gradualmente las propias condiciones y características del

sujeto oprimido y socialmente desarraigado, que afectan incluso a las organizaciones de la corriente autónoma.

- 2) La ausencia de la preocupación por generar instancias prácticas que «liguen» a las masas de manera permanente.
- 3) La combinación de estas definiciones ultra radicales con prácticas lisa y llanamente reformistas.
- 4) La imposición unilateral que no favorece la autoconciencia y reproduce la cultura política dominante, puesto que descrece de la iniciativa popular. Más adelante veremos como un sector del movimiento piquetero reproduce elementos axiales del clientelismo.

Las relaciones sociales que cada sector del movimiento favorece con sus prácticas nos parecen determinantes y creemos que sólo en algunos casos apuntan a la sustitución orgánica del sistema del capital y de la sociedad industrial tradicional como modelo. La orientación del trabajo político resulta igualmente determinante, y también creemos que sólo en algunos casos se dirige a favorecer la organización autónoma de los trabajadores. En fin, en pos de una tipificación, nos parece indispensable determinar si la organización de base o «autónoma» funciona como espacio de maniobra, como el «agua» para que el pez - vanguardia realice sus destrezas natatorias o como razón y soporte de un nuevo proyecto histórico. También es importante para nuestra tipificación detectar si existen o no en cada una de las experiencias lo que, en la línea del peruano José Carlos Mariátegui, podríamos denominar «elementos de socialismo práctico».

- 5 -

Algunas de las organizaciones que participan de la corriente autónoma desarrollan prácticas tendientes a crear un sistema orgánico nuevo y a superar por lo menos algunas de las presuposiciones del sistema del capital (por supuesto también pueden de-

tearse prácticas en el mismo sentido por fuera la corriente autónoma). Y lo hacen conscientemente. Asumen el cambio social a partir de las relaciones concretas. Este nos parece uno de los rasgos más distintivos. Pero a partir de allí se acaban las coincidencias. Esta corriente dista de ser homogénea, más allá de algunas coincidencias de fondo existen diferencias políticas que llevaron a algunas rupturas dentro del MTD Aníbal Verón: «algunos MTD se definen autónomos, *'como una apuesta de construcción de un pensamiento y una práctica en función de la horizontalidad'*. Otros entienden la autonomía como inseparable de la *'necesidad de construir un poder popular sustentado en la democracia de base'*. También hay quienes prefieren hablar de *'independencia de clase'* y no autonomía, y se asumen *'clasistas y antiimperialistas, en camino de ir creando la herramienta política propia de la clase trabajadora para enfrentar y derrotar definitivamente a la clase capitalista y construir un gobierno de los trabajadores'* (itálicas del original)...»²⁶.

Queda claro que la corriente autónoma sólo comparte una idea muy general sobre la autonomía (autonomía de las clases subalternas respecto de las clases dominantes, autonomía frente al capital y al Estado y frente a los partidos, sindicatos e Iglesias existentes) a la hora de las precisiones, las diferencias son notorias. Para la corriente autónoma la autonomía significa cosas muy distintas. Tomando la cita anterior como referencia vemos que en el primer caso la autonomía se concibe en términos absolutos, en relación a las instancias de organización que representen intereses amplios, existentes o futuras. Negadora de cualquier organismo de delegación o representación, esta concepción tiende a esencializar «las formas», por ejemplo la horizontalidad. La autonomía se confunde aquí con aislamiento y con la seguridad que ofrece una micro comunidad socialmente

²⁶ Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, *Dario y Maxi dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*, Buenos Aires, Ediciones 26 de Junio, 2003, p. 151.

cálida; con la ilusión de que se está concretando la idea de una sociedad perfecta en pequeña escala, de una «sociedad en sí», sin ataduras; con la fantasía de que se está construyendo un colectivo exento de las contradicciones del conjunto de la sociedad y —claro— libre de todo riesgo que no sea la autoextinción; con la idea insular del «socialismo en un solo barrio» sostenido en una producción de subsistencia. Subyace además en esta concepción la ilusión del retorno a una supuesta esencia primigénea de los hombres y mujeres y una idea de la acción como expresión de la subjetividad inmediata. En este marco, la noción de dignidad también cae víctima de la operación que esencializa y aparece como dato de la naturaleza humana, más que resultado de un conjunto de relaciones sociales y políticas (al igual que la indignidad).

En el segundo caso la autonomía de las organizaciones de base (concebidas como órganos de poder popular e hijas de la autogestión y la creatividad de las clases subalternas) aparece como la precondition para pensar en un poder político y en una herramienta política nueva, articuladora de las distintas experiencias que haga posible el cambio social, pero aquí se rescata el valor estratégico de las formas sociales prefigurativas. Por eso se concibe a la herramienta política como instancia subordinada a las organizaciones de base (que mantienen su autonomía) y no a la inversa, tal como sugieren las concepciones leninistas más ortodoxas que consideran un anatema el sometimiento del partido a los elementos apartidistas. El poder político se piensa, de este modo, como instancia que abre el camino de las fuerzas sociales y culturales que pugnan por afirmarse. El poder estatal importa desde el momento en que sirve para modificar la situación de las organizaciones sociales, para convertir la cantidad en calidad, como decía, precisamente, Lenin.

Esta concepción presenta algunos matices. Algunos compañeros no conciben la herramienta política como realidad extrínseca y subordinada y plantean que los movimientos deben asumir responsabilidades integrales que incluyen un proyecto político

(que excede a los movimientos), pero prefieren hacerse cargo de esa responsabilidad, sin delegarla, sin plantear la necesidad de superestructuras que cubran ese vacío. El trayecto que proponen consiste en favorecer un desarrollo de los movimientos que los convierta en condensadores de todo el contenido político que sea necesario.

En el tercer caso la «independencia de clase» es básicamente política. Es la independencia de *la dirección* del movimiento de masas respecto de las instituciones y la ideología de la clase dominante, pero también de cualquier superestructura partidaria o sindical de izquierda existente. Aunque aquí lo social no aparece directamente subordinado a los objetivos del partido, como ocurre en las organizaciones piqueteras que responden a los partidos de izquierda, entre otras cosas porque la organización partidaria no existe aunque subyace como proyecto.

Estas diferencias también se ponen de manifiesto en relación a la cuestión del Estado. Por ejemplo: unos asumen posiciones cerradamente antiestatalistas. Conciben al Estado en términos puramente negativos, como opresión y límite «exterior» (no como un producto de la sociedad) a la acción individual. Parten del reconocimiento de la «caída» de los Estados Nacionales y entienden que cualquier agente externo (el Estado entre otros) es un enemigo de la autonomía. Consideran que Estado y sociedad civil son entidades escindidas y que los movimientos sociales, que encuentran su hábitat natural en la segunda, pueden mantenerse al margen del primero. Reivindican un actitud de «indiferencia» frente al Estado que, como sabemos, es imposible de sostener. Por lo tanto se oponen a la disputa por el poder y conciben —ingenuamente— que el poder es algo que está por fuera de la sociedad. No tienen en cuenta una vieja verdad: el problema del poder, cuando no es resuelto por los trabajadores y el campo popular, tiene indefectiblemente una resolución burguesa. Tampoco tienen en cuenta que la experiencia de las organizaciones de base se desarrolla en el marco de un «ecosistema» hostil, en una sociedad que posee un complejo y

eficaz sistema de superestructuras, lo que los lleva a no tomar conciencia de los fines del adversario. Finalmente no tienen en cuenta que para las organizaciones populares de base la disposición de una cuota de poder no puede ser otra cosa que la consecuencia de un hecho creativo (lo que algunos, desde John Holloway a esta parte, llaman anti-poder). La horizontalidad y la autonomía se pueden concebir como experiencia de una micro comunidad que genera una relación igualitaria en un espacio de libertad reducido, pero si se trata de aportar a la construcción de un orden social fundado en ellas hay que crear sus condiciones de posibilidad, es decir: una sociedad igualitaria con un espacio de libertad ampliado y el poder en manos del pueblo. Paradójicamente, su antipartidismo, se expresa en la conformación de lo que Gramsci denominaba «partidos tradicionales indirectos», de carácter pedagógico y testimonial.

Mabel Twaites Rey, en un artículo prácticamente devenido en documento político, se refiere a esta posición cuando, al detenerse en los distintos planos teóricos vinculados al tema de la autonomía, identifica un punto de vista que parte de la «escisión completa (...) de las formas de organización de la producción social y de la sociedad misma respecto de las formas capitalistas, sean de producción o de organización política —propiedad privada y democracia burguesa—. Es decir, se descarta completamente la conquista del Estado, por considerarlo irreductible y por entenderse que la lucha por el poder del Estado, en sí misma, es una forma de reproducir el poder»²⁷. Muchas veces, el afán por evitar reproducir las lógicas del sistema y por la preservación de una autonomía mal entendida, precipita en la funcionalidad con el sistema y con los procesos de reproducción de las condiciones de dominación.

Otros, aun considerando a la organización de base como centro de todos los esfuerzos, no visualizan al Estado como una ins-

²⁷ Thwaites Rey, Mabel, «La autonomía como mito y posibilidad», mimeo, Buenos Aires, 2003, p. 2.

tancia separada de la sociedad y de sus conflictos. Ven al Estado como compendio de las necesidades, de las luchas y las verdades pasadas y presentes. Plantean que el poder estatal remite a una cuestión táctica, no estratégica (el objetivo es crear un sistema orgánico nuevo, no tomar el poder, pero la construcción de poder —no su «toma»— aparece como movimiento necesario de cara al primer objetivo). Desde esta concepción las organizaciones del pueblo devienen estratégicas puesto que en el marco de una «sociedad regulada», serían las encargadas de desempeñar las funciones del Estado, preparando su extinción. En este sentido recuperan una de las principales ideas - fuerza del marxismo leninismo: los trabajadores necesitan del Estado (los trabajadores organizados como clase dominante), pero el Estado que necesitan es uno en vías de desaparición. Asimismo conciben a la relación con el Estado como un «campo de exigencia» que se articula con la construcción propia. Se trata del sector de los autónomos que se preocupa por «el poder político autónomo o independiente» y convoca a un debate con otras organizaciones del campo popular en pos de la conformación de un movimiento político - social y que reconoce que el «cambio social» exige tareas que exceden a cualquier organización de base. Percibe con claridad que las posibilidades de autoafirmación de las clases subalternas están estrechamente vinculadas a la destrucción de los dispositivos que la niegan y que la lucha contra todo lo que no nos deja hacer y ser exige organización, permanencia, poder popular, etc.. No concibe procesos de autoafirmación independientes de las condiciones que esos dispositivos imponen. Este sector tiene en claro que «la diferencia entre una agrupación política autónoma y una agrupación política sujeta al carro de otro partido no reside en su voluntad de establecer coaliciones, sino en el tipo de coaliciones de las que están dispuestas a formar parte»²⁸.

²⁸ Breitman, George: «En defensa del poder negro», en: *International Socialist Review*, Chicago, enero - febrero de 1967, volumen 28, p. 41.

Es este sector el que plantea la necesidad de centralizar acciones dispersas y de dar la pelea por la hegemonía. El que concibe al poder como *consecuencia* de la «potencia» social y moral de los espacios relacionales alternativos a los del capital y de la formación de una voluntad nacional y popular, acercándose a la noción gramsciana de «guerra de posición». Al interior de la corriente autónoma estos trazos fueron tildados, desde nuestro punto de vista a la ligera, de «nacionalistas» y de «populistas».

Coincidimos con Thwaites Rey en que este sector se acerca a la línea «gramsciana», a partir de la «recuperación de las experiencias de auto-organización obrera y popular» y de la creencia en que «La ampliación de formas autonómicas como anticipatorias del socialismo, como formas de construcción 'ya desde ahora' de relaciones anticapitalistas en el seno mismo del capitalismo, (...) sólo podrán florecer plenamente cuando se de un paso político decisivo al socialismo a partir de la conquista o la asunción del poder del Estado....»²⁹.

En un documento reciente, uno de los grupos que integra el MTD «Aníbal Verón» plantea: *«Cuando decimos poder popular, nos referimos a la capacidad que tiene el pueblo para organizarse y luchar por sus derechos. Tener poder es ser capaces de decidir qué necesitamos y cómo lo podemos conseguir (...) Por ejemplo, cuando en una asamblea discutimos entre todos, tomamos una decisión y la llevamos adelante todos juntos, te-*

²⁹ Thwaites Rey, Mabel, *op. cit.*, pp. 1 y 2. En relación a este tema, agrega la autora más adelante: «Es indudable que las formas autogestivas y autoorganizativas ensayadas al interior de las sociedades capitalistas 'realmente existentes', pueden servir para anticipar la experiencia de relaciones alternativas a las dominantes, para construir opciones materialmente distintas a las capitalistas, basadas en el intercambio entre iguales. Pero debemos recordar con Gramsci que estas formas no capitalistas nunca podrán ser completas ni suficientes hasta que no se alcance un horizonte general de superación del capitalismo como sistema económico y social global», p. 5.

nemos la fuerza para exigir que nuestros derechos se cumplan. Porque cuando más poder tiene el pueblo, menos poder tienen los pocos que se benefician con este sistema social. Por eso es importante que cada vez seamos más y estemos mejor organizados, para poder luchar mejor. Cuando cortamos una ruta y conseguimos planes de empleo, estamos ejerciendo ese poder. Cuando conseguimos alimentos a través de nuestra lucha estamos construyendo poder. En cambio, cuando la delegación o los punteros políticos nos dicen lo que tenemos que hacer (por ejemplo barrer la vereda), o cuando tenemos que esperar meses para que nos den un bolsón de mercadería lo que se está imponiendo es el poder de los que nos dominan. Por eso decimos que el poder es una relación social: cuando mayor es la fuerza del pueblo, menor es la fuerza de los que benefician de este sistema capitalista»³⁰ (itálicas nuestras).

Por último están también los que plantean la toma del poder estatal como cuestión estratégica. No necesariamente en los términos de la izquierda tradicional argentina³¹, puesto que las variables de objetivación y localización del poder, conviven con las constructivistas. Y aunque no abjuren de la necesidad de una vanguardia, una línea correcta, y del centralismo democrático desprovisto de cualquier manifestación «morbosa», plantean formas de construcción menos rígidas, y por consiguiente mucho más creativas, que las de la izquierda tradicional. De todos modos habría que discutir largamente hasta qué punto al centralismo democrático no le son inherentes las manifestaciones morbosas. ¿Acaso el centralismo democrático no ha condenado a muchas de las organizaciones que lo pusieron en práctica a su no adaptación con el movimiento real? ¿No ha puesto piedras en el trayecto que lleva a ser «orgánico»?

³⁰ *Nuestro Objetivo, el cambio social*, material para la Cartilla Cambio Social y Poder Popular, elaborado por el MTD de Berisso, La Plata, 29 de septiembre de 2003.

³¹ De todos modos puede resultar excesivo afirmar que la izquierda tradicional argentina se planteó alguna vez, seriamente, el problema del poder.

Es una verdad de Perogrullo que la cuestión del Estado se vincula estrechamente con la cuestión política. Evidentemente una de las principales diferencias de la corriente autónoma en relación a los otros sectores del movimiento de trabajadores desocupados, pasa por la crítica a los ejes antes señalados (sociedad - partidos políticos - representación - poder del Estado por un lado y clase obrera o pueblo - vanguardia - revolución - poder del Estado por el otro). Ahora bien esta crítica como se ha señalado carece de bases comunes. Por ejemplo, un sector de la corriente autónoma tiende a subsumir a la política en marco de otras prácticas, es decir: tiende a «ontologizar» la política. Sostener que absolutamente todo es política es una forma de negar la política.

Otros sectores plantean la necesidad de restituir la política al campo de las decisiones y las acciones subjetivas de los seres humanos. Tratan de pensar la política sin disolverla en lo social o en otra práctica o dimensión, sin disolverla en el Estado pero reconociendo que el Estado «es» y «está» como el resultado del movimiento histórico y como síntesis de las relaciones de clase, y que plantea un espacio de disputa diferenciado de las prácticas cotidianas que favorecen la creación de un sistema orgánico nuevo. La idea que subyace es que la política implica un campo de acción específico (no decimos autónomo) y que un proyecto político es necesario y viable siempre que tenga la pretensión de nacer y vivir de las prácticas específicas y concretas. Se aspira a que la política no cubra con una loza de cemento lo cotidiano y la vida concreta. El objetivo es acabar con la alienación política, lograr que la política no esté por fuera o por encima de los hombres y las mujeres. Marx hablaba del hombre individual - real reabsorbiendo al ciudadano abstracto y de la no separación de sí mismo de la fuerza social en forma de fuerza política. En esta perspectiva la construcción de organismos superadores de la atomización de los procesos resulta primordial. En realidad son uno de los pocos sectores del campo popular que se preguntan hoy ¿qué es la política?

Sostenemos que esta corriente –aun con sus notorias diferencias con su praxis–, no casualmente es la que más ha contribuido a la profundización de la crisis de los mecanismos tradicionales de «encuadramiento» y/o de «bloqueo» de los sectores populares implementados por el poder político a través de los «punteros» y de los dirigentes (burócratas) sindicales³², cuya función en el marco de las estructuras de la dominación consiste básicamente en evitar que los sectores populares se planteen horizontes que excedan el reclamo inmediato. Identificamos esta corriente esencialmente con las organizaciones que componen el MTD Aníbal Verón, con las organizaciones que recientemente se apartaron de esta coordinación de movimientos, con otras organizaciones independientes, principalmente con el MUP y con la UTD de general Mosconi en la Provincia de Salta y, parcialmente, con el MTR. Estas son las experiencias que tomamos como referencia para nuestras reflexiones del capítulo siguiente.

³² Estos mecanismos, no son «neutrales», están insertos en las estructuras de poder económico y político tradicional.

Capítulo 2:

Punteros y piqueteros

«La condición esencial de toda tiranía política o económica es que está obligada a tratar como instrumentos inertes a los hombres, es decir, como medios, los cuales sean lo que fueren, jamás piensan en descender al nivel de las máquinas»

Georg, W. F. Hegel

- 1 -

Todo movimiento social se autodetermina a través de la identificación de un adversario. En un plano general, puede ser el sistema capitalista, el Estado y/o el gobierno. En cotidianidades socialmente tensas que se manifiestan a nivel local, los movimientos de trabajadores desocupados, principalmente los de la corriente autónoma y los independientes, construyen universos simbólicos basados en antagonismos (nosotros - ellos) que otorgan coherencia a su práctica y una identidad. Ellos son los punteros. Nosotros los piqueteros. Esta es la línea divisoria que polariza la existencia cotidiana, de un lado el puntero que viene perdiendo su relevancia como organizador de la experiencia de las clases populares a través de la despolitización del espacio de la reproducción social, del otro el piquetero que comienza a organizar esa experiencia con medios participativos (cuerpos de delegados, asambleas, cabildos, etc..) y otros parámetros y objetivos, politizando el espacio de reproducción social de las clases más postergadas; de un lado la lógica del favor, del otro la lógica de los derechos. Punteros - piqueteros, por todas las oposiciones que sintetiza, nos parece uno de los principales antagonismos y tiene al territorio como escenario y objeto.

Un militante del MTD de Lanús afirma: *El antagonismo puntero - militante de base, se establece como una clara relación de competencia. Nosotros nos organizamos como parte de una base social que históricamente «le perteneció» a las instituciones de base subordinadas a los aparatos municipales. En esa competencia, los militantes de base de los MTDs en cierta medida marcamos una lógica distinta que los punteros intentan imitar. Actualmente las sociedades de fomento no tienen vida o no existen, las unidades básicas aparecen solamente para las campañas, y los punteros se vuelcan a abrir comedores comunitarios, o cuelgan algún que otro cartel de «Centro Popular». En los momentos de mayor temor para el régimen (diciembre de 2001, junio de 2002), los punteros acompañaron la violencia que propuso el Estado para con nuestras organizaciones, volcados a colaborar con los aprietes policiales, intimidaciones,*

etc., en los barrios. Pasados esos momentos de mayor confrontación en el territorio, siguen haciendo un trabajo de "inteligencia", informando en los municipios que hacemos y cómo estamos los movimientos (...) Si analizamos la composición de la base de los punteros y la de nuestros movimientos, podemos decir que el activo más consciente y honesto del barrio se suma al MTD, y el activo oportunista, deshonesto y viciado por la lógica clientelares, da sustento a la estructura punteril...³³.

El puntero, al igual que el burócrata sindical, es una función ordinaria de las estructuras de mando construidas por el capital. Enemigo visceral de la democracia de base, el puntero es un reproductor del neoliberalismo y el autoritarismo de la clase dominante. Es parte del dispositivo de la «gobernabilidad» o del «buen gobierno» en la perspectiva neoliberal ya que refuerza y codifica los sentimientos de pasividad y de impotencia social. Es uno de los instrumentos a los que recurre el poder burgués.

Los mecanismos de control social propios del capital articulan sistemas sin sujeto (impersonales) y sistemas con sujetos, o sea que se combinan las determinaciones de los objetivos del capital que están por encima de los sujetos con los incentivos selectivos (materiales) que movilizan al personal político de control. Por lo tanto el control del capital se ejerce tanto a través de la regulación metabólica social del proceso de reproducción material como del mando político. Siguiendo a Milton Santos podemos afirmar que el puntero está inserto en espacios de verticalidades, «vectores de una racionalidad superior y del discurso pragmático de los sectores hegemónicos que crean un orden cotidiano obediente y disciplinado» y que el piquetero está inserto en espacios de horizontalidades que son «tanto el lugar de la finalidad impuesta desde afuera, desde lejos y desde arriba, como el de la contrafinalidad, localmente generada. Son el escenario de un orden cotidiano conforme pero no necesaria-

³³ Entrevista del autor a Pablo Solana, MTD de Lanús, Buenos Aires, 21 de octubre de 2003.

mente conformista y, simultáneamente, el lugar de la ceguera y el descubrimiento, de la complacencia y el conflicto»³⁴.

El puntero –retomando la expresión del Dr. Stockmann, en *El Enemigo del Pueblo*, del escritor sueco Henrik Ibsen– «piensa los pensamientos de sus superiores». Es evidente que las prácticas desarrolladas por los punteros no favorecen la solidaridad entre los vecinos de un barrio, sino la sumisión al aparato, al Estado. El puntero con su voluntad de abuso y sus modos que denigran, con su paternalismo cada vez más autoritario, se erige en la contracara del piquetero, jugando (incluso en una versión degradada) el papel que la burocracia sindical jugó en otros tiempos. La diferencia estriba en que el control del burócrata se ejercía al interior mismo de las relaciones de producción, mientras que el control del puntero se ejerce en territorios, social y económicamente segregados, donde el conflicto de clase tiende a disiparse en múltiples planos.

Desde el campo académico, algunos investigadores han señalado que lo que nosotros denominamos «voluntad de abuso del puntero» puede ser inconsciente y que en muchos casos lo que lo moviliza y lo que determina su accionar es una sincera «vocación social», pero «mal encaminada». Evidentemente el «intercambio de favores» puede hacer que la relación clientelar no sea percibida como relación de poder, pero es básicamente eso. Aunque nadie se asuma jamás como manipulado y la víctima no sea del todo inocente. Por otra parte es inherente a la manipulación el hecho de ocultar la intención de controlar la conducta ajena y de cosificar a las personas. Por último, el intercambio de favores suele negar la reivindicación de un derecho y/o afectar la dinámica asociativa y movilizadora que puede surgir desde la base.

³⁴ Santos, Milton, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Barcelona, Ariel, 2000, p.241.

Ante prácticas lisa y llanamente mafiosas, ante el asesinato de militantes piqueteros³⁵, se torna muy difícil encontrar nobles intenciones. Tal constatación, nos parece, exige ciertos grados de desconocimiento, hipocresía, o escasa capacidad de reacción ante el poder opresivo. Como John Holloway, creemos que el problema de la ciencias sociales más que la objetividad es la complicidad. Tampoco podemos exigirle a la ciencia que anticipe el futuro, por lo general esa fue tarea de la moral, la poesía o la acción revolucionaria (que contiene a ambas).

El puntero succiona la voluntad, destruye la autoestima, promueve subjetividades contemplativas y le quita fuerza estratégica al pueblo. Principalmente el puntero está interesado en mantener las condiciones de su preponderancia que son exactamente las mismas de las que emana la subordinación de la sociedad. Recordemos que Michel Foucault decía que las mismas condiciones que hacen al animal dirigente son las que hacen al animal de manada.

La práctica del puntero recurre a la «seducción del objeto». Tien-de así a establecer una imagen de superioridad y esta, a su vez, conforma identidades negativas al interiorizar los sectores populares la mirada del que oprime. En contraposición el movimiento propone recuperar una identidad positiva, basada en valores propios.

En los barrios marginales, el surgimiento y el desarrollo del movimiento piquetero suele generar como manifestación instantánea un marcado descenso en la violencia horizontal y una disminución del número de jóvenes detenidos por delitos contra la propiedad, por tenencia de drogas, etc., Los vecinos del

³⁵ Como por ejemplo el asesinato del piquetero Hugo Javier Barrionuevo en febrero de 2002, mientras participaba de un corte en la ruta 205 en la localidad de El Jagüel, en el partido de Esteban Echeverría. El asesino, Jorge Bogado, un comerciante apodado «Batata», fue un puntero vinculado a los intendentes justicialistas de Ezeiza y Esteban Echeverría.

barrio, los pequeños comerciantes que suelen ser las víctimas de los robos, advierten esa circunstancia. No es sólo por reflejo filantrópico que los comerciantes terminan colaborando con los comedores y con otros emprendimientos del movimiento. Todo un contexto de relaciones ha sido alterado positivamente por la acción del movimiento. Por otra parte, al reconstituirse el tejido social comunitario, la policía ve disminuida notoriamente su capacidad de acción arbitraria. Ya no tiene enfrente a un individuo carente de recursos, desorientado social y existencialmente, desprovisto de presente y futuro, sino a una organización diferenciada y arraigada en el territorio y además con capacidad de negociación con el poder político.

- 2 -

Como los partidos políticos tradicionales tienen identidades débiles, el puntero carece de identidad ideológica sólida, a diferencia del piquetero que tiene una en formación pero con gran potencialidad. La identidad piquetera, por otra parte, no deriva de identidades ya constituidas. Nace y se va conformando a partir de un trabajo de deconstrucción y destitución de prácticas: del clientelismo político, del asistencialismo, del paternalismo y la representación principalmente. Según Charles Tilly, «las identidades son experiencias compartidas de relaciones sociales distintas y las representaciones de éstas»³⁶. Además de una actitud compartida frente a falta de trabajo, de la común visualización de prácticas contendientes (y del esfuerzo por deconstruirlas) y del piquete como momento central de la construcción de la identidad piquetera en el marco del espacio público, un tipo espe-

³⁶ Tilly, Charles, *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manatíal, 2000, p. 226. En relación a las identidades específicamente políticas Tilly sostiene que: «una *identidad política* (itálicas en el original) es la experiencia que tiene un actor de una relación social compartida en la cual al menos una de las partes –incluyendo a terceros– es un individuo o una organización que controla medios concentrados de coerción dentro de algún territorio de importancia...» (p. 227).

cial de experiencia colectiva refuerza el proceso de consolidación de la identidad: la educación política.

No es casual que la educación política (formación) sea concebida como la «primera fase» de la praxis de las corrientes autónomas y las organizaciones independientes del movimiento de trabajadores desocupados. Las actividades de formación, a través de la difusión masiva de instrumentos cognitivos, apuestan a «explicar» la miseria, para «saber» de donde viene y para crear los caminos que terminen con ella. Proponen una reflexión permanente sobre la acción y un debate colectivo por el sentido. La formación es el camino para resistir a la deshumanización subjetiva y para revertir la deshumanización objetiva del conjunto de los trabajadores. Dice un compañero del MTD 26 de junio (ex - MTD Aníbal Verón): **«La formación es la manera de consolidar el movimiento. Porque si nosotros nos quedamos con unas cuestiones reivindicativas o económicas, lo que puede pasar es que si algún día se nos caen los planes³⁷, el movimiento se queda vacío porque el único contenido que tiene la gente para participar es la cuestión económica...»³⁸** (negritas en el original).

Para este sector del movimiento, la autocrítica también constituye una instancia de formación. En este sentido, algunas organizaciones han roto con las formas tradicionales de la autocrítica en la izquierda. Primero porque asumen los desaciertos más auténticos sin hacer de la autocrítica una autoalabanza solapada. Luego, porque las autocríticas son verdaderamente colectivas (como las responsabilidades), y muchas veces, públicas.

³⁷ Se refiere a los Planes Trabajar y a los Planes Jefes y Jefas de Hogar del Estado Nacional y al Plan Barrios Bonaerenses, del Estado Provincial.

³⁸ «La formación es la manera de consolidar el movimiento». Entrevista a la China y Agustín, del barrio Vicente López del MTD 26 de Junio (ex MTD Aníbal Verón), en *RedAcción*, periódico de la agencia de noticia Red Acción (ANRED), año VIII, Nro. 74, agosto - septiembre de 2003, p. 6.

En la corriente autónoma la formación contribuye a crear condiciones para el desarrollo de cada compañero puesto que para ella los espíritus creadores, innovadores, críticos y con iniciativas (protagonistas) resultan vitales. La educación popular, fundada en la dialéctica revolucionaria, en la unidad de teoría y práctica - sujeto y objeto, en la construcción colectiva del conocimiento y en la recuperación de los distintos saberes, favorece la politización antidogmática de los militantes populares. De paso se rompe también con la escisión dirigentes - dirigidos, al favorecer un proceso de disminución ininterrumpido de los elementos indefinidos en el seno de la organización, elementos de los que se nutre el verticalismo y el centralismo democrático «realmente existente». Pero la dimensión más significativa de la formación en este sector del movimiento transita por una cotidianeidad organizada como «socialización disonante». Finalmente la formación, de cara al futuro, permitirá preparar militantes orgánicos y acumular capital cultural propio para garantizar la representación (mediación, traslado de discursos, objetivos y conflictos a escalas políticas de mayor alcance) de la organización popular en los momentos que se extienden entre las acciones masivas y evitar la participación de «intermediarios».

Vale el contraste con la función que otras organizaciones piqueteras les asignan a las actividades de formación, por ejemplo, en el caso del Polo Obrero (para citar un caso entre muchos), la direccionalidad de estas actividades está puesta en la construcción del partido de la clase obrera. Por eso están orientadas especialmente a los delegados lo que contribuye a la escisión dirigente - dirigidos, al verticalismo y al autoritarismo de una elite. La oposición se plantea entre una formación como fin y una formación como mero instrumento, o sea, en un caso se plantea una unidad esencial entre formación - producción (trabajo) y sociabilidad, lo que permite que «todos» se hagan cargo de los principios, los valores, la práctica y el proyecto; en el otro caso prima un criterio que apunta a la selección y formación de cuadros partidarios (los que monopolizan la conciencia

y el proyecto político) para una política que no es inmanente a la realidad del movimiento de masas.

Desde los horizontes planteados por el centralismo democrático, la formación (educación política, formación de cuadros) asume siempre la forma de la consigna, nunca la de la experiencia³⁹, y esto en el mejor de los casos, porque muchas veces la actividad de formación se asemeja a la «Academia técnica para revolucionarios», arltiana institución destinada a formar «cuadros» que perturben a la ciudad, donde predominan pintorescos personajes de barricada o portadores de teorías esotéricas presentadas en escolios indescifrables. Esto resulta funcional a la práctica punteril. Porque cuando los compañeros salen a la calle no saben que es el Estado, desconocen la lógica del aparato represivo, hasta incluso pueden sentirse rebaño. ¿De qué sirve que sólo unos pocos delegados tengan en claro todo esto? Así, negando la capacidad de opción de los sujetos, se construye un colchón social acrílico, base de operaciones de los punteros.

- 3 -

Steven Levistky⁴⁰ ha sugerido que el cambio tajante de la política socio - económica tradicional del peronismo a partir de 1989; la agregación de nuevos aliados sociales, políticos e ideológicos, poco tiempo antes considerados como «enemigos» históricos, como la derecha liberal en general con el Capitán - Ingeniero Álvaro Alsogaray a la cabeza; más el cambio que esto generó en el sistema de referencias, obligó al Partido Justicialista (y a otros partidos en menor medida) a reformular sus formas de mediación en pos de garantizar su inserción en el seno de las clases populares.

³⁹ Ver: Benjamín, Walter, *Diario de Moscú*, Taurus Humanidades, Buenos Aires, 1990, p. 69.

⁴⁰ Levistky, Steven: «Una desorganización organizada: Estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporánea», en *Revista Política y Gestión*, volumen 3, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2002.

El histórico vínculo establecido por el peronismo con las masas a través de los sindicatos y las organizaciones no partidarias se debilitó notoriamente, sobre todo en la década del '90, cuando los sindicatos dejaron de ser los núcleos fuertes de la identidad obrera y las organizaciones no partidarias dejaron de ejercer sus funciones de mediación. El PJ (Partido Justicialista), en las zonas afectadas por el proceso de desindustrialización, impulsó formas de mediación basadas en el patronazgo (acceso a los recursos del Estado y a los cargos públicos), el clientelismo y el asistencialismo. La socialización consumista, por su parte, sirvió para generar adhesiones en y por fuera de los sectores populares y contribuyó al proceso de deterioro de la identidad. Los incentivos materiales pasaron a jugar un papel preponderante y relegaron a las orientaciones universalistas e ideológicas, predominantemente reaccionarias, ambiguas o sencillamente anacrónicas. De todos modos, muchas veces, ambos tipos de incentivos se combinaron.

Para Gabriela Delamata «el peronismo en su conjunto va a mostrar durante la década de los '90 su declinación a sostener, tanto material, como simbólicamente, la institución de la ciudadanía socio - laboral, ese vínculo entre relación asalariada y derechos que supuso el reconocimiento político de la clase trabajadora como fuerza social y el acceso a los derechos laborales, sociales y gremiales derivados de ese reconocimiento, lo que signó el proceso de integración social de la Argentina y otorgó su peculiaridad al proceso de afiliación y cohesión ciudadana....»⁴¹.

Podríamos decir que el clientelismo se desarrolló (se ha sugerido que en forma sobredimensionada) en relación inversamente proporcional al abandono por parte del peronismo del histórico sos-

⁴¹ Delamata, Gabriela, «De los 'estallidos' provinciales a la generalización de las protestas en Argentina. Perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas», en *Revista Nueva Sociedad*, número 182, Caracas, noviembre - diciembre de 2002, p. 124.

tenimiento de la dimensión social de la ciudadanía y del debilitamiento de las redes de seguridad vinculadas al trabajo asalariado, al modelo de desarrollo fordista periférico en general, abandono al que contribuyó el sindicalismo peronista tradicional que poco y nada hizo frente a la declinación de la ciudadanía laboral en aras de preservar sus ventajas corporativas. El clientelismo, asimismo, parece avenirse mucho más que la democracia participativa a una economía transnacionalizada y posfordista.

La debilidad de su ideología, el debilitamiento creciente de la subcultura peronista⁴² (y de otras subculturas partidarias tradicionales, la de la UCR –Unión Cívica Radical–, por ejemplo), explica el pragmatismo del puntero, su espíritu utilitario que envileció a la política y fue plenamente funcional al modelo neoliberal, más allá de que se compartieran o no algunas de sus formulaciones. No se puede dejar de reconocer que el desarrollo de las redes clientelares respondió a la necesidad de los sectores dominantes de garantizar el control social en el marco de la implementación de políticas de exclusión.

Los punteros son especialistas en el «arte» de acumular oportunidades, de adaptarse y de emular, por lo tanto, para ellos la política, al igual que para sus jefes, carece de contenido, es puro esquema de poder. Esto les otorga un amplio margen de maniobra a la hora de optar por referentes políticos municipales, provinciales o nacionales. Los giros, los repentinos cambios de lealtades, no requieren justificaciones ideológicas de ningún tipo. El sistema del patronazgo, la ambigüedad ideológica, la «flexibilidad estratégica», especialmente del PJ⁴³, favorecen esta modalidad.

⁴² Levistky, Steven, *op. cit.*, p. 47.

⁴³ Levitsky, Steven, *op. cit.*, p. 57. En relación a este tema agrega que: «El sistema segmentado y descentralizado de agrupaciones peronistas proveyó así una salida para un número de creyentes peronistas, permitiéndoles continuar con formas de peronismo que tenían poco que ver, y en muchos casos contradecían, la agenda programática del gobierno de Menem...» (p. 59).

El puntero manipula el desamparo del otro, a diferencia del piquetero que asume el propio desamparo y el de los demás para convertirlo en organización popular autónoma. Los punteros son agentes de la instrumentalización de la pasividad de las masas y del ocultamiento público del desempleo y la pobreza⁴⁴. El medio del puntero son las masas artificiales con estructura de horda, con jefes, caciques, generales y papas. El puntero hace centro y establece relaciones uno a uno, no se basa en reglas universales. Sus prácticas aportan a la reproducción de la dominación. Los punteros son agentes de control de aspectos vinculados a la reproducción del capital, por lo tanto son personificaciones del capital y apéndices de un sistema de reproducción social alienante. Son parte de una red de mediaciones de segundo orden que se refuerza con otras instancias, por ejemplo, con la policía (y otras fuerzas de seguridad como la Gendarmería⁴⁵) que en los barrios y pueblos más segregados suele comportarse como un ejército de ocupación, con el sistema penal que criminaliza la pobreza, con un sector importante de la Iglesia Católica y otras Iglesias.

La red de punteros se sostiene, por otra parte, con los excedentes de la explotación, de este modo las víctimas aportan a la reproducción de la dominación. Según Emilio Tenti Fanfani: «Los bienes y servicios que asigna los políticos tienen origen público: las políticas asistenciales, por sus características estructurales (discrecionalidad, discontinuidad, flexibilidad, diversidad, bajo grado de control público del gasto, territoriali-

⁴⁴ El ex intendente justicialista del partido de Presidente Perón, y ex jefe de la SIDE durante el gobierno de Duhalde, Oscar Rodríguez «decretó» la inexistencia de pobres en su municipio. Ver: Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, *Darío y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*, Buenos Aires, Ediciones 26 de Junio, 2003, p. 35.

⁴⁵ En General Mosconi, provincia de Salta, la relación opresor - oprimido suele aparecer con los contornos de la relación gendarme - piquetero

dad, particularismo, etc..) constituyen el terreno particularmente fértil para el crecimiento del fenómeno clientelario»⁴⁶. En síntesis, los punteros cumplen con funciones orientadas a recordarle al pueblo sus papeles subalternos. El puntero es un agente del fatalismo, su figura es la representación de un límite.

- 4 -

El manejo de los subsidios estatales sirve como ejemplo para caracterizar la naturaleza del puntero. Los punteros, salvo en las coyunturas electorales donde se decide su propia permanencia en la red y pueden llegar a pedir un poco de lealtad superficial o la presencia en algún acto, no exigen «nada» al beneficiario del subsidio. Claro, el beneficiario tampoco puede protestar cuando se le cae el subsidio. Esto se vincula a la personalización de la ayuda social que contribuye a debilitar la ciudadanía del «cliente», imposibilitado de reivindicar sus derechos sobre lo que reclama. La misma pobreza es utilizada por el puntero – pequeño déspota – para justificar la falta de participación de los pobres y su propia preponderancia. Seguramente no lo saben pero muchos punteros coinciden con el Barón de Montesquieu, quien hace dos siglos le negaba derechos políticos a quienes consideraba demasiado pobres para tener opiniones.

Los Planes Jefes y Jefas de hogar (y otros similares a nivel nacional y provincial como los Planes Trabajar, el Plan Joven, el Plan Segunda Oportunidad), responden y se adaptan mejor a las categorías establecidas por el Estado, categorías que le garantizan (que buscan garantizar) la inclusión y la exclusión, o sea el tratamiento desigual de los sectores populares, es decir: le garantizan el control al decir de Charles Tilly⁴⁷. Estos planes

⁴⁶ Tenti Fanfani, Emilio: «Entender el clientelismo y fortalecer la democracia», en: Torres, Pablo, *Votos, chapas y fideos. Clientelismo político y ayuda social*, La Plata - Buenos Aires, De la Campana, 2002, p. 20.

⁴⁷ Tilly, Charles, *op. cit.*, p. 200.

fueron concebidos principalmente como un instrumento de desmovilización. Una fuerte carga denigratoria es inherente a este tipo de subsidio, puesto que muchas veces desde el poder se tiende a presentar al beneficiario como una carga financiera para el conjunto de la sociedad, generando el rechazo de otros sectores sociales (asalariados en general) y el autodesprecio.

La autogestión de los planes, por el contrario, se sale de esas categorías, de esas «divisiones» estatales y de esas distinciones y categorías que generan desigualdades. Para el Estado los planes persiguen objetivos disciplinadores a través del «simulacro de trabajo», pero los movimientos los reformulan: *«El manejo corrupto de los planes de empleo por los 'punteros' es una demostración más de la perversidad de un sistema político que lleva a millones de personas a la miseria y la desesperación y utiliza esa miseria y esa desesperación para perpetuarse. Apropriadados por nuestras organizaciones, esos mismos recursos se transforman, en el marco de las relaciones sociales y laborales que nos proponemos, en un incentivo y un desafío para avanzar en la construcción del poder popular hacia el cambio social»*; ⁴⁸ (itálicas nuestras). Las tácticas para obtener los planes no generan compromisos con el gobierno y con el Estado, se sostienen en las virtudes de la propia construcción. De este modo «los movimientos sociales desafían la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación que se producen en el otro lado de la línea categorial...» ⁴⁹.

En un trabajo reciente, Mariano Pacheco, militante del MTD de Alte. Brown, plantea que: *«La conquista de la autogestión de la ayuda social por parte de las organizaciones de desocupados no es un dato menor. Debemos tener en cuenta la experiencia de los movimientos más viejos que en período 97-98 sufrieron intimidaciones, amenazas, golpizas, represalias y la*

⁴⁸ Nuestra política para construir un presente y un futuro con Trabajo, Dignidad y Cambio Social, Documento citado, p. 8.

⁴⁹ Tilly, Charles, *op. cit.*, p. 222.

pérdida de los planes de todos aquellos que luego de cortar la ruta seguían participando activamente de los movimientos. Una de las prácticas comunes desarrolladas por los punteros era la de obligar a todos aquellos que habían conquistado sus planes de empleo en las rutas, a que realizaran todo tipo de trabajos que sólo fortalecían el aparato asistencial del gobierno municipal, y que los favorecía en forma personal (por ejemplo: arreglo de sus propiedades, servicio doméstico). Es decir que se perdía por un costado lo que se había recuperado por otro. Más allá de las anécdotas, que por cierto existen a montones, lo que nos interesa destacar es que ese avance que se lograba 'recuperando la dignidad en las rutas', se contrarrestaba con la pérdida de dignidad al quedar atrapados dentro de la lógica alienante y humillante a la que la política asistencial del Estado somete a los excluidos...»⁵⁰ (itálicas nuestras).

La política desarrollada por Graciela Fernández Meijide al frente del Ministerio de Desarrollo Social durante el gobierno de Fernando de La Rúa introdujo modificaciones en la distribución de los subsidios para desocupados, hasta ese momento prácticamente monopolizados por los municipios. Los cambios introducidos permitieron la asignación a organizaciones civiles que asumían la responsabilidad de la ejecución. Buscando afectar la estructura clientelar del PJ, el gobierno de la Alianza terminó institucionalizando al movimiento piquetero e impulsando su crecimiento.

Al asumir Patricia Bullrich el Ministerio de Trabajo, buscó por todos los medios revertir esta situación. A través de ella, la «clase política» demostraba que prefería la corrupción y el escaso impacto del gasto social (cosas que garantizaban el manejo de los planes por los punteros y los aparatos políticos) al fortalecimiento de las organizaciones del pueblo y la reconstitución del tejido social comunitario. Los intendentes del Gran Buenos Aires fueron los principales interesados en impulsar estas políticas

⁵⁰ Pacheco, Mariano, *op. cit.*, p. 25.

puesto que permitían el traspaso de beneficiarios al control del municipio y debilitaban la estructura del movimiento de desocupados. Paralelamente el gobierno iniciaba una de las reiteradas campañas de difamación: algo tan lógico (para una sociedad menos alienada e individualista que la nuestra) como el sostenimiento colectivo de una organización, se presentaba como un hecho corrupto: ¡se les «roba» cuatro pesos! Casi ningún medio de comunicación aclaraba que además del gasto operativo (traslados, micros, etc..) esos cuatro pesos servían para sustentar a los comedores infantiles, para comprar insumos para los proyectos productivos, etc. Al mismo tiempo las organizaciones de desocupados comenzaron a ser acusadas de presionar a la gente para que asistan a los cortes («coacción»).

La resistencia a la utilización clientelística de los subsidios y su transformación en alternativa de organización y producción favorecieron a su vez los procesos de socialización disonante de los que hablábamos. Un documento del MTD de Lanús, del 27 de agosto de 2001 planteaba que: *«En los proyectos de empleo conquistados por el MTD, no hay 'patrón' ni 'jefe de cuadrilla', que 'ordene' las tareas a realizar: al ser responsabilidad de cada grupo de trabajo que el proyecto salga adelante, son los mismos compañeros los que discuten las tareas y las necesidades para realizarlas, y la organización juega un rol preponderante, ya que a diferencia de una fábrica, ya no se trata solamente de organizarse para defender nuestros intereses gremiales, sino que recae sobre nuestra propia responsabilidad como trabajadores que el trabajo salga adelante. En el corto tiempo fuimos notando que para que esto funcionara, debíamos formarnos y formar a los compañeros para comprender la importancia del desafío que teníamos por delante* (destacado en el original) (...) *De a poco, compañeros sin experiencia fueron asumiendo sus roles como delegados, compañeros sin estudios fueron participando de talleritos de formación, y en los barrios en que se organiza el MTD, de a poco, en las asambleas semanales se empezaron a volcar otras necesidades más allá de los planes de empleo: la necesidad de tomar las tierras*

abandonadas que desde hacía años estaban prometidas y nadie entregaba; el reclamo a las autoridades municipales por el asfalto o el semáforo, la movilización para reclamar el subsidio para comprar el horno industrial para el proyecto de panadería... Así en la medida en que nos organizábamos para resolver los problemas básicos, la misma participación de los vecinos nos iba orientando acerca de las luchas más necesarias y sentidas por el barrio (destacado en el original). Y la experiencia de la organización de los primeros cortes en reclamo de los planes de empleo, se transformaba ahora en capacidad de planificar una toma de tierras, o discutir con el Intendente desde una «posición de fuerza», porque ahora sabían que estábamos organizados y dispuestos a hacer valer nuestra capacidad de movilización...⁵¹ (itálicas nuestras).

- 5 -

Los punteros están ubicados en la base de una estructura de mando jerárquica (la del capital) que plantea una correlación entre economía y política. El puntero favorece una relación subordinada al identificarse con las prácticas que señalamos. Pero el puntero, en última instancia, también es un sujeto deshumanizado y degradado, ha sido privado de «ética» y de «moral» por la lógica del poder al cual sirve. En este sentido el puntero, al victimizar y ser victimizado al mismo tiempo, al estar regido por automatismos indescifrables, se aproxima al personaje arltiano, a Silvio Astier, a Remo Erdosaín, al rufián melancólico (Haffner) y también el Astrólogo quien planificaba una sociedad basada en la obediencia (y en el industrialismo)... En *Los Siete Locos*, un pasaje donde el Rufián Melancólico le responde a Erdosaín, nos sirve para ejemplificar el vínculo que establecemos entre los punteros y el bestiario arltiano, dice el

⁵¹ *El Movimiento de Trabajadores Desocupados: Que hay detrás de los piquetes y los planes trabajar*, documento del MTD de Lanús, Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, Buenos Aires, 27 de agosto de 2001, p. 1 y 2.

Rufián sobre la «mujer de la vida»: «Solo a palos se la puede manejar. Usted cree como el noventa por ciento que el cafishio es el explotador y la prostituta la víctima. Pero dígame: ¿para que precisa una mujer todo el dinero que ella gana? Lo que no han dicho los novelistas es que la mujer de la vida que no tiene hombre anda desesperada buscando uno que la engañe, que le rompa el alma de cuando en cuando...»⁵².

Evidentemente el puntero carece de la locura de todos estos personajes. Sus proyectos de sociedad nada tienen de singular, no sueñan con alterar el orden del universo, no crean mística nueva y en buena medida su existencia se vincula a la desindustrialización. Queda claro que el problema no son las personas, sino las lógicas y el sistema en que estas se inscriben.

El medio del movimiento piquetero son las masas autoconscientes (o en proceso hacia la autoconciencia). En los movimientos, se desarrolla una fraternidad fundada en la localidad que propone nuevas formas de pertenecer al barrio y de reapropiación del espacio público. Sus militantes construyen la confianza en la pertenencia a una comunidad consensual local, fija y llena de virtudes. Luchan, de este modo, contra el desarraigo social. Les cabe a la perfección lo que el joven Carlos Marx decía de los socialistas en una carta dirigida a Ruge en septiembre de 1843: «Nosotros predicamos por el mundo principios nuevos que deducimos de los principios del mundo. Nosotros no le decimos: abandona tus luchas, no son más que tonterías; queremos hacer resonar en tus oídos la verdadera palabra, palabra de lucha. Nosotros le mostramos solamente por qué lucha en verdad, y la conciencia es una cosa que debe adquirir aunque no lo quiera...».

Los movimientos de desocupados desarrollan prácticas que articulan la lucha cotidiana por reivindicaciones materiales con

⁵² Arlt, Roberto, *Los Siete Locos*, Buenos Aires, Losada, 2001, p. 38.

propuestas de construcción de una sociedad más justa y reglas universales, lo que genera una atracción amplia que excede las bases sociales «naturales» del movimiento. Sacan el desempleo a la calle. Exponen su pobreza en el escenario público y la colocan en el centro del debate nacional. Obligan a asumir responsabilidades, a que aflore la culpa o el perfil impiadoso de los funcionarios. Organizan a las porciones más postergadas de la sociedad sobre nuevas condiciones ético - políticas, fundan un nuevo *ethos*, condición ineludible para pensar en cambios profundos. Circunstancia que puede equipararse a otros momentos históricos donde la clase obrera jugaba roles social y políticamente más dinámicos.

El movimiento quiere la autonomía y las relaciones horizontales o, en el peor de los casos, declama el protagonismo de las masas. El puntero solo acepta interlocutores pasivos - receptivos e *individuales*, y tiene el monopolio de la información. El movimiento suele socializar la información en la asamblea y genera protagonistas y actores colectivos. El puntero es un garante del orden constituido y quiere mantener el territorio bajo los criterios de su racionalidad (que es la racionalidad gubernamental). El movimiento al poner en cuestión la cohesión del orden estructural establecido quiere subvertir ese orden. El movimiento cuestiona lo medular de la práctica del puntero. El militante del movimiento logra conceptualizar el carácter de esa práctica y construye una estrategia para la resolución de problemas cotidianos totalmente diferente (y antagónica) a la del puntero.

Si se recurre a la red asistencial se lo hace desde un lugar muy particular, un lugar colectivo -nunca individual- y no como una solicitud de favores, sino como exigencia y ejercicio pleno de un derecho inalienable que no genera obligaciones para con una persona concreta. Las instituciones son interpeladas, pero desde una matriz plebeya. La exigencia se despersonaliza y el puntero queda al margen porque se lo niega como agente de la distribución de bienes y favores y puerta de acceso al Estado. Lo obtenido aparece entonces como resultado de una lucha co-

lectiva que presiona y obliga directamente al Estado. Los movimientos construyen una mediación nueva y distinta entre los sectores populares de los barrios y el Estado.

- 6 -

Por lo antedicho no estamos de acuerdo con la generalización que Javier Auyero propone en sus trabajos⁵³, donde plantea la naturalización de las prácticas clientelares. Lo que directamente implica sostener que los sectores populares sólo cuestionan a personas pero no a la lógica clientelar en sí. Incluso destaca que en el caso del barrio que analiza, sólo hablan de clientelismo los actores que no viven allí (lo que suena como concesión a la idea de la «externalidad de la conciencia»). En la misma línea se ubica Pablo Torres cuando sostiene que «los clientes son presentados, desde visiones reduccionistas del clientelismo, como las 'víctimas' de este tipo de situaciones en el sentido de que son utilizados por políticos inescrupulosos que, en busca de rédito político y electoral, se aprovechan de la necesidad de los sectores más débiles de la sociedad. Sin que esta postura sea totalmente incorrecta, se basa en una visión tal vez romántica o peyorativa de la pobreza, que considera a los pobres como ingenuos —casi niños— incapaces de analizar las situaciones en que se hallan inmersos y sacar de dichas situaciones las mayores ventajas posibles...»⁵⁴

Creemos que al querer destacar el papel de los «actores» tanto Auyero como Torres dejan de lado la «trama» (cuya existencia por otra parte reconocen), constituida por relaciones profundamente asimétricas a las que se ve obligado a ingresar el «clien-

⁵³ Ver por ejemplo Auyero, Javier, *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001, o *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1997, entre otros trabajos.

⁵⁴ Torres, Pablo, *op. cit.*, p. 64.

te» y que sobredeterminan sus prácticas cuya racionalidad (que no se discute) no altera ni atempera el carácter degradante del vínculo, más allá de que la «víctima» busque sacar el máximo provecho de esa relación. Vale recordar —salvando las enormes distancias— que en los campos de concentración, tanto en la Alemania de Hitler como en la Argentina de Videla, los prisioneros podían «analizar la situación en que estaban inmersos y sacar de dichas situaciones las mayores ventajas posibles», lo que no negaba en absoluto la realidad siniestra que imponía el campo de concentración. Como tampoco negaba sino que reforzaba el carácter siniestro de esta realidad, el hecho de que un capo (capataz) del campo, hombre al fin y al cabo, tuviera alguna fortaleza, alguna esperanza y algún amor. Realmente nos cuesta encontrar «determinantes positivos» cuando se aborda la cuestión del clientelismo político.

Además este tipo de enfoque corre el riesgo de confundir al sujeto que degrada (y se degrada a su mismo) y al degradado. Se olvida de la «mirada única» compartida por cada uno de los ocupan la red (en realidad la pirámide) asistencial. Deja de lado finalmente la complicidad del puntero y del conjunto de la clase política con las políticas de entrega del patrimonio nacional y de exclusión social, con la crisis laboral y el crecimiento de la pobreza. En fin, tal vez el problema fundamental de estas lecturas sea su matriz capitalo - céntricas, basadas en la falta de confianza en las posibilidades de las alternativas no capitalistas.

Por otra parte, más allá de algunas referencias a conceptos y a explicaciones generales, estas visiones ponen el énfasis en las descripciones minuciosas del comportamiento individual en planos restringidos, lo que las tiñe de empirismo. Por momentos pareciera que los «actores sociales» presentan fuerzas emparejadas, o sea: aparecen como actores que en pie de igualdad establecen relaciones de intercambio y construyen redes neutras de intercomunicación. El oprimido entonces resulta ser un sujeto autónomo, maximizador de beneficios, cuya conducta está signada por el cálculo costo - beneficio, que pretende obtener

ventajas. Nosotros consideramos que sólo cabe hablar de un sujeto autónomo por fuera de la relación de subordinación.

La corriente autónoma y algunas organizaciones independientes del movimiento de trabajadores desocupados, al proponer otro tipo de vínculos sociales y políticos, es decir, al cuestionar - excluirse de la «trama», al no aceptar la individualización compulsiva, al hacer la opción de dejar de ser víctimas, muestran otras posibilidades y ofrecen una esperanza.

Por último, aunque no nos agrada, no podemos dejar de constatar la existencia de puntos de coincidencia entre los punteros y un sector del movimiento piquetero. El movimiento piquetero, como cualquier otro movimiento popular, está expuesto a las «filtraciones burguesas». Muchos dirigentes o referentes se han convertido (o pueden convertirse) en repartidores de mercaderías y en «resolvedores» de problemas, consolidando de este modo la cultura del ordeno y mando, la cultura de la delegación y la cultura del favor por sobre la del derecho⁵⁵. Estas coincidencias entre punteros y piqueteros establecen una diferenciación tajante al interior del movimiento. Para aclarar recurrimos a tipos extremos. Los punteros y algunas organizaciones piqueteras tienden a crear sistemas paralelos de intereses, a desarrollar prácticas estáticas e instrumentales. Lejos, muy lejos, de la moral kantiana tratan a los otros como medio. En contraposición, otras organizaciones piqueteras buscan erigir sistemas de intereses convergentes, a desarrollar prácticas mutables y transig-nificativas, o sea: prácticas con significación intrínseca. Cerca, muy cerca, de la moral kantiana tratan a los otros como fines.

⁵⁵ Durante el gobierno de Fernando De la Rúa, hubo (tanto en La Matanza como en Florencio Varela), intendentes que asumieron los reclamos de los desocupados para presionar en forma conjunta al gobierno nacional. Esto les permitió consolidar su posición y las redes clientelares. Por supuesto, esto generó duros debates al interior del movimiento piquetero.

Capítulo 3:

Territorios y topografías

«...el sujeto se constituye en un territorio social delimitable a la vez que constantemente transformado.

Un ámbito de relaciones sociales. Relaciones de explotación –acentuaba Marx–, relaciones de identificación ideológica –nos decía Althusser–, relaciones siempre de poder –agregaba Foucault–...»

María Pía López

- 1 -

La categoría de territorio fue tal vez, una de las más utilizadas y vapuleadas de los últimos años. Sus usos más corrientes han remitido a dominio, suelo, horizonte, archipiélago, geopolítica, región, paisaje, tamaño, volumen y posición. También a tensión, táctica y estrategia (guerra) y a poder. El territorio es, evidentemente, una metáfora geográfica⁵⁶ o si se prefiere «espacial». Louis Althusser consideraba que la utilización de metáforas espaciales atentaba contra las pretensiones científicas de cierto tipo de discursos. La metáfora espacial tenía para él una matriz decididamente no científica. Otros han detectado en el recurso a la metáfora geográfica posiciones menos regresivas. Algunos —con los que estamos de acuerdo en líneas generales— llegaron a verlas como el síntoma de un pensamiento estratégico y combativo que considera al espacio del discurso como terreno y encrucijada de prácticas sociales y políticas. En los últimos tiempos ha sido común la sugerencia de reemplazar las metáforas espaciales por las cronológicas, se habla, por ejemplo, del ritmo vertiginoso o lento de las prácticas sociales. Lo cierto es que a cada territorio le corresponde un tiempo.

El «ser ahí» o el «ser en el mundo» para Martín Heidegger tenía un sentido no solo espacial sino sobre todo «ontológico». El territorio asume, desde esta perspectiva un cariz anti-geométrico, anticuantitativo y se convierte en espacio cualitativo, en un espacio fundamentalmente humano hecho de sitios y de direcciones (de relaciones) y no de líneas, planos y volúmenes. Maurice Merleau Ponty, con trazos similares, diferenciaba el espacio geométrico del antropológico y «existencial». Desde esta óptica concebimos al territorio y a la geografía, como verbo (acción de sujetos) y no como sustantivo.

De un tiempo a esta parte, desde distintos ámbitos y desde distintas concepciones, se vienen planteado estrategias basadas en

⁵⁶ Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1979, p. 116.

el reforzamiento de los poderes locales con bases sociales consolidadas. La CTA ha planteado la consigna: «la nueva fábrica es el barrio» y ha señalado que algunos de los inconvenientes de la construcción de un movimiento político social se vinculan con «la dificultad de entender y situar adecuadamente el desarrollo territorial como espacio privilegiado en el que se define hoy la nueva unidad política de los trabajadores y su articulación con el conjunto de la comunidad. Para ser más precisos, en un contexto donde la ofensiva del capital ha transformado a la empresa en un espacio hostil para la organización del trabajo (...) el territorio es el espacio natural a ocupar y liberar para una nueva política...»⁵⁷.

Según Artemio López, director de la consultora Equis, «la desarticulación de la estructura productiva y el marcado deterioro y estrechamiento del mercado de trabajo nacional acontecido durante la década de los años noventa, contribuyeron grandemente para desplazar al lugar de trabajo –el taller, la fábrica– y asignar al barrio una centralidad creciente en la organización y promoción de las demandas comunitarias...»⁵⁸.

Para Maristella Svampa y Sebastián Pereyra «el *modelo de acción territorial* (itálicas en el original) emerge como la contracara de aquel encarnado por el dirigente sindical y político tradicional quienes, más temprano que tarde, suelen aprovechar la mejora en términos de oportunidades de vida para dar el 'salto' y abandonar el barrio del cual son originarios; al tiempo que se construye a distancia de aquel otro modelo que plantea una instalación 'desde afuera', a partir de una militancia más política

⁵⁷ *Construir la Unidad del Campo Popular*. Documento para el debate elaborado por la Mesa Nacional de la CTA. Hacia el IV Congreso de la CTA - 9 y 10 de diciembre de 2002, Buenos Aires, 13 de agosto de 2002, p. 13.

⁵⁸ López, Artemio: «La representación privilegiada del municipio», en Revista *Dêmos*, abril de 2003, año 1, número 1, p. 8.

y/o universitaria...»⁵⁹. De todos modos hay que destacar la continuidad de las formas organizativas de la clase obrera e inclusive de algunas figuras gremiales como el convenio, que son adaptadas por las nuevas organizaciones a la base territorial⁶⁰.

Lo territorial aparece vinculado con el concepto de descentralización y en particular con sus dimensiones políticas e institucionales. La descentralización nos remite a formas de organización político - territoriales y económico territoriales. En los marcos del sistema y en coincidencia con las propuestas neoliberales que promueven la prescindencia del Estado y la política, el tándem territorio - descentralización tiene como objetivo aliviar al Estado y garantizar la gobernabilidad local, sin proponerse alterar las bases de la cultura clientelista, reformulando incluso el sistema de punteros. Desde una perspectiva distinta, este tándem, remite tanto a la participación activa de los actores socio políticos a escala local y a la creación de redes cooperativas horizontales, como a la consolidación de relaciones sociales alternativas en espacios delimitados. También alude a sus riesgos: la revitalización de lo local puede generar distancia respecto de los problemas nacionales.

Asimismo, desde los márgenes de la matriz política dominante se viene produciendo una resignificación de «lo local» que por lo general tiende a identificarse con el municipio, concebido como espacio principalmente administrativo (más que social -relacional). Desde esta concepción se considera que los espacios administrativos más reducidos son susceptibles de desarrollar «gestiones progresistas» y «participativas» con posibilidades de contrarrestar los constreñimientos que la globalización neoliberal impone al Estado nacional. En un contexto de fragmentación política y de crisis de los partidos políticos tradicio-

⁵⁹ Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *op. cit.* pp. 46 y 47.

⁶⁰ Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema, *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación del poder en el campo popular*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

nales, estos planteos, que reivindican la autonomía local, suelen ser funcionales a las necesidades de algunos intendentes o líderes locales (bastante oportunistas, por cierto) que se acercan a referentes provinciales o nacionales cuando suman votos a nivel local o que prescinden de ese vínculo cuando las alternativas restan.

El territorio como espacio históricamente constituido, remite a la organización social y conceptual de un espacio determinado, espacio entendido como una de las dimensiones de las relaciones sociales e instituido políticamente. Para los pueblos originarios de nuestra América el territorio suele ser concebido como el elemento esencial de una cultura y como el espacio de realización de una comunidad. Por esto, a lo largo de 500 años, los territorios fueron la base de la resistencia y la reconstrucción de los vínculos comunitarios y del sentido de la existencia en un contexto hostil, de guerra de baja intensidad prácticamente.

En un territorio, se articulan relaciones sociales y se gestiona el poder. La territorialidad es básicamente un fenómeno social pero también económico (se vincula con el modelo de acumulación), jurídico, ideológico, y político⁶¹. En el capitalismo posindustrial existe una tendencia a maximizar las superficies privadas. La nueva vida social se caracteriza por una reducción al mínimo de los contactos sociales. El nuevo espacio fragmenta, parcializa, aísla, clasifica. Se fueron perdiendo así los espacios que operaban como condensadores sociales, los espacios que garantizaban una dialéctica entre el ámbito y la actividad. Se fue deteriorando el sentido de pertenencia colectiva de los espacios para las actividades (praxis) sociales.

⁶¹ Según Michel Foucault, «territorio, es sin duda una noción geográfica, pero es en primer lugar una noción jurídico - política: lo que es controlado por un cierto tipo de poder», en: Foucault, Michel, *op. cit.*, p. 116.

- 2 -

La territorialidad «neoliberal», articula territorios con la economía global y desarticula otros, se puede vincular tanto a las geografías de centralismo como a las de la marginalidad. Aunque suene a paradoja, es resultado de la desterritorialización del capital que afectó la densidad organizativa de los distintos barrios ex - industriales del Gran Buenos Aires convertidos en zonas excluidas de los circuitos de la economía global. Una fábrica abandonada, paisaje habitual en la periferia de la periferia, es una marca, una «grafía», de los cambios en las relaciones de fuerza a nivel nacional e internacional que afectaron a los trabajadores. Esta territorialidad capitalista neoliberal en la zonas periféricas configura espacios del obedecer, alude a distintas formas de dominación y subordinación, al control social, a las peores versiones de la presencia estatal: la represión, el clientelismo y el patronazgo, en definitiva, remite al poder pero también a las variadas formas de resistencia material y simbólica y a las modalidades de reconstrucción del tejido social, además confirma a la ciudad como territorio abierto de las disputas. El territorio social siempre define el conflicto: antes la fábrica (donde los trabajadores sustentaban su unidad de clase y sus valores), ahora el barrio (reconstruido por el movimiento como condensador social). Además el territorio se conecta con la hegemonía. Antes, en un contexto en el cual la vida misma de los trabajadores giraba en torno a la producción, la fábrica era el locus privilegiado de la lucha de clases y además era el ámbito de la hegemonía. Esta era una de las dimensiones más importantes del fordismo.

Con la dislocación de este locus y la consolidación de la automatización flexible y programada que garantizaba una mayor fluidez del capital y consideraba al espacio como un todo a controlar, la fábrica dejó de ser un determinante y el barrio dejó de ser un lugar subordinado al orden que le imponía la primera como ámbito privilegiado de la intervención de la clase hace algunos años. La desconexión entre la fábrica y el barrio hace que este ya no cuente como «soporte». El barrio es algo

cualitativamente diferente a lo que era. Ha adquirido centralidad. Expresa de modo distinto (a la fábrica) los antagonismos de clase. El barrio, (o el territorio) a diferencia de la fábrica se convierte en espacio público.

El territorio es dinámico, dialéctico. La disputa por un territorio es entonces la disputa en torno a determinadas formas de relaciones sociales y entre cosmovisiones y racionalidades opuestas. Esta disputa puede expresarse en el enfrentamiento entre las normas de comportamiento espontáneamente producidas por las comunidades sumergidas en el mundo de la precariedad y el desarraigo y las normas producidas por el Estado. Ahora bien, este comportamiento puede remitir tanto a la violencia horizontal como a las estrategias de subsistencia que favorecen la solidaridad y la organización popular. Cuando lo segundo ocurre, y nos parece que es el caso de un sector del movimiento piquetero, la disputa se plantea entre: el trabajo concreto y resocializador y el trabajo alienado y desocializador, entre la horizontalidad y el verticalismo, entre la autonomía y la heteronomía, entre la jerarquía y la igualdad, entre un «contrato» basado en la fraternidad y otro basado en la sumisión.

La lucha por el territorio refleja este conflicto de fondo. Ahora, la defensa del territorio es un conducta adquirida y tiene que ver con la estructura grupal. El territorio delimitado por el movimiento, y su conversión en un microcosmos reproductivo social es resultado de una lucha. La lucha marca el territorio y permite el contra - control del mismo. Los territorios no son fijos, justamente porque son expresión de fuerzas sociales en pugna. Por lo tanto están expuestos a reformulaciones constantes, a nuevos trazados y delimitaciones⁶².

⁶² Vale destacar la importancia de los asentamientos y las experiencias desarrolladas en torno a ellos en la década del '80 y de los movimientos de vecinos autoconvocados (principalmente en torno a la cuestión de los servicios) en los 90', como antecedentes de las nuevas formas de inscripción territorial de los secto-

La corriente autónoma del movimiento de trabajadores desocupados expresa una territorialidad distinta en el marco de la territorialidad capitalista dominante, territorialidad que expresa una contra - racionalidad que se erige frente a la racionalidad hegemónica. Aquí vale citar en extenso a Milton Santos quien sostenía que: «frente a la racionalidad dominante, deseosa de conquistarlo todo, se puede, desde el punto de vista de los actores no beneficiados, hablar de irracionalidad, es decir, de producción deliberada de situaciones no razonables. Objetivamente se puede decir también que, a partir de esa racionalidad hegemónica, se instalan paralelamente contra - racionalidades (...) Esas contra - racionalidades se localizan, desde un punto de vista social, entre los pobres, los migrantes, los excluidos, las minorías; desde un punto de vista económico, entre las actividades marginales, tradicional o recientemente marginalizadas; y desde el punto de vista geográfico, en las áreas menos modernas y más 'opacas', convertidas en irracionales para los usos hegemónicos. Todas esas situaciones se definen por su incapacidad de subordinación completa a las racionalidades dominantes, ya que no disponen de los medios para tener acceso a la modernidad material contemporánea. Esa experiencia de la escasez es la base de una adaptación creadora a la realidad existente...»⁶³.

La nueva territorialidad remite a espacios de vida colectiva permanente y a una experiencia vivida donde se forja la conciencia

res populares y de las nuevas funciones del barrio como eje de las luchas reivindicativas. Ver: Merklen, Denis: «Inscription territoriale et action collective. Les occupations illégales de terres urbaines depuis les années 1980 en Argentina», Tesis de doctorado, París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, citado por Svampa, Maristella y Pereyra Sebastián, *op. cit.* p. 37. y también Zibechi, Raúl, *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Montevideo - Buenos Aires, Nordán - Comunidad - Letra libre, 2003.

⁶³ Santos, Milton, *op. cit.*, p. 262.

social, donde surge la disposición de actuar como una clase⁶⁴. El territorio (como espacio social hecho propio) provee la base para la identidad colectiva fundada por los sujetos sociales que se personifican en cuerpos concretos. Se plantea una disputa por los cuerpos entre los punteros y el movimiento. Una lucha cuerpo a cuerpo y cuerpo por cuerpo. El piquete puede verse en este contexto como un emergente de la crisis de la territorialidad caracterizada por las relaciones de poder instauradas por el modelo neoliberal. El piquete como herramienta, al ocupar espacios públicos masivamente, al poner en primer plano el protagonismo del militante, altera a la sociedad del espectáculo y de la diferenciación social, materializa la disputa hegemónica y recupera la centralidad del cuerpo en la lucha política, algo común en la etapa histórica previa a la Dictadura Militar.

Los punteros han expresado con claridad su voluntad por disputarle las calles, los barrios, a los piqueteros, a «los zurdos», como han planteado distintos referentes del aparato del PJ. Los primeros insisten en mantenerlos desestructurados, los segundos quieren «recuperarlos», restituirles el ser y la dignidad, conciben al territorio como un espacio de aprendizaje. ¿Quiénes inician en los barrios (por naturaleza «territorios enemigos») el proceso de ruptura con la territorialidad anterior y la creación de una alternativa? Los militantes o los «cuadros» con algún tipo de experiencia sindical o política previa.

La configuración territorial de los movimientos, la intención de inscribir geográficamente relaciones sociales alternativas, el carácter «prefigurativo» de la corriente autónoma del movimiento, hacen plausible —a pesar de las diferencias— la asociación con experiencias como las protagonizadas por el zapatismo, los indígenas bolivianos y ecuatorianos y los Sin Tierra del Brasil. En plano local cabe la filiación con experiencias como la que

⁶⁴ Lo territorial se entrelaza con lo cotidiano. Esta convivencia coloca en un lugar relevante una dimensión de la política hasta ahora olvidada, cuando no despreciada, por la izquierda.

viene desarrollando el MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero).

El territorio, lo «local» (en la actual situación más que lo provincial y lo nacional) se ha erigido en el espacio de cuestionamiento concreto y directo al modelo de dominación política y social. Lo que contribuye a corroborar la falsedad del dualismo sociedad civil - Estado. El territorio es el espacio en el que se define la unidad política de los trabajadores, es punto de articulación con otros sectores. Si uno de los pasos necesarios para construir una nueva sociedad pasa por aglutinar a la pluralidad de segmentos que componen la clase trabajadora, el territorio juega un papel central como elemento aglutinador.

Esta configuración territorial de los movimientos tiene conexiones con el protagonismo asumido por las mujeres. El rol significativo de la mujer ha sido destacado como uno de los rasgos más originales del movimiento piquetero. Samuel Benchimol nos brinda una pista para entender esta circunstancia: «la mujer siente más que nadie el cambio operado bruscamente en su vida. Por ser el elemento femenino más apegado a los *suyos* (itálicas del original), por hacer de sus parientes, amigos, vecinos, de su tierra y de su casa su propio mundo, ella sentirá profundamente el dolor de que arranquen todo eso...»⁶⁵.

La mujer juega un papel clave en la articulación del microcosmos reproductivo social con lo político. En buena medida como consecuencia de un mandato cultural, el peso de las mujeres es determinante en las actividades cotidianas autoreproductivas a las que le imprimen una impronta de género. Contribuyen de este modo a la construcción de una territorialidad alternativa. La mujer es la que garantiza los objetivos relacionados con la supervivencia social y política, y no solo material, por lo tanto

⁶⁵ Benchimol, Samuel, citado por: Porto Gonçalves, Carlos Walter, *Geo - grafías. Movimientos Sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI Editores, 2001, p. 113.

es la que impulsa las instancias de formación y las prácticas asamblearias. El componente subjetivo que incorporan se refleja fundamentalmente en la consolidación de los mecanismos de la democracia de base y en la prioridad otorgada a la práctica por sobre los discursos. Pero nada de esto ha sido sencillo y se las sigue marginando de los espacios de participación y decisión, de los espacios más públicos y de las instancias más políticas. Las mujeres han dado y siguen dando una sorda pelea en pos de la erradicación de las concepciones machistas - patriarcales al interior de los movimientos. En un documento reciente dicen: *Ponemos el cuerpo y nos cuesta como mujeres poner la palabra en los espacios públicos y en los medios de comunicación / falta nuestra voz en los espacios de coordinación...*⁶⁶. En el monumento de la Plaza de los dos Congresos, podemos leer un pintada que dice: «cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede». Por lo menos en el plano político, social y cultural, la frase encierra una gran verdad. No tenemos ninguna intención de desmentir su veracidad en los otros planos, aún a riesgo de ser tildados de homofóbicos....

- 3 -

El piquete cuestiona el fundamento capitalista del movimiento intermitente, precisamente en un contexto histórico de incremento inédito de las velocidades y de los flujos de la circulación. El piquete objeta las regularidades que el capital impone sin considerar las necesidades humanas y las leyes de la naturaleza. El piquete contraría los fundamentos de la competitividad que impulsa la privatización del espacio. Nos instala la cuestión de las definiciones y los usos del tiempo social. ¿Algún automobilista se habrá planteado alguna vez que lo que determina su «pérdida de tiempo» es un tipo de régimen del tiempo social impuesto por el capital a través la tecnología y los objetos, régimen que gobierna su existencia y mata su voluntad? ¿se

⁶⁶ Encuentro de Mujeres de la Verón (volante de noviembre de 2003).

habrá percibido como víctima de una funcionalización despótica fruto de las relaciones entre objetos modernos?⁶⁷.

En efecto, la globalización neoliberal hace que la fluidez del capital desborde la fábrica y penetre y abarque con mayor intensidad que en épocas anteriores. En realidad el espacio para el capital aparece como un obstáculo y su herramienta para colmarlo es el tiempo. El capital se valoriza en el tiempo. Según Xavier Arakaki: «un piquete es la interrupción de un flujo a través de cuerpos quietos que ocupan espacios de circulación, generando serios problemas cronométricos en la dinámica vehicular. Por eso decimos (...) que un piquete es una crono - tecnología de resistencia...»⁶⁸. El piquete es entonces una de las formas de detener el tiempo de rotación de la materia (mercancías), un palo en la rueda del capital. En sociedades de «doble velocidad» el piquete es el arma que la sociedad condenada a la fijación utiliza contra la sociedad de los flujos.

Pero el piquete, además de una forma de acción colectiva y una metodología de acción directa vinculada a las realidades impuestas por un modelo ¹acumulación que favoreció la desterritorialización del capital, implica para algunas organizaciones la exposición pública de una territorialidad alternativa construida en los barrios (lo que está detrás del piquete). En este sentido el piquete, además de remitir a la ocupación simbólica (transitoria) de un territorio específico, además de reforzar la integración y el sentido de dignidad de los que en él participan,

⁶⁷ En relación a este tema dice Milton Santos: «A partir de esos objetos actuales se realiza la 'velocidad del mundo' y el reloj del Mundo se da como *sincronización despótica* (itálicas del original). Ese tiempo despótico es un dato menos técnico que social, y solamente es posible a través de la investigación de competitividad, que es la máquina de guerra de una plusvalía universal de imposible medida pero no por eso menos eficaz...», en: Santos, Milton, *op. cit.*, pp. 284 y 285.

⁶⁸ Arakaki, Xavier, *Piquetes. Una cronotecnología de resistencia en la ciudad posdisciplinaria*, Buenos Aires, mimeo, 2003, p. 32.

es la representación (escenificación) de la apropiación y el control real de otro territorio (el del barrio) para una relación social radicalmente nueva. Es también la exhibición pública de una potencialidad: la de extender ese control y esos vínculos a otros territorios. El piquete en algunos casos no es pura negatividad. Es propuesta positiva y universalizable. Es una instancia donde tiene lugar la democracia directa y participativa. Ni mera táctica, ni la manifestación desesperada que se aguarda de la ciudad prohibida y oculta. Creemos que es esto lo que preocupa a las autoridades que reflejan los temores de las clases dominantes. Les preocupa mucho más que los derechos a la libre circulación y las alteraciones en el circuito de distribución de mercancías.

Ocupar el territorio es un imperativo estratégico, ocuparlo con cuerpos vinculados solidariamente. Esta dimensión del territorio desdibuja el supuesto objetivo (que se le adjudica a los movimientos de desocupados) en pos de la re-inclusión en el mercado laboral capitalista, o sea, la crítica al desempleo (que suele favorecer prácticas clientelares y asistenciales) no es el eje, por lo menos para la corriente autónoma del movimiento, sino la crítica al trabajo capitalista y a la sociedad que lo sostiene. Esta dimensión del territorio es un elemento determinante para sostener el carácter «no residual» (respecto de la clase obrera) de los desocupados y de su subjetividad.

De todos modos cabe una reflexión: construir nueva sociedad en los marcos de la vieja, anticipar el socialismo o el «cambio social» en las formas y en las relaciones cotidianas concretas son los pilares del camino más efectivo hacia la emancipación y hacia la utopía. Las utopías siempre fueron, curiosamente, metáforas espaciales. Todas las utopías han tenido una representación espacial, podemos ver en ellas una dialéctica espacial -relacional. No siempre el sueño utópico remitía a la «ciudad ideal» del Renacimiento⁶⁹, por el contrario, muchas veces pro-

⁶⁹ Nótese la recia ligazón que existe entre "Renacimiento" y utopía. En nuestro caso, la utopía es hija de la recomposición -

piciaba la intervención en el acto, sin esperar un cambio integral de la sociedad, aunque siempre procurándolo, planteándolo como horizonte necesario (la revolución en la utopía). El cambio de una porción de un sistema determinado no lo confirma necesariamente. Así la utopía piquetera restituye un lugar en el margen, recupera una utilidad, una función, en síntesis: una posibilidad.

La corriente autónoma del movimiento piquetero nos propone un nuevo espacio político que excede al mundo «real» y a las históricas clases sociales, pero este espacio está en concordancia con una prefiguración en pequeña escala de la transformación revolucionaria del mundo «real». O sea: un espacio propiamente utópico, un hegeliano mundo invertido.

La sociedad nueva, la sociedad futura, debe estar presente hoy en la conciencia y en las prácticas de los sectores populares. Esto, para nosotros, hoy, tiene carácter de certeza. Pero... ¿Cuánto tiempo pueden durar las disrupciones como éstas (...) en los marcos de una sociedad nacional capitalista? ¿Cuáles son los límites del crecimiento acumulativo y de avance en base a hechos de territorialización organizada?⁷⁰. Consideramos que una nueva sociabilidad no sólo no es contradictoria con la construcción de una herramienta política (o varias) sino que esta última resultará, en algún momento, necesaria.

Para terminar y parafraseando a Foucault: en un sector importante del movimiento piquetero se ejerce una libertad que no proviene de la naturaleza de las estructuras. Esa libertad contradice de plano esas estructuras.

renacimiento— del campo popular y del fracaso de los dioses del neoliberalismo.

⁷⁰ Ver: Mazzeo, Miguel: «El 'eje estatal', el poder y el 'sujeto posleninista'. Algunas reflexiones», en *Revista Periferias*, Año 7, Nro. 10, segundo semestre de 2002, p. 89.

Capítulo 4:

Tradiciones

*«...sentimos la íntima proximidad de lo que estaba
perdido en las brumas del tiempo o disperso en un
catálogo de anécdotas inconexas y falseadas. Se vuelven
vivas y reales las hazañas de Tupac Amarú,
las esperanzas de tantos lanzamientos
de indios, negros, mulatos y zaparrastrosos que
oligarquías crueles y rapaces ahogaron en sangre...»*

John William Cooke

- 1 -

Nos proponemos identificar algunos elementos de continuidad con algunas de las antiguas tradiciones del campo popular resignificadas por el movimiento piquetero. Resignificación que, en el caso de la Argentina, implica asumir un gran esfuerzo ante la realidad planteada por la discontinuidad de esas tradiciones. Los distintos momentos de disciplinamiento social, el terrorismo de Estado principalmente, pero también el deterioro y la ausencia de la relación social cotidiana y regular que suministraba la fábrica y el sindicato, (este último prácticamente el ámbito de «encuadramiento natural» de los trabajadores argentinos) han abierto enormes brechas. Resignificar suele ser para nosotros dar cuenta de una derrota, de un retroceso, pero también es el signo del recomienzo. Es, por lo tanto, reconquistar una posición alguna vez adquirida como plataforma para arrojarnos a un sueño. Resignificar y recomenzar, porque las tradiciones —como la cicatriz de Ulises— más que para conocer sirven para reconocer. Hablamos de tradición en el sentido de Max Scheler, entendida como una realidad que vive y actúa en el presente ya que no se ha cobrado conciencia de ella como pasado.

Existe un trasfondo histórico que influye sobre estas experiencias, en términos de Walter Benjamín: un conjunto de imágenes del pasado reconocidas por el presente como preocupaciones propias. En los movimientos de masas la historia deja de ser un saber restringido y se convierte en praxis, no es el mecánico recurso a biografías o efemérides a modo de conjuro. O sea: no hay una determinación histórica de la experiencia, no hay anticipo, ni contribución, ni acumulación y los casos de transmisión directa son escasos, aunque pueden llegar a ser muy valiosos. La selección y el recorte están dictadas por los problemas del presente. No hay melancolía, ni nostalgia, hay apropiación lisa y llana. Para las víctimas el sentido de la historia está en el presente y en futuro. El pasado se hace presente en instantes plenos de destinos. Una «aparición» diría Walter Benjamín. El interés político - cognoscitivo lo pone este intrincado presente de recomposición del campo popular, de lucha y organi-

zación de base, como hace algunos años lo puso para nosotros un tiempo históricamente desdichado. Lo que renace no es el pasado sino el sueño liberador de los oprimidos. Los trabajadores tienen historia porque tienen memoria, ideales y proyecto civilizatorio, tres cosas de las que la burguesía carece.

La rebeldía piquetera tiene antecedentes. Podemos destacar un lazo directo con todas las experiencias de resistencia en la historia humana basadas en la reivindicación de un derecho superior al existente que buscaba crear una nueva costumbre. En el caso concreto de los piqueteros, el derecho a la vida, a la dignidad, antes que el derecho a la libre circulación; derecho que, por otro lado, los desocupados y los condenados a la fijación tienen bastante restringido. Siguiendo a Benjamín podemos decir que la «violencia» del piquete, como otrora la violencia de la huelga, «implanta o modifica las condiciones del derecho por más que le pese al sentido de la justicia» y que «El Estado teme esta violencia, decididamente por ser fundadora de derecho, por tener que reconocerla como tal»⁷¹.

En el caso de la FTV (por convicción) y la CCC (por cuestiones tácticas u oportunismo, según el punto de vista) pero con mucha claridad en el discurso de el principal referente la primera y miembro de la Mesa Nacional de la CTA, Luis D'Elía, el derecho superior siempre aparece subordinado al derecho existente, concretamente, al artículo 194 del Código Penal Argentino o a los artículos 14 y 22 de la Constitución Nacional y al artículo 11 de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires. El derecho de «los hombres» (derecho de los hombres separados de los hombres, derecho al egoísmo), se diferencia y se separa del derecho de «los ciudadanos». Este emplazamiento encamina hacia un tipo de lucha que se organiza partiendo de una posición de debilidad y que, más allá de sus éxitos parciales, jamás permite correr los límites de lo establecido. La humanidad, los tra-

⁷¹ Benjamín, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 28 y 29.

bajadores, no hubieran avanzando ni un ápice, si todas las luchas hubieran sido así.

Dejar una vía alternativa en un corte puede verse como el vano intento de conciliar ambos derechos y como una evidente resignificación del vandomismo⁷². D'Elía insiste por otra parte en que no debemos ser funcionales al sistema asumiendo perfiles radicalizados. El lugar que pretende ocupar como mediador tiene como principal objetivo hacer que los sectores populares en lucha acepten el deseo de las clases medias, quiere conjurar a las masas, regular su capacidad de acción con el objetivo de favorecer una causa ajena a los intereses populares, la causa de un proyecto populista o, lo que es peor aún, la causa propia. La estrategia (o la coartada) de D'Elía consiste en trasladar el conflicto a las superestructuras, a las que pretende reforzar como campo de las luchas sociales que de este modo terminarían institucionalizándose o canalizándose.

Pero el dirigente matancero no toma en cuenta que, por no ser funcionales, podemos dejar de ser nosotros mismos y terminar siendo como el sistema quiere que seamos. No toma en cuenta que indirectamente podemos admitir que el sistema determine lo que es y no es protesta social, situación que se puso de manifiesto en octubre de 2003 cuando el gobierno nacional consideró como una «privación ilegítima de la libertad», la metodología adoptada por un grupo de piqueteros (FUTRADEyO, Frente Independiente de Trabajadores Desocupados y Ocupados, Movimiento de Unidad Popular 20 de diciembre y Tendencia Cla-

⁷² Corriente del movimiento obrero argentino. Expresión de la burocracia sindical vinculada al capital monopólico transnacional y estilo de conducción sindical basado en la conciliación, el autoritarismo y las prácticas corruptas. Tuvo su momento de auge en los años 60 y 70, pero se prolongó en el tiempo. Toma el nombre del jefe del gremio metalúrgico en los años '60, Augusto Timoteo Vandor (1923-1969). Esta «resignificación» no involucra al conjunto de las organizaciones que integran la CTA.

sista Primero de Mayo) que bloqueó uno de los accesos al Ministerio de Trabajo. Podemos estar de acuerdo o no con la metodología, el tipo de reclamo o el perfil ideológico de los grupos, pero no podemos obviar que lo que está en juego es nada más y nada menos que el sentido. Determinar que acción desacredita o no al movimiento piquetero puede permitirle al gobierno criminalizar la protesta social mientras dice que no lo hace. Puede permitirle, fundamentalmente dividir y neutralizar al movimiento.

El gobierno, dada las relaciones de fuerza y el objetivo de garantizar la gobernanbilidad no puede negar al movimiento piquetero sin pagar altísimos costos. La estrategia parece consistir en la conformación de los movimientos como interlocutores en torno a cuestiones estrictamente reivindicativas. El gobierno negociará por planes, bolsones de comida, etc., pero de seguro reaccionará frente a los reclamos «políticos» de los movimientos. La política es un campo que el gobierno se reserva. Se reconoce el derecho popular a pedir trabajo y comida pero no a definirse y a movilizarse en torno a cuestiones tales como el ALCA (Acuerdo de Libre Comercio para las Américas) o la deuda externa, como si estas cuestiones no tuvieran relación directa con el trabajo y la comida.

En D'Elía impera una concepción religiosa (más que específicamente cristiana) de adaptación al orden establecido, de sumisión y de intolerancia frente a la transgresión, una concepción estatutaria —más que igualitaria— de la ciudadanía y del ejercicio de los derechos. Su discurso, nutrido de las formas de ser de la sociedad, de un concepto negativo y reaccionario de la libertad («mis derechos terminan donde comienzan los de los demás»), contribuye a concebir la protesta social como una expresión del delito, a la despolitización y judicialización de la lucha popular, es por esto solidario con la estrategia de los sectores dominantes. D'Elía recurre también a la figura del «activista» en los mismos términos del sistema, para descalificar a las experiencias populares a través de la negación de la libre determi-

nación y orienta su accionar al reconocimiento —como figura «responsable»— por parte del sistema. Con esto reedita la «teoría de los dos demonios».

Por último D'Elía posee una paciencia supersticiosa, se rinde ante el prestigio del peligro, ante los cánones políticos y morales impuestos por los sectores dominantes, busca institucionalizar el desequilibrio, por eso es un hombre de orden. Un «bueno», carne de oposición «seria» y «responsable» (como toda oposición que no se asume como anticapitalista), cuando no interlocutor preferencial o aliado del gobierno, «el que entiende» (por ejemplo las condiciones presupuestarias del Estado) según la vara con la que el sistema juzga. Los otros, los «duros», los «malos», los que «no entienden», le han arrebatado al peligro una cuota de prestigio. Cabe destacar, finalmente, que el gesto de D'Elía está en abierta contradicción con lo que la CTA viene planteando en algunos documentos, en particular con la idea de un movimiento político social con «*autonomía estratégica*»⁷³ (itálicas nuestras).

A la experiencia piquetera, parcialmente, también le cabe el enlace con el cooperativismo y su noción de la autonomía como gestión y control de las organizaciones por parte de sus miembros. La idea de autonomía, ya estaba presente en el «movimiento de los Iguales», liderado por Graco Babeuf en 1797. La idea de autogestión local puede rastrearse en la experiencia desarrollada por los trabajadores parisinos durante la Comuna en 1871. En los desocupados se manifiesta la necesidad de reconstruir los valores y los aprendizajes históricos de los trabajadores.

- 2 -

Podemos establecer una relación con los anarquistas, cuando los militantes piqueteros —en particular los de la corriente autó-

⁷³ Ver por ejemplo: CTA, *Apuntes sobre nuestra estrategia*, documentos para el debate número 1, Buenos Aires, 2002, p. 9.

noma y algunas de las organizaciones independientes— le dan prioridad al desarrollo del movimiento hacia adentro y conciben este desarrollo como clave de su fuerza social. Esta situación es muy similar, salvando las distancias claro está, a la de las primeras etapas del movimiento obrero, hacia la segunda mitad del siglo XIX, cuando se desarrolló lo que se denomina una «sociedad» de los oprimidos, prácticamente al margen de la sociedad de los opresores. Tiempos también de escaso desarrollo de los mecanismos de integración social por parte de la burguesía donde el ellos y el nosotros estaban claramente delimitados. Hoy como ayer, esa sociedad de los oprimidos, edifica sus propios ambientes identitarios: antes, las sociedades de resistencia y los sindicatos anarquistas (e anche socialistas) fundaban centros culturales, teatros y bibliotecas obreras; hoy muchos movimientos desarrollan las actividades de formación, y también crean sus bibliotecas y espacios socialización, además del desarrollo de los proyectos productivos que tienen que ver con la situación específica de los desocupados. Otra correspondencia con las corrientes libertarias se pone de manifiesto en las tendencias antiautoritarias y antijerárquicas de un sector del movimiento piquetero.

El «sindicalismo revolucionario» de fines del siglo XIX y principios del XX, lejos de toda lógica instrumental y cerca del «expresionismo», auspiciaba huelgas que no tenían como objetivos los beneficios mensurables, sino el reforzamiento de la solidaridad del colectivo proletario o el «incremento» de la conciencia. Hoy, algunas organizaciones del movimiento piquetero, miden el «éxito» de una acción a partir de los «saldos» que deja en la conciencia, e incluso en la autoestima de las bases. El movimiento piquetero en general, al igual que los viejos sindicalistas revolucionarios, ha recurrido a las huelgas de «reconocimiento» (buscan ser reconocidos por el Estado como actores y/o interlocutores).

Cabe tener en cuenta que la reivindicación por la autonomía fue planteada a su vez por un importante sector del movimiento

obrero argentino (básicamente el denominado «clasismo») en los años 60 y 70, al igual que la noción de lucha prefigurativa y el reconocimiento del potencial político de las mismas cuando exigían el control social del proceso de producción. Los que hoy asumen la consigna del «poder popular» no se alejan demasiado del horizonte de aquellos trabajadores que en los '70 hablaban de «poder obrero», concebido como la combinación del poder político, sindical y de gestión alternativo al capital en la fábrica y fuera de ella, no se apartan tampoco de los que hablaban de «acción autónoma de la clase» y señalaban los límites del sindicato y el partido como herramientas emancipadoras. En relación al clasismo también es importante destacar al impulso orientado al desarrollo de agrupaciones de base antiburocráticas (algunas figuraban como Listas, tal el caso de la lista Marrón de la UOM –Unión Obrera Metalúrgica– de Villa Constitución), con peso en el movimiento obrero, no orientadas por partidos ni por la conducciones sindicales.

También podemos señalar una recuperación y una resignificación de figuras emblemáticas, particularmente la de Ernesto Che Guevara, que es moneda corriente en los movimientos, la de la Agustín Tosco, etc., y de algunos planteos de las organizaciones revolucionarias de los '70 en general, por ejemplo: los del PRT-ERP, a partir de la reformulación de una de sus tesis, la que planteaba la importancia estratégica del «poder local», al que se consideraba como la consecuencia de la politización de una lucha inicialmente reivindicativa⁷⁴. Mario Roberto Santucho decía a comienzos de los '70 que: «A partir de la lucha reivindicativa está hoy planteada en la Argentina, en algunas provincias, en algunas ciudades, en algunas zonas fabriles y villeras, la formación de órganos embrionarios de poder popular.»⁷⁵.

⁷⁴ Ver: Mazzeo, Miguel, «Pensar la herramienta política (estratégica) del campo popular», en: Revista *Periferias*, año 5, número 8, Buenos Aires, Segundo Semestre de 2000, p. 30.

⁷⁵ Santucho, Mario R., *Poder burgués y poder revolucionario*, Buenos Aires, Editorial 19 de julio, 1995, p. 38.

También cabe marcar una continuidad de un sector del movimiento con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB), y con todas las organizaciones de la corriente «alternativista» en el seno de la izquierda peronista de los años '70, que veían la necesidad de una organización de clase e independiente (de la burocracia, de la conducción del General Juan Domingo Perón) y planteaban la hegemonía de los trabajadores a través de sus organizaciones autónomas, concibiendo a la instancia política (partido, movimiento) como una herramienta cuya función principal consistía en favorecer la autonomía de esas organizaciones de base.

Manuel Suárez, militante en las décadas del 60 - 70 y también en la actualidad, refiere una experiencia poco conocida, desarrollada en Rosario entre 1971 y 1976 aproximadamente, donde militantes cristianos, de las Ligas Agrarias y otros que provenían del Peronismo de Base (en Rosario inicialmente vinculado a las FAR -Fuerzas Armadas Revolucionarias-) y del Comando Che Guevara (tal era su caso), planteaban el «socialismo de base» y la necesidad del desarrollo de agrupaciones de base no partidarias. Suárez nos cuenta que: «Nosotros pensábamos que la organización política no se debía 'meter' en las organizaciones de masas, sino que debía ser el producto del desarrollo de estas últimas (...) La cuestión era que si nacía a partir de ese desarrollo, había una relación directa, natural. No era el partido orientando, ni era tampoco un planteo basista. Era una organización que nacía del desarrollo natural (...) La crisis que verificábamos era la crisis de un modelo de acumulación partidaria (...) Simplificando, nosotros decíamos que 'el partido' iba a surgir de una especie de congreso de una federación de organizaciones de base (...) Entre el 74 y el 76 ayudamos a desarrollar una buena cantidad de organizaciones de base, ayudamos a juntarlas y organizarlas. Jamás le pusimos nombre (...) Nosotros sosteníamos la necesidad de fundirnos en algo nuevo, aceptando que había distintas corrientes, distintas lecturas. De hecho la relación más estrecha era con grupos que provenían del peronismo, que no era mi caso, y con grupos cristianos, que

tampoco era mi caso (...) El planteo era sencillo: si, además de agrupaciones clasistas en el movimiento obrero, desarrollábamos organizaciones populares, de masas, de la confluencia iban a surgir las nuevas formas políticas; lo social recreando lo político. En términos gramscianos, nuestro trabajo estaba orientado a la hegemonía; creo que, hoy, esos conceptos mantienen vigencia...»⁷⁶.

En amplios sectores del movimiento piquetero sigue pesando – desigualmente claro– la visión del socialismo y del hombre del Che, la idea de un camino específicamente latinoamericano hacia una nueva sociedad y el ejemplo de la revolución cubana, a pesar de todas las críticas justificadas. Pesan también los hitos del cristianismo de liberación.

Finalmente. Mucho se ha hablado de las sencillas cocinas proletarias, peronistas en gran porcentaje, como ámbito de la organización –tan cotidiana como clandestina– de una resistencia desigual contra el poder oligárquico en los años '50 y '60. Creemos que algo similar a aquella atmósfera puede percibirse en los galpones de algunas organizaciones piqueteras.

- 3 -

En mayor o en menor medida cada una de las organizaciones de los trabajadores desocupados están recuperando todo un bagaje de sabiduría de las luchas populares, un claro ejemplo de cómo se vive el pasado más allá de las realidades visualizadas a través de los textos y los iconos. Claro que también la continuidad se expresa en la reedición de consignismos estrechos, de lenguajes empobrecidos, en fin, de fatídicos errores: el autonomismo extremo que puede llegar a confundirse con el individualismo, el mesianismo asambleario, que tienen una prosapia anarquista⁷⁷; la reproducción de algunas de las patologías en-

⁷⁶ Entrevista a Manuel Suárez, 20 de noviembre de 2003.

⁷⁷ En relación a la democracia de base de los anarquistas comenta-

démicas de los partidos de izquierda, en particular el dogmatismo y el sectarismo que entre otras cosas sirve para que la hostilidad siempre se dirija hacia los grupos más próximos.

La corriente autónoma del movimiento, en contra de ciertas visiones idealizadas, no está exenta de estas patologías. Sectores de la corriente autónoma, al igual que los viejos anarquistas y sindicalistas revolucionarios, consideran al poder político como superestructura irrelevante y consideran que este anida exclusivamente en las relaciones de trabajo. Creen que la organización de base es el instrumento «natural» y autosuficiente para realizar la nueva sociedad. Por otra parte la historia del MTD Aníbal Verón está transida de peleas facciosas. Lo que demuestra que eludir el horizonte del partido leninista como estructura inexorable no es garantía de construcciones democráticas y procesos unitarios. Los procesos de formación de conciencia se pueden ver perjudicados por distintas circunstancias, no solo por la autoridad central. La división de «la Verón» (un MTD Aníbal Verón «fundador», un MTD Aníbal Verón «revolucionario», un MTD Aníbal Verón «vivir para luchar, luchar para vencer», un MTD Aníbal Verón «lucha y movilización») reproduce, incluso exagera, las tendencias a la mitosis de la izquierda tradicional y partidaria.

El folklore setentista hueco al que muchas organizaciones recurren a modo de conjuro favorece ciertas poses marciales en algunos casos, asimismo alienta la cuantificación de la militancia y la adopción del estereotipo del militante *full time* y sacrificial, superdotado y narcisista, que vive para la organización y que no llega a convertirse jamás en modelo para sus compañeros, simples mortales reacios al jesuitismo y a los uniformes interio-

ba Osvaldo Bayer que: «con todas las ventajas que acarreaba (...) este sistema comenzó a flaquear en cuanto se complicó la sociedad, se acentuó el intervencionismo estatal y aumentó la 'represión' que necesitaba rápidas respuestas y no los largos debates». En: Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Legasa, 1986, p. 142.

res. Un militante que ignora que la toma de conciencia no es un proceso homogéneo y se torna impaciente e intolerante. Un militante de micro climas que pierde gradualmente la visión totalizadora, que se aleja de los que no es específicamente «político», en fin, que asume la militancia como «vita total», algo que el mismo Marx criticara. La tradición, en algunos casos, se implanta como ideología, la teoría se convierte en identidad.

En otros casos se recurre al pasado para fomentar la polémica retrospectiva y, en ocasiones, como soporte justificativo del sectarismo. En el marco de una de las rupturas del MTD Aníbal Verón, las organizaciones que se retiraron del espacio tildaban a las otras de tener «más o menos la línea de John William Cooke», «línea» a la que se le adjudicaba una carga negativa. Sin entrar a discutir cual sería la perspectiva de una línea cookista hoy, (que en muchos aspectos sería lo mismo que hablar de una línea guevarista) o cuales serían sus posibles resignificaciones, lo que nos importa es destacar las dificultades del campo popular para construir síntesis políticas convincentes, para reconocer que el socialismo no es una praxis única y el peso de las mitologías anacrónicas que empantanar el desenvolvimiento de nuestras facultades. Dificultades que indirectamente se ponen de manifiesto a la hora de construir un imaginario histórico común, que es una instancia cualitativamente superior a la tolerancia de nuestros respectivos fetiches. ¿Acaso Cooke no es parte de una tradición revolucionaria argentina y latinoamericana como el Che, como Silvio Frondizi, como Agustín Tosco, etc...? ¿No merece siquiera un lugar en los márgenes de esa tradición?

Capítulo 5:

Los límites del desempleo estructural como disciplinador social

“Lo esencial no es lo que se ha hecho del hombre, sino lo que él hace con lo que se ha hecho de él. Lo que se ha hecho del hombre son las estructuras, los conjuntos significantes que estudian las ciencias humanas. Lo que él hace es la historia misma, la superación real de esas estructuras en una praxis totalizadora»”

Jean Paul Sarte

- 1 -

Desde la última dictadura militar (1976 - 1983), pero con más intensidad en los años '90, se desarrollaron las políticas que «exorcisaron» al trabajo del cuerpo del capital y deconstruyeron la vieja centralidad del trabajo asalariado mientras que reificaban al capital. La política económica propiciada por la dictadura, basada en la desindustrialización sistemática del país, tenía horizontes políticos (sólo basta leer la entrelínea del «Plan Económico» del ministro José Alfredo Martínez de Hoz), perseguía el objetivo de consolidar un nuevo bloque dominante y desestructurar el «mundo» de los trabajadores, sus organizaciones, su identidad, su cultura para arrebatarles sus recursos políticos y conformar sujetos inactivos.

A diferencia de dictadura iniciada en 1966 (la autodenominada «Revolución Argentina», 1966-1973), en la que la asociación entre desarrollo y seguridad nacional (orden social, lucha contra el «comunismo») era evidente, la última dictadura concibe ese desarrollo (el mantenimiento de la matriz de industrialización sustitutiva) como la fuente misma del «caos social». Esto quiere decir que a partir de 1976 los mecanismos de control social asentados en el consumo de masas y en el Estado benefactor entran en crisis. De este modo el desmantelamiento del modelo de industrialización aparecía como un requerimiento básico para garantizar el orden social por vía de una desocialización que, se aspiraba, fuese irreversible y duradera. Así el capital financiero relanzaba el proceso de acumulación originaria, partiendo de la descolectivización y propiciando el desarraigo de los trabajadores.

A partir de 1976 el país vivió un proceso de cambios regresivos y de fragmentación social, de disolución de las clases sociales y de las tradicionales identidades colectivas. La dictadura creó las condiciones para la consolidación de un modelo de acumulación (en rigor de verdad de «desacumulación» y de «saqueo») basado en la valorización del capital financiero. El abandono de la matriz intervencionista se profundizó en las décadas pos-

teriores, sobre todo en la del '90. El intervencionismo estatal dejó de ser parte del sentido común y la ausencia del Estado favoreció la disolución del tejido social⁷⁸.

Los gobiernos democráticos neoliberales avanzaron en la supresión de las viejas formas de regulación, en la privatización de las empresas públicas, en la erosión de la soberanía del Estado que hipotecó sus funciones económicas y sociales y perdió capacidad de hacer frente a los ciclos económicos. Todo este proceso condujo a la descomposición institucional. La convertibilidad, con la renuncia del Estado a la regulación de la moneda, terminó de concederle la potestad a los grupos locales más concentrados y al capital financiero. Estos gobiernos también debilitaron al pueblo y consolidaron a los grupos dominantes. Nada hicieron para contrarrestar las fuerzas centrífugas y los factores de disgregación.

De esta manera el desempleo estructural, acompañado de la expulsión de los trabajadores hacia periferias sociales y políticas cada vez más apartadas, aparecía para las clases dominantes como la precondition necesaria del disciplinamiento de un actor social que en la etapa histórica anterior se había caracterizado por su notable capacidad de resistencia y que en algunas coyunturas hasta fue capaz de asumir iniciativas sociales y políticas (disputar poder).

El movimiento piquetero muestra los límites del desempleo estructural como disciplinador social. Es un emergente de la destrucción de puestos de trabajo por la privatizaciones de las empresas del Estado y por la «reconversión» de las empresas privadas. Surge de la destrucción y el debilitamiento de las fuerzas

⁷⁸ No se trata de deificar al Estado. Cabe aclarar que el mismo Estado, con sus modos de intervención y de gestión antisociales (impulsados por agentes directos de los sectores dominantes), favoreció el desarrollo de los procesos que condujeron a su debilitamiento.

productivas, de la realidad de hombres y mujeres (jóvenes en su mayoría) que no consiguen vender su fuerza de trabajo en el mercado. Surge de la crisis de la denominada «sociedad salarial» y de una situación de vulnerabilidad de masas que solo se comprende teniendo en cuenta que el concepto de trabajador en la sociedad salarial remitía a un sujeto receptor de salarios pero fundamentalmente a una condición que implicaba el respeto de ciertos derechos. Surge como respuesta al trabajo como hecho cada vez más escaso y totalitario. Los movimientos de desocupados surgen del abismo de la inequidad y expresan la negativa a asumir el rol que el sistema le asigna a la parte más castigada del pueblo: ser ejemplo que aterre y discipline al conjunto de la clase obrera.

Los movimientos instituyen una esperanza y una posibilidad concreta para evitar un destino terrible. ¿Hasta qué punto los movimientos pueden contribuir a desbloquear la iniciativa de los trabajadores ocupados? Creemos que movimiento ha comenzado a plantear que la desocupación puede dejar de ser un dato de la debilidad de clase y alterar su configuración abriendo nuevas perspectivas para la organización sindical y política de los trabajadores. ¿Hasta qué punto el fracaso del sistema en disciplinar el cuerpo del trabajador desocupado no afecta los intentos por aumentar la productividad de los trabajadores ocupados?.

En los proyectos productivos de la corriente autónoma, e incluso de otros sectores del movimiento, se palpa el rechazo al trabajo como puro gasto de fuerza de trabajo desligado de las necesidades de la colectividad (trabajo abstracto y enajenado). Se rechaza el trabajo como principio abstracto regulador de las relaciones sociales. Lo que demuestra la crisis del trabajo como «la mejor policía», en términos de Friedrich Nietzsche. Algunos de los movimientos de la corriente autónoma buscan superar la división social jerárquica del trabajo heredada, buscan que el trabajo mismo sirva para el desarrollo de la conciencia y el goce sensible. Basta con recorrer un taller, un obrador y conversar con los compañeros que allí desarrollan distintas tareas

para confirmar esta afirmación. Ahora bien, el rechazo al trabajo abstracto y enajenado se puede percibir en las iniciativas de otros movimientos que en reiteradas ocasiones han exhibido públicamente el orgullo de contar con «fábricas» sin patrones, insertas en un lógica alejada de lo mercantil. Por ejemplo en el caso de «La Fábrica» creada por el MTD Resistir y Vencer que cuenta con panificadora y afines, producción de indumentaria industrial de cuero, cerveza artesanal, taller textil, etc.. Se trata de un emprendimiento importante para el conjunto del campo popular⁷⁹.

Los movimientos de trabajadores desocupados, no tienen «colchón», parten de tan abajo (de los profundos abismos de la inequidad) que no tienen chance de defender una posición adquirida. Lo que asombra es que se haya planteado desde ese abismo social una respuesta organizada. Evidentemente una sociedad civil fragmentada, un modelo económico excluyente no ofrecen el contexto más propicio para la organización de los sectores socialmente más vulnerables. La exclusión es el no lugar, el no sitio, la no atribución de espacios en función de eventuales utilidades. El excluido no es masa consumidora, no es destinatario, ni siquiera es instrumento (no más que su propia pasividad). Su condición es la de lo superfluo. Lo primero que pierde el excluido es la posibilidad de reconocerse como categoría, y a partir de esa instancia, la de organizarse en función de sus intereses. El excluido no puede autonocerse y no puede conocer la totalidad que lo excluye. La exclusión no genera resistencia, la desalienta objetivamente.

Los márgenes, esos plus del espacio que se delimitaba, han servido históricamente para absorber lo que se desbordaba y para

⁷⁹ Emprendimiento empañado no tanto por la presencia de funcionarios del gobierno en la inauguración del establecimiento, que hasta podría resultar anecdótica, sino por la posición progubernamental de la organización que asume tan interesante iniciativa.

evitar las modificaciones márgenes adentro. Los márgenes eran así la representación de lo previsto y sistematizado. La implementación del proyecto neoliberal hizo que el desborde ya no fuera absorbido por los márgenes. Ya no había márgenes, sólo no lugares.

- 2 -

Las clases dominantes y la mayoría de los intelectuales argentinos suponían que desde la desintegración social, del espacio de los infraprivilegiados, del reino de atopía, no podía surgir ningún tipo de respuesta organizada que recurriera además a consignas potencialmente universalizables. Había un prejuicio arraigado, incluso en los sectores con vocación revolucionaria: al quedar afuera de las relaciones de trabajo el obrero pasaba a ser un «consumidor», un sujeto pasivo. Los desocupados eran una figura no histórica (lumpenproletariado, subproletariado, lazzaroni) la expresión de un estado de desintegración del sistema, un fenómeno carente de capacidad transformadora, creencia que engarzaba a la perfección con la modalidad de la escolástica marxista que deduce los hechos de resistencia de la categoría fuerza de trabajo y de su naturaleza mercantil. A este prejuicio se le sumaba un dato de la realidad incontrastable: la pérdida de capacidad defensiva de la clase obrera asalariada.

El sistema se despreocupó por garantizar un orden conectado a la producción en su conjunto para hacer previsibles los comportamientos. La calle pasó a ser el lugar privilegiado para el orden, puesto que era el lugar ocupado por quienes quedaron afuera del juego de los incentivos y con quienes no funcionaban las amenazas de desocupación porque ya estaban desocupados.

La insurrección de los años '60, protagonizada por los obreros asalariados y los estudiantes de la clase media, demostraba que los cambios no son impulsados por los que nada tienen que perder, sino por los que tienen la fuerza y la confianza para ganar. La rebeldía aparecía vinculada a una cuota de bienestar

y al contexto ofrecido por sociedades democráticas (no nos referimos al régimen político) donde las distancias sociales eran más estrechas y en las cuales los trabajadores contaban con una cuota de poder. Como tempranamente percibieron los ideólogos del capital (por ejemplo los hombres de la Comisión Trilateral), la insurrección se asociaba a los «excesos de demanda». A esto se le sumaba una constatación de los límites de la cadena de montaje y la cinta sin fin como minimizadoras del proletariado. Por lo tanto la desestructuración del mundo material y simbólico de los trabajadores, las políticas de desigualdad, fueron concebidas como reaseguro del orden.

En esa encrucijada histórica pocos tuvieron en cuenta que alguna vez la izquierda radical había reflexionado sobre tópicos similares. Hacia los años 60', para no ir más atrás, Herbert Marcuse entre otros intelectuales y militantes revolucionarios, había planteado que el estar al margen de las «dudosas bendiciones» del sistema capitalista posibilitaba el desarrollo de «las necesidades capaces de sostener una sociedad libre»⁸⁰. O también Franz Fanon, quien reivindicó el carácter de sujetos (figuras históricas) de los «condenados de la tierra». Más recientemente se ha planteado —Paolo Virno entre otros— que «la crisis de la sociedad del trabajo» ha hecho que la condición tripartita de la masa de desocupados (Marx subdividía al ejército industrial de reserva en fluido, latente o estancado) sea hoy aplicable al conjunto de la fuerza de trabajo. O sea, toda la fuerza de trabajo se puede describir a partir de la categoría de desocupación, la desocupación como trabajo no remunerado y el trabajo como desocupación remunerada⁸¹. Lo que nos permite pensar en que cada vez más personas quedan al margen de las «bendiciones» del sistema. Milton Santos, por su parte ha sostenido que «El hecho de que la producción limitada de racionalidad esté asociada a una producción amplia de escasez conduce a los actores que están

⁸⁰ Marcuse, Herbert, *El fin de la utopía*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1969, p. 23.

⁸¹ Virno, Paolo, *op. cit.*, p. 115.

fuera del círculo de la racionalidad hegemónica al descubrimiento de su exclusión y a la búsqueda de formas alternativas de racionalidad, indispensables para su supervivencia. La racionalidad dominante y ciega acaba produciendo sus propios límites»⁸². Evidentemente sigue siendo valedero pensar en que los más postergados son los que poseen mayor libertad para (re)moldear la arcilla de la convivencia social conforme a esquemas alternativos. Y que son los que pueden servir un proyecto de transformación más consecuentemente, sin ambigüedades ni medias tintas.

Pero aquí, en medio de la desolación del páramo ideológico - político, se conjeturaba que el poder inconmensurable de los monopolios económicos y los mecanismos de control social habían conformado sujetos heterónomos, expropiados de todo saber y toda creatividad, desprovistos de recursos y de predisposición para la lucha, sujetos sin ninguna capacidad para cuestionar las relaciones impuestas y mucho menos en condiciones de construir un poder alternativo. La dimensión subjetiva del campo popular parecía radicar en el resentimiento, la apatía, la desesperación, la idea de inferioridad social, etc.. Comenzaba a instalarse la idea de que los trabajadores habían sido conformados como no - sujetos que indirectamente iban a sostener la naturalización de la desigualdad e iban a ratificar con su pasividad la inmunidad de las estructuras. Tampoco fueron debidamente procesadas algunas experiencias de organización y lucha de masas desarrolladas durante la década del '80, ya en democracia, como las tomas de tierra en los partidos de Quilmes y La Matanza, precursoras de la instalación de las reivindicaciones urbanas en el centro del conflicto social en nuestro país. La mayoría de los intelectuales argentinos asumieron que un infierno jamás podía generar paraísos y se resignaron. Indirectamente aceptaron para estos espacios la competencia exclusiva de las sectas religiosas, la policía y los punteros. Se equivocaron, en vez del delito, la violencia horizontal, la angustia indi-

⁸² Santos, Milton, *op. cit.*, p. 263.

vidual, apareció organización popular que esbozaba un proyecto de cambio. ¿Cómo se produjo entonces el «milagro sociológico» del que hablaba Pierre Bourdieu? Siguiendo a A. Melucci, podríamos sostener que el caso del MTD se conjugaron la mayor opresión y disgregación social —que supuestamente no genera respuestas organizadas ni propuestas alternativas— con la experimentación de una contradicción entre una identidad colectiva existente (trabajadores) y las nuevas relaciones sociales impuestas por las políticas neoliberales y el desarrollo de nexos ajenos a la sociedad local. O sea, en algunos aspectos, habría que relativizar el carácter «marginal» del actor social, su orfandad evidentemente no era absoluta. La acción piquetera, en el Gran Buenos Aires o en General Mosconi (Salta) nos habla del peso de experiencias previas de movilización y de lucha, del manejo por parte de los piqueteros de algunos recursos organizativos aportados muchas veces por militantes con experiencia sindical o política⁸³. en fin, de un proceso de maduración «táctica» o «metodológica». Boaventura de Sousa Santos reflexionando sobre las continuidades y las rupturas entre los viejos movimientos sociales (principalmente los sindicatos) y los nuevos, consideraba innegable que «sin la experiencia histórica de la dominación en la esfera de la producción, hoy no sería, social y culturalmente posible, pensar la reproducción social en términos de relaciones de dominación» y agregaba como dato significativo el hecho de que los países con fuertes movimientos sociales «tienden a ser países donde fueron, y quizás todavía son fuertes los viejos movimientos sociales»⁸⁴.

Como la historia parecía haberse convertido en un no lugar, o un espacio de desaparición, el movimiento piquetero le restituyó nada más y nada menos que un lugar a la historia, al concebirla como un lugar de apariciones, haciendo visible una realidad oculta. El cuerpo «comunitarizado», en la ruta y en el ba-

⁸³ Melucci, A. *Sistema político, partiti e movimenti sociali*. Milán, Feltrinelli, 1977, p. 109.

⁸⁴ De Sousa Santos, Boaventura: op. cit, p. 177.

rrio, (recordemos que es siempre lucha de clases, lucha cuerpo a cuerpo y cuerpo por cuerpo) y las subjetividades que contiene, es el cuerpo mismo en el que se inscribe la historia. Cuerpo que propone una legitimidad basada en lo real (por eso se arriesga) y no en lo virtual. En contra de lo que pensaban y piensan los constructores de armonías artificiales, la lucha de clases no se suprime. Nace del metabolismo del propio sistema. Sólo que la desestructuración social, el aumento del desempleo, la crisis del sindicalismo tradicional, el «transformismo» de los intelectuales y la ausencia de una capa social con capacidad de ejercer la función de dirección del campo popular, hicieron que la contradicción de clase sufriera un desplazamiento hacia abajo: los piqueteros, los dirigentes o referentes barriales, etc., asumiendo múltiples funciones, se convirtieron en la vanguardia (en sentido social) de la lucha de clases. Un compañero del MTD de San Francisco Solano decía que: «...los piquetes hicieron estallar la apatía, (...) sacudimos al país de los dulces sueños que vendía Menem y toda esa política, y fuimos como el estallido de una nueva luz. Junto a otras luchas, hicimos despertar al país de los dulces sueños de la posmodernidad. Piqueteros fue el nombre que nos pusieron y para nosotros fue la forma que tuvimos de hablarle a la sociedad entera, que decirles que había otra forma de luchar, de sacar nuestra fuerza y nuestra dignidad...»⁸⁵ (itálicas nuestras).

Esos jóvenes sin horizontes de integración y sin experiencia de trabajo formal; esos veteranos proletarios cuyo modo de vida fue brutalmente agredido, trabajadores mancillados en su orgullo por un modelo de acumulación que desecha sus capacidades y sus cuerpos por obsoletos; esas mujeres que politizaron el hambre de sus hijos, que se rebelaron contra las estructuras de poder machista y que —como decía Alexandra Kollantai— liberaron una porción del «potencial amoroso» de la sociedad, todos y cada uno asumieron a los golpes la imposibilidad de la inclusión en los marcos de un sistema que por naturaleza produce y

⁸⁵ Colectivo Situaciones, *op. cit.*, punto Nro. 5.

reproduce la desigualdad. Emergieron del cataclismo social que los desarticulaba, excedieron un destino estrictamente estadístico y prefiguraron «el reino», reformularon la Nación como espacio de identidad que se constituye a través de la lucha. Fundaron una verdad fulgurante: el objetivo debe ser una patria, un mundo de no - exclusión, una sociedad justa, igualitaria, distinta a la del capital. Fueron mucho más allá del reclamo en pos de la sobrevida.

Conclusiones
(muy provisionales):

**El movimiento piquetero
en la encrucijada**

*«Se trata de analizar si el 'deber ser' es un acto
necesario o arbitrario, es voluntad concreta o veleidad,
deseo, sueño en las nubes.»*

Antonio Gramsci

- 1 -

El movimiento de trabajadores desocupados puede verse como una respuesta a un sentimiento de indignación extendido frente al enorme agravio moral perpetrado por la clases dominantes en el contexto del neoliberalismo. Una reacción ante la injusticia vivida como negación de la propia dignidad pero también, en algunos casos, como propuesta de edificación de un orden social y político alternativo. El movimiento ha puesto en evidencia que en la opresión yace una pedagogía. Que en medio de los destrozos del neoliberalismo pueden florecer la resistencia, la humanización y la solidaridad. Que las reservas de los valores humanos más importantes están en las clases populares. Que en la historia de los pueblos se dan circunstancias en las que el protagonismo de un sector muestra una verdad derribando un conjunto de mitos y obliga al conjunto de la sociedad a mirarse en el espejo.

El movimiento piquetero ha incorporado los grandes problemas nacionales al discurso público. Su accionar ha puesto en juego las nociones colectivas de justicia e injusticia. Por otro lado ha comenzado a transitar un camino donde no existían huellas.

El movimiento piquetero nos ha demostrado que la derrota de los '70 y los efectos de la última dictadura y de las políticas neoliberales no son irreversibles. Contribuyeron a quebrar la atroz discontinuidad con la experiencia predictatorial, discontinuidad que nos venía disciplinando el deseo y estructurándonos una identidad de naufragos. Pero esta demostración de reversibilidad no es garantía de avance hacia un orden superior. No, si se persiste en los itinerarios emancipatorios tradicionales. No, si no cambiamos (o por los menos resignificamos) palabras como delegación, representación, vanguardia, partido, etc.. por cooperación, autogestión, autonomía, comunidad, formas colectivas de producción, pero también por nuevos partidos, movimientos y herramientas políticas. No, si no se asume la revolución como un problema que atañe a todos los oprimi-

dos, absolutamente a todos. El futuro próximo dirá si la experiencia organizativa de los trabajadores desocupados quedará en la historia como un producto lógico y transitorio de la injusticia del orden neoliberal, como un apéndice de un proyecto de integración populista, o como una experiencia dinamizadora del conjunto de las clases oprimidas, precursora de un proyecto político de liberación y transformación de la sociedad en su conjunto.

El movimiento tiene un largo trayecto por delante de cara a la construcción de su imagen «externa», cuestión clave para constituirse en un eje (importante, pero uno más) articulador de las clases subalternas. La construcción de esta imagen externa marcha paralela a la construcción de una identidad política que amplíe el espacio solidario pero que a su vez lo delimite. Cabe hablar en este sentido de una fuerte presencia de las tendencias «prepolíticas» y «pospolíticas» que favorecen la limitación del espacio solidario y no su ampliación y que afectan las capacidades que tienen las organizaciones piqueteras de aportar elementos para la construcción de una voluntad colectiva.

Aunque resulte repulsivo no podemos dejar de reconocer un importante grado de deterioro en la imagen pública del movimiento piquetero y de rechazo de sus acciones, por los menos en relación a la coyuntura de los años 2001 - 2002. Deterioro y rechazo que reflejan un cambio en las relaciones de fuerza políticas y simbólicas y que afectan principalmente el reconocimiento social del desocupado como portador de derechos y que indirectamente refuerzan a la lógica del favor y a las prácticas clientelares y paternalistas. Por supuesto, estos problemas no pueden desvincularse de las dificultades del movimiento a la hora de construir espacios de intersubjetividad con otros sectores sociales y una política que permita contrarrestar la estrategia de estigmatización y demonización que impulsan el poder y la mayoría de los medios de comunicación. Podemos tomar como ejemplo las declaraciones del ex presidente Eduardo Duhalde y su esposa, la diputada Hilda «Chiche» González, también las

del ministro Aníbal Fernández quien sostuvo que los piquetes deberían «desaparecer». La mayoría de los medios de comunicación, con una superficialidad que abruma, instalaron «la razón del automovilista» y el problema del lucro cesante del comerciante «víctima» del corte. Curiosamente no manifiestan una preocupación excesiva por cuestiones tales como la inconstitucionalidad de los peajes, la situación de las rutas como mercado cautivo del transporte automotor privado, la utilización de recursos públicos para mantener una infraestructura que está en beneficio de las necesidades geográficas de los grandes grupos económicos, en fin, por el carácter regresivo del sistema impositivo nacional. El aislamiento social es un peligro que se cierne sobre el conjunto de movimiento piquetero. Su superación no será una tarea sencilla en una sociedad compuesta por universos marcadamente autoreferenciales.

Por otra parte la articulación entre la negociación contractual y la obtención de saldos en autonomía política fue (y es) uno de los problemas centrales del movimiento obrero y lo es hoy del movimiento piquetero. En el movimiento sindical la capacidad de ampliar el espacio contractual, sobre todo cuando el mercado de trabajo ofrecía condiciones favorables, permitía la articulación de fuerzas, incluso en el plano político. Pero... ¿Cómo ampliar ese espacio por fuera de las relaciones de producción? ¿Cómo plantear esa ampliación desde funciones contractuales de horizontes muy limitados (un subsidio de \$150, un bolsón de alimentos, etc..) y desde el achicamiento de los fines negociables? En contraposición a estas limitaciones, los piqueteros aparentemente tendrían mayores posibilidades de controlar autónomamente lo (poco) que obtienen de sus luchas. Las posibilidades de obtener resultados procedimentales (instancias de concertación, consolidación como interlocutores, etc..) y subsistenciales (alimentos, subsidios, herramientas) parecen agotadas. El movimiento se ve obligado a plantear luchas por resultados estructurales.

En el caso del movimiento sindical, el área contractual presentaba como contendiente al capital (y al Estado por supuesto, pero más indirectamente). En el caso del movimiento de trabajadores desocupados el área contractual presenta como contendiente al Estado (y más indirectamente al capital)⁸⁶. La ampliación del área contractual para el movimiento piquetero lleva necesariamente a la lucha política, porque la lucha específica (si se quiere «reivindicativa») se vuelve automáticamente política por las tensiones que genera y por sus efectos globales. Lleva irreversiblemente al enfrentamiento de la clase con el Estado. Existen, de este modo, menos trabas políticas para la acción de clase. Pero a diferencia de lo que usualmente sucede con los sindicatos en las sociedades capitalistas, el movimiento piquetero tiene más dificultades para oponerse «participando - negociando», tiene inconvenientes para transitar una dialéctica de la oposición - integración. Por otra parte la integración en el caso del movimiento piquetero puede ser un terrero del cual no se sale. Un movimiento de esta naturaleza, a diferencia del sindical, puede convertirse en «nodo» de una red asistencial subordinada a la lógica reproductiva del Estado. Las posibilidades de cooptación son mayores. Además, en un movimiento de trabajadores desocupados la tendencia a la organización corporativa es más débil (por obvias cuestiones estructurales) y se torna muy difícil delimitar un rol productivo homogéneo y sectorializar las demandas, lo que traba objetivamente los procesos de unidad de la clase. El encuadramiento es menos natural que en el movimiento obrero y se hace mucho más difícil construir una relación cotidiana y regular, cuestión clave para la construcción de una identidad, de unos valores propios, de una cultura, en fin, para el desarrollo de la conciencia. La relevancia de estos aspectos ha sido comprendida sólo por un sector del movimiento piquetero. La clase se percibe a sí misma sólo a través de sus organizaciones colectivas, por fuera de ellas, como

⁸⁶ En realidad la consolidación del Estado como la unidad más significativa de la producción también lo convierte en contendiente «directo» del movimiento obrero ocupado.

decía Perry Anderson (hace tiempo, cuando todavía atesoraba algunas ilusiones), «la clase obrera tiene una identidad inerte e impenetrable aún para sí misma...»⁸⁷.

En el movimiento piquetero existe una tensión entre la dimensión política y las necesidades cotidianas, o en los términos de Boaventura de Sousa Santos, entre las «formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural» y las formas «de transformación y participación cotidiana de auto-reproducción societaria»; entre las formas de emancipación «sin subjetividad ni ciudadanía» que pueden conducir al despotismo y las formas de emancipación «con subjetividad y sin ciudadanía» que pueden conducir al «basismo y al mesianismo»⁸⁸. El equilibrio entre ambas parece difícil de lograr pero es absolutamente necesario encontrar formas de gestionar esa tensión, formas que contribuyan a la retroalimentación y a la consolidación mutua de cada plano. Una lógica basada en el predominio del aparato organizativo y de enfrentamiento absoluto con el poder puede afectar la reproducción concreta de las bases y su experiencia y consolidar estructuras burocráticas. En contraposición, en énfasis colocado exclusivamente en la reproducción, puede aislar a la organización de base y tornarla funcional al poder. Priorizar la dimensión política también puede convertir al movimiento social en apéndice de un plan de integración reformista o en masa de votantes, clientes políticos o adherentes. Tres grandes desafíos para el movimiento posiblemente serán: en primer lugar no absolutizar las formas de lucha y tener en cuenta el dinamismo de las condiciones y las relaciones sociales y políticas. En segundo lugar, eludir los delirios del basismo al ultranza que por principios se opone a todo proceso de institu-

⁸⁷ Anderson, Perry: «Alcances y limitaciones de la acción sindical», en: Pizzorno, Alessandro; Anderson, Perry; Mallet, Serge y Momigliano, Franco, *Economía y política en la acción sindical*. Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, número. 44, 1975, p. 68.

⁸⁸ D. Sousa Santos, Boaventura, *op. cit.* p. 181 y 183.

cionalización y encontrar formas originales de institucionalización que no tergiversen los principales objetivos de las organizaciones de base. En último término, lograr legitimidad política (no específicamente electoral) sin perder legitimidad social y moral, aumentar el campo de representación social tejiendo alianzas intra movimiento, con otros sectores sociales y otros movimientos populares, y con la izquierda radical y alternativa, favorecer el desarrollo de una perspectiva clasista y de integración al movimiento obrero ocupado; generar contextos jurídico - políticos protectores de las experiencias de masas, percibir los límites —siempre difusos— entre la conquista auténtica y la cooptación, entre la negociación y la integración. Aunque abrigamos una certeza: anticipando el futuro deseado en las formas cotidianas no se fracasa aún cuando se fracasa y queda intacta la posibilidad del recomienzo. Esa es la mejor situación para tolerar el largo tiempo que de seguro llevará la construcción de un acuerdo estable acerca de los medios para transformar el mundo.

- 2 -

Políticamente hablando, el abanico que forma el movimiento piquetero va desde la abierta manifestación del interés por conservar las instituciones que rigen la lucha por el poder (y la consiguiente compatibilidad de fondo con el poder), a la impugnación de la legitimidad, actitud que propone transformaciones en aspectos básicos de la vida política. En el medio se abre una zona gris, de indefinición y contradicción, donde chocan discursos y definiciones político - ideológicas con prácticas. El movimiento piquetero no es precisamente un universo de correspondencias.

En este marco, la irrupción de un gobierno (el de Néstor Kirchner) que da señales de reconstrucción de una comunidad política como eje de las decisiones autónomas y de un posible rediseño institucional del Estado, señales efectistas y timoratas pero eficaces en un contexto tan degradado, y que regenera sen-

timientos de identificación con la sociedad política, además de revitalizar algunas las principales ideas en las que se basa el poder, le plantea al movimiento una serie de problemas⁸⁹. Graves problemas que hacen que la cuestión de la adhesión o la oposición al gobierno pase a un segundo plano.

El tiempo próximo requerirá definiciones y actitudes precisas en relación al neoliberalismo. El movimiento en su conjunto es parte del campo antineoliberal, pero ¿se puede ser antineoliberal sin ser antiimperialista y anticapitalista?. Nuestro país, con su economía desnacionalizada, no competitiva y desquiciada por el capital financiero y por la lógica de los grupos dominantes locales ¿tiene posibilidades de favorecer el desarrollo de un capitalismo nacional y redistributivo? ¿puede ser que el retorno al capitalismo nacional sea la opción histórica de nuestro tiempo?.

La coyuntura exige un posicionamiento frente al régimen político, su aceptación (incluso asumiendo el rol de oposición) o la impugnación de su legitimidad. Y, en caso de adoptar esta última, se trata de definir mínimamente el proyecto de transformación al que se aspira y asumir sin ambigüedades —cosa que ya está sucediendo— alguno de los dos comportamientos que plantea la impugnación de la legitimidad: la rebelión o la revolución. El *Diccionario de Política* de Bobbio, Matteucci y Pasquino define estos comportamientos con exactitud: «La actitud de rebelión se limita a la simple negación, al rechazo abstracto de la realidad social, sin determinar históricamente la propia negación y el propio rechazo. En consecuencia no es capaz de

⁸⁹. En el caso del MTD Aníbal Verón, la política desplegada por el Presidente Néstor Kirchner enfrentó por un lado a la posición histórica de esta organización que consistía en disputar y negociar paquetes reivindicativos con el Estado, que después eran repartidos internamente por un sistema de porcentajes; y por el otro a una posición que en nombre de la 'autonomía' pretendía habilitar negociaciones individuales por movimiento. Esta cuestión fue una (sólo una) de las diferencias que precipitaron la ruptura.

reconocer el movimiento histórico de la sociedad, ni de encontrar objetivos de lucha concretos, y termina siendo prisionero de la realidad que no logra cambiar. La actitud revolucionaria lleva a cabo, en cambio, una negación determinada históricamente de la realidad social. Su problema consiste siempre en descubrir la lucha concreta, puesta de manifiesto por el movimiento histórico real que permita realizar las transformaciones posibles de la sociedad. Esto significa que la acción revolucionaria no tiene nunca como objetivo cambiar radicalmente la sociedad sino derribar las instituciones políticas que impiden el desarrollo y crear otras nuevas capaces de liberar las tendencias que han madurado en la sociedad»⁹⁰.

Claro que no todas las organizaciones del movimiento piquetero que impugnan la legitimidad, consideran a la revolución en los términos de la definición anterior. La idea misma de revolución, a su vez, convoca a un conjunto de encrucijadas.

Estos problemas permanecieron ocluidos cuando el poder y el principio de legitimidad estaban en crisis y el movimiento en alza. Desde mayo de 2003 afloraron. Quedó en evidencia una situación analizada por Gramsci: «La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo. La clase dirigente tradicional, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas»⁹¹.

⁹⁰ Bobbio, Norberto; Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI Editores, 1997, p. 864.

⁹¹ Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1973, p. 63.

¿Cómo pararse frente a una coyuntura en que la conciencia de las masas no está en abierta contradicción con la estructura política de la sociedad? ¿Qué hacer frente a las estrategias de canalización o institucionalización del conflicto? ¿Qué hacer ante las políticas públicas guiadas por estrategias asimilativas y modelos más abiertos y fuertes? ¿Cuáles son los caminos más adecuados para conservar, afirmar y avanzar? ¿Cómo construir presencias unitarias en marcos centrífugos? Una etapa se está cerrando en la historia del movimiento piquetero y otra nueva está naciendo. ¿Será lícito hablar de una etapa de transición de una fase corporativa a una fase hegemonía ético - política en la sociedad civil?. Los gramscianos momentos sucesivos de las relaciones de fuerza⁹² difícilmente puedan aplicarse a la realidad del conjunto del movimiento piquetero, donde lo característico es el ritmo desigual y un alto grado de politización. En algunas organizaciones queda claro que los intereses propios se perciben cada vez más en consonancia con los intereses del conjunto de las clases subalternas.

Seguramente al salir del atolladero y pasar por la fase de «desemboque» (momento de la dialéctica de conservación - transformación que inyecta dinamismo a los fenómenos sociales), este movimiento social aportará claves nuevas para el análisis histórico. Como decía F. Alberoni «el resultado final constituye a menudo el punto de partida para interpretar a los movimientos y su designio»⁹³, pero como señalábamos en la introducción, nuestra ansiedad no es específicamente académica, sino política.

⁹² 1)Momento económico corporativo, 2)Momento de la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros de un grupo social en el campo económico, 3)Momento de la conciencia de que los propios intereses corporativos superan los límites del grupo económico y que deben orientarse a los intereses de otros grupos oprimidos (fase política). Ver, Gramsci, Antonio, *op. cit.*, p. 57.

⁹³ Alberoni, F. *Movimiento e istituzione*, Bolonia, Il Mulino, 1977, p. 313.

Bibliografía general

• Diccionarios y Enciclopedias:

Béla Székely, L.C., *Diccionario Enciclopédico de la Psique*, Buenos Aires, Claridad, 1975 .

Bobbio, Norberto; Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI Editores, 1997, p. 864.

• Libros:

AA.VV., «*Cortando las rutas del petróleo. Memorias piqueteras. Sistematización de la experiencia de lucha de la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi*», Buenos Aires, Cuadernos de Educación Popular, Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo, 2003.

AA.VV. y Sartre, Jean Paul, *Sartre el último metafísico*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

AA.VV., *Economía y política en la acción sindical*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente Nro. 44, 1973.

Alberoni, F, *Movimiento e istituzione*, Bolonia, Il Mulino, 1977, p. 313.

Arakaki, Xavier, *Piquetes. Una cronotecnología de resistencia en la ciudad posdisciplinaria*, Buenos Aires, mimeo, 2003.

Arlt, Roberto, *Los Siete Locos*, Buenos Aires, Losada, 2001, p. 38.

Auyero, Javier, (editor) *¿Favores por votos? Estudios sobre el clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1997.

Auyero, Javier, *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

Becker, Joachim, Jäger, Johannes y Raza, Werner G., *Economía política de Montevideo. Desarrollo urbano y políticas locales*, Montevideo (ROU), Coscoroba Ediciones, 2001.

Benjamín, Walter, *Diario de Moscú*, Taurus Humanidades, Buenos Aires, 1990.

Benjamín, Walter, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Iluminaciones IV, Madrid, Taurus, 1999.

Colectivo Situaciones, *MTD Solano (Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano)*, Buenos Aires, Ediciones de Mano en Mano, 2001.

Fanon, Frantz, *Los Condenados de la Tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Ferrara, Francisco, *Más allá del corte de rutas. La lucha por una nueva subjetividad*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2003.

Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1979.

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 2000.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972.

Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema, *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación del poder en el campo popular*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

Lefebvre, Henri, *Los marxistas y la noción de Estado*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969.

López, María Pía, *Mutantes. Trazos sobre los cuerpos*, Buenos Aires, Colihue, 1997.

Malka, Víctor, *Conversaciones que Albert Memmi. El papel del intelectual en el desarrollo de la identidad colectiva*, Buenos Aires, Timerman Editores, 1977.

Marcuse, Herbert, *El fin de la Utopía*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1969.

Melucci, Alberto, *Sistema político, partiti e movimienti sociali*, Milán, Feltrinelli, 1977, p. 109.

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, *Dario y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*, Buenos Aires, Ediciones 26 de Junio, 2003.

Neveu, Éric, *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Hacer Editorial, 2000.

Oviedo, Luis, *Una historia del movimiento piquetero, de las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales*, Buenos Aires, Ediciones Rumbos, 2001.

Pacheco, Mariano, *Del piquete al movimiento. Parte 1: de los orígenes al 20 de diciembre de 2001*, Buenos Aires, mimeo, 2003.

Plímak, E. G., *Proceso revolucionario y conciencia revolucionaria*, Buenos Aires, Cartago, 1985.

Porto Gonçalves, Carlos Walter, *Geo - grafías, movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI Editores, 2001.

Santos, Milton, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, Barcelona, Ariel, 2000.

Santucho, Mario R., *Poder burgués y poder revolucionario*, Buenos Aires, Editorial 19 de julio, 1995.

Scott, Alan, *Ideology and the new social movements*, Londres, Unwin Hyman, 1990.

Schneider Mansilla, Iván y Conti, Rodrigo Adrián, *Piqueteros. Una mirada histórica*, Buenos Aires, Astralib, 2003.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

Thompson, E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, Vol. 1.

Tilly, Charles, *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

Torres, Pablo, *Votos, Chapas y fideos. Clientelismo político y ayuda social*, La Plata, Ediciones de la Campana, 2002.

Virno, Paolo, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue, 2003.

Zibechi, Raúl, *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Montevideo - Buenos Aires, Nordán - Comunidad - Letra libre, 2003.

• Artículos:

Breitman, George: «En defensa del poder negro», en: *International Socialist Review*, Chicago, enero-febrero de 1967, volumen 28.

Delamata, Gabriela, «De los 'estallidos' provinciales a la generalización de las protestas en Argentina. Perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas», en Revista *Nueva Sociedad*, número 182, Caracas, noviembre - diciembre de 2002.

De Sousa Santos, Boaventura: «Los nuevos movimientos sociales», en Revista del OSAL (Observatorio Social de América Latina), Número 5, Buenos Aires, Setiembre de 2001.

Dri, Rubén, *Debate sobre el poder en el movimiento popular*, Buenos Aires, mimeo, 15 de noviembre de 2002.

Escobar, Arturo: «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo», en: Langer, Edgardo (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectiva latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO - UNESCO, 2000.

Farinetti, Marina: «La conflictividad social después del movimiento obrero», en Revista *Nueva Sociedad*, número 182, Caracas, noviembre - diciembre de 2002.

Kowarik, Lúcio: «Expoliación urbana, luchas sociales y ciudadanía: retazos de nuestra historia reciente», en: Revista *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, Vol. XIV, número 42, México, septiembre - diciembre de 1996.

Lenguita, Paula: «Los desafíos teóricos de la 'identidad piquetera'», Buenos Aires, Piette (Programa de Investigaciones Económicas Sobre Tecnología, Trabajo y Empleo), en: <http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguitapiq.html>, 2003.

Levistky, Steven: «Una desorganización organizada: estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporáneo», en Revista *Política y Gestión*, Volumen 3, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2002.

López, Artemio: «La representación privilegiada del municipio», en Revista *Dêmos*, año 1, número 1, Buenos Aires, abril de 2003.

Mazzeo, Miguel: «Pensar la herramienta política (estratégica) del campo popular», en: Revista *Periferias*, año 5, número 8, Buenos Aires, Segundo Semestre de 2000.

Mazzeo, Miguel: «El 'eje estatal', el poder y el 'sujeto pos-leninista'. Algunas reflexiones», en: Revista *Periferias*, año 7, número 10, Buenos Aires, Segundo semestre de 2002.

Pinheiro, Jair: «Comunidade versus classes na luta pelo espaço urbano», en Revista *Luta Sociais*, número 8, Sao Paulo, junio de 2002.

Rauber, Isabel: «La CTA en el corazón de la lucha piquetera», en Revista *Koeyú*, Número 83, Caracas, setiembre de 2001.

Sassen, Sakia: «Las Ciudades en la Economía Global», Simposio: La Ciudad Latinoamericana y del Caribe en el Nuevo Siglo, Banco Interamericano de Desarrollo, Barcelona, 1997.

Socolovsky, Yamila: «El movimiento piquetero, resistencia, democracia e identidad política», en Revista *En Marcha*, número 21, La Plata, agosto de 2001.

Thwaites Rey, Mabel: «La autonomía como mito y posibilidad», Buenos Aires, mimeo, 2003.

Vales, Laura: «La historia y la actualidad de la Coordinadora Aníbal Verón», en Diario *Página 12*, Buenos Aires, 26 de agosto de 2002.

• Documentos:

Qué Somos. Qué Queremos. Cómo pensamos («Libro Celeste»). Documento del Movimiento Teresa Rodríguez. Buenos Aires, s/f. Incluye otros documentos fundamentales de la organización: Llamamiento, de mayo de 1999, Declaración de Principios, de febrero de 2000, y los Estatutos, de febrero de 2000.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados: Que hay detrás de los piquetes y los planes trabajar, documento del MTD de Lanús, Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, Buenos Aires, 27 de agosto de 2001, p. 1 y 2.

Construir la Unidad del Campo Popular. Documento para el debate elaborado por la Mesa Nacional de la CTA. Hacia el IV Congreso de la CTA - 9 y 10 de diciembre de 2002, Buenos Aires, 13 de agosto de 2002.

Apuntes sobre nuestra estrategia, CTA, documentos para el debate número 1, Buenos Aires, 2002.

Trabajo, dignidad y cambio social. Una experiencia de los movimientos de trabajadores desocupados en la Argentina. Documento elaborado por el Movimiento de Trabajadores Desocupados en la Coordinadora de Trabajadores Desocupados «Aníbal Verón», Conurbano bonaerense, mayo de 2002.

Nuestra política para construir un presente y un futuro con Trabajo, Dignidad y Cambio Social, Documento elaborado por los Movimientos de Trabajadores Desocupados de Lanús, «Darío Santillán» de Alte Brown, San Telmo y Lugano de Capital Federal, Berisso y «Oscar Berrios» de José C. Paz, integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados «Aníbal Verón», Buenos Aires, 2003.

Declaración de la Mesa Nacional del FTC del 12-09-03

Nuestro Objetivo, el cambio social, Material para la Cartilla Cambio Social y Poder Popular, elaborado por el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Berisso, integrante del Movimiento de Trabajadores Desocupados «Aníbal Verón», La Plata, 29 de septiembre de 2003.

Nos vamos doc. E - mail enviado por el MTD de San Francisco Solano, con el documento que anuncia su separación del MTD Aníbal Verón, siguiendo al MTD Maximiliano Kosteki de Guernica y por el MTD de Allén y el Movimiento de Trabajadores por la Dignidad de Cipolletti, Buenos Aires, octubre de 2003.

Documento Número 1, MTD de Allén, noviembre de 2003.

Encuentro de Mujeres de la Verón, volante de noviembre de 2003.

Documentos varios de las distintas organizaciones.

• Entrevistas:

Entrevista a la China y Agustín, del barrio Vicente López del MTD 26 de junio [al momento de la entrevista, esta organización participaba en el MTD Aníbal Verón, tiempo más tarde se separó], «La formación en la manera de consolidar el movimiento», en RedAcción, periódico de la agencia de noticia Red Acción (ANRED), año VIII, Nro. 74, agosto - septiembre de 2003.

Entrevistas a Guillermo Cieza, MTD de Berisso, 24 de febrero y 20 de octubre de 2003.

Entrevista a Pablo Solana, MTD de Lanús, 21 de octubre de 2003.

Entrevista a Mariano Pacheco, MTD de Alte. Brown, 3 de noviembre de 2003.

Entrevista a Manuel Suárez, 20 de noviembre de 2003.

Miguel Mazzeo (Lanús, 1966).

Profesor de Historia (U.B.A.), docente en diversas Cátedras de la Universidad de Buenos Aires. Fue miembro del Comité Editorial de la revista *Retruco* y es miembro del Comité Editorial de la revista *Periferias* y del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación. Docente de la Escuela de Capacitación del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, participa en espacios de «formación» de distintas organizaciones populares. También ha participado y participa en diversas Cátedras Libres (de Derechos Humanos, Che Guevara, de Estudios Latinoamericanos, John W. Cooke, Pensamiento Latinoamericano, etc.), en Buenos Aires y en el interior del país. Ha publicado entre otros títulos *Volver a Mariátegui*, Ediciones del Centro de Estudios Universitarios José Carlos Mariátegui, 1995; *Estado y Administración Pública en la Argentina. Análisis de su desarrollo en el período 1880-1916* (en colaboración con Daniel Campione), Ediciones FISyP, 1999; *Cooke de vuelta, el gran descartado de la historia argentina* (compilador), La Rosa Blindada, 1999; *John William Cooke, Textos transpalados*, La Rosa Blindada, 2000; *Dioses Fracados. Apuntes sobre los procesos de la globalización neoliberal*, Ediciones Macchi, 2003; *Oswaldo Bayer, miradas sobre su obra* (coordinador), Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2003. Ha participado en las siguientes compilaciones: *Mariátegui. Historia y presente del marxismo en América Latina*, Ediciones FISyP, 1995, *Estudios de Historia Económica y Social*, Biblos, 2002. Fue guionista de los documentales *Archipiélagos* (2000) y *La luna con gatillo* (2003).

Martín Fernández Long (Estocolmo, Suecia, 1982).

Hijo de padres argentinos, exiliados. Estudiante de Antropología Social en la Universidad de Estocolmo y fotógrafo freelance. Trabaja con temas sociales: los inmigrantes «ilegales» y la lucha de otros colectivos en España, las manifestaciones contra la globalización neoliberal en Gotemburgo y Sevilla. Fotos de estos y otros trabajos han sido publicadas por varias revistas suecas y presentadas en exposiciones de la Casa de la Cultura y del Centro de Fotografía de Estocolmo. Entre febrero y mayo de 2003 trabajó en un proyecto de documentación fotográfica del movimiento piquetero MTR, tratando de reflejar tanto su lucha en la calle como su trabajo político y social en barrios y asentamientos de la provincia de Buenos Aires.

*Los laberintos de la memoria -
Reflexión de la lucha contra la desmemoria
y la impunidad - (1981-2000)*
José Schwilke

*Prolegómenos del Peronismo
Los cambios en el Espacio Nacional 1943-1946*
Daniel Camplone
(Co-edición FICyP)

*La Mesura Cultural en la Jerga de
Hietzsche y Heidegger
Una introducción al pensamiento "postmoderno"*
José Vazquez

Otros títulos

manuel suárez - Editor

Que se vaya todo

Asambleas, Horizontes y Resistencias

Ocar Caram

* * *

Apuntes para la Revolución Americana

La batalla cultural en América

Armando de Magdalena

* * *

Los laberintos de la memoria

*Relatos de la lucha contra la dictadura
y la impunidad - (2da. edición)*

José Schulman

* * *

Prolegómenos del Peronismo

Los cambios en el Estado Nacional 1943-1946

Daniel Campione

(Co-edición FISyP)

* * *

***La Basura Cultural en la jerga de
Nietzsche y Heidegger***

Una introducción al irracionalismo "posmoderno"

José Vazeilles

* * *



I.S.B.N. 987-97515-2-3